

DR. MYLES MUNROE

**El
PROPÓSITO
y
PODER
de**



*Alabanza y
Adoración*

FOREWORD BY RON KENOLY

Dedicación

Al corazón humano que lucha por encontrar la alegría, la plenitud y la satisfacción de la presencia de Dios.

A todos aquellos creyentes que desean experimentar una realidad más profunda de la imponente presencia en su vida diaria, y conocer el gozo de llevar Su presencia al mundo de la familia, al mundo del trabajo, al mundo del deporte y al mundo de la vida.

A mi difunta madre, la Princesa Evangelista Louise Munroe, mi primera maestra de adoración y alabanza, quien ahora lo alaba entre la hueste celestial de testigos.

A la Dra. Fuchsia Pickett, una madre en Sión y una verdadera adoradora, quien me enseñó el valor de Su presencia y la intimidad de Su amor.

Al difunto Dr. Sam Sasser, quien sentó las bases de mi comprensión de la alabanza y la adoración con su vida, dedicación, enseñanza y ejemplo. Hoy sé que lo alabas con perfección, Sam. Que tu legado perdure por siempre gracias a tu corazón de pura alabanza y adoración.

Al Dr. Judson Cornwall, hombre de gran sabiduría y comprensión, cuya vida, ministerio y enseñanza han sido un altar donde el fuego de la adoración y la alabanza ha ardido durante décadas. Gracias por el don de su vida.

A Mark Bethel, un destacado ministro de alabanza y adoración, cuya dedicación, pasión y amor por la presencia de Dios son un modelo inspirador para muchos. Que siempre guíes a otros a su presencia.

Gracias al fiel apoyo del equipo de adoración de Bahamas Faith Ministries, especialmente a Beverley Dwyer, Charles y Ruth Brown, Lionel Harris, Richard Rahamming y Crystal Worrell. Continúen guiando a otros a sus atrios de adoración.

Expresiones de gratitud

Esta obra es el resultado de muchos años de estudio bajo la tutela de numerosos maestros y mentes brillantes. Estoy eternamente agradecido por la inspiración, la sabiduría y el ejemplo de tantos grandes hombres y mujeres que, con su compromiso y pasión por su presencia, me han enseñado a amarlo también.

También estoy agradecido a los miembros y amigos de Bahamas Ministries International Fellowship, cuyas fieles oraciones, apoyo, lealtad y sumisión me permitieron desarrollar los principios y pensamientos de esta obra.

Por el desarrollo y producción de este libro, siento un profundo sentimiento de gratitud a:

— A mi maravillosa esposa, Ruth, y a nuestros hijos, Chairó y Charisa, por Su paciencia, comprensión y apoyo a lo largo de los años. Hacen que sea fácil cumplir la voluntad de Dios.

— Kathy Miller, mi talentosa y diligente transcriptor, editora y asesora, Quienes trabajaron conmigo nuevamente para dar vida a esta obra. Su capacidad para capturar la esencia de mi corazón y mi mente es obra de la Providencia.

— Elizabeth Allen, por su inquebrantable apoyo y su paciente seguimiento. en mi apretada agenda de viajes para cumplir con los plazos.

—Y finalmente, el objeto, sujeto y propósito de mi alabanza y adoración, el único a quien debemos adorar, el Padre Omnipotente y el Señor Jesucristo, Su presencia manifestada en carne y Espíritu Santo.

Respaldos

Es evidente que en cada nuevo Kairós (tiempo especial de Dios), Él alza una voz para proclamar, con mayor claridad, sus propósitos y planes predestinados para esa hora. No me cabe duda de que el Dr. Myles Munroe ha sido levantado para esta hora trascendental como una voz para las naciones, así como para sus propias y preciadas Bahamas.

Otros escritores han escrito bien sobre el tema de los elogios. Creo que el trabajo del Dr. Munroe, *El propósito y el poder de la alabanza y la adoración*, conducirá al lector a una comprensión más amplia y profunda del propósito de Dios para la alabanza y la adoración, y luego a una realidad experiencial más profunda de nuestro privilegio de comunicarnos con nuestro Dios en la sala de Su trono, no solo en el Cielo, sino inclinados ante Él en el trono de nuestros corazones.

Dra. Fuchsia T. Pickett Maestra de la Biblia, autora Blountville, Tennessee En este libro, *El propósito y el poder de la alabanza y la adoración*, Myles Munroe ofrece una nueva perspectiva sobre el corazón de Dios en relación con sus hijos. El Dr. Munroe cree que la alabanza no nos eleva al trono de Dios; prepara un lugar para que Dios descienda a estar con nosotros. Adán nunca ascendió al trono de Dios; Dios descendió al jardín de Adán. Quienes conocen el ministerio del Dr. Munroe lo escucharán en cada página, y esa escucha les traerá frescura a sus vidas.

Dr. Judson Cornwall Phoenix, Arizona

Myles Munroe es un maestro ungido con una pasión por animar e instruir al Cuerpo de Cristo. En *El propósito y el poder de la alabanza y la adoración*, Reafirma el propósito eterno de Dios de morar en medio de su pueblo y enseña cómo invitar la presencia de Dios a nuestra vida. Esta enseñanza es crucial para quienes anhelan vivir tras el velo, para encontrar allí a Aquel por quien su corazón anhela. En verdad, este libro te desafiará a buscar a Dios mediante la alabanza y a mantener las condiciones que fomentan su cercanía.

Don Nori

Editor

Imagen de destino, Inc.

Contenido

[Prefacio](#)

[Introducción](#)

[Capítulo 1 El plan original de Dios para la humanidad](#)

[Capítulo 2 La mayor necesidad del hombre](#)

[Capítulo 3 Creando una morada para Dios](#)

[Capítulo 4 La bendición de Judá](#)

[Capítulo 5 ¿Qué es la alabanza?](#)

[Capítulo 6 ¿Cuándo debemos alabar a Dios? Capítulo 7](#)

[¿Cómo debemos alabar a Dios? Capítulo 8 ¿Por qué](#)

[debemos alabar a Dios? Capítulo 9 La progresión de la](#)

[alabanza Capítulo 10 Calificados para estar en la presencia](#)

[de Dios Capítulo 11 La relación entre la alabanza y la](#)

[adoración Capítulo 12 El poder de la alabanza y la](#)

[adoración Bibliografía](#)

Prefacio

Desde el tercer capítulo del Génesis hasta el final del Apocalipsis, vemos a Dios intentando que su pueblo recupere la relación íntima que tuvo con Adán y Eva en el principio. Siendo Dios santo, perfecto y puro, es imposible que el hombre, concebido en iniquidad desde la caída de Adán y Eva, comparezca ante Dios sin una expiación.

Dios le dio a Moisés el plan para habitar en la presencia de su pueblo mediante la construcción del arca de Dios y el tabernáculo de Dios. Mediante estos rituales y sacrificios prescritos por Dios, el sumo sacerdote podía presentarse ante el Todopoderoso y representar al pueblo.

Sin embargo, a través del rey David, Dios nos muestra que desea más que solo la sangre y el sacrificio de animales selectos; desea un corazón puro y contrito. Jesús, en su diálogo con la mujer samaritana, nos dice que Dios busca adoradores que lo adoren en espíritu y en verdad.

Cuando Jesús enseñó a sus discípulos el Padre Nuestro, dijo: "...Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo..." En la experiencia celestial de Isaías en el sexto capítulo del Libro de Isaías, y

Juan en el Apocalipsis, vemos lo que se está haciendo en el cielo continuamente: *elogio y culto*.

La alabanza y la adoración siempre han sido la vía para llegar a la presencia de nuestro Dios. Podemos hablar de Él, hacer cosas por Él e incluso orarle, pero solo a través de la alabanza y la adoración podemos estar en la presencia de nuestro Gran Creador.

En este libro, mi hermano en Cristo, mi amigo y confidente, Myles Munroe, nos enseña:

Cómo alabar y adorar A quién alabar y
adorar Dónde alabar y adorar Cuándo
alabar y adorar El poder de la alabanza y
la adoración Los patrones de alabanza y
adoración Los principios de la alabanza y
la adoración Los aspectos prácticos de la
alabanza y la adoración El propósito de
la alabanza y la adoración

Este libro es de lectura obligada para quienes desean conocer el corazón de Dios. Predigo que se convertirá en lectura obligatoria o recomendada en muchas escuelas, colegios y universidades cristianas, así como para estudiantes de la Biblia en todo el mundo.

Es un honor para mí hacer esta pequeña contribución a este libro. Creo que será una bendición especial para quienes desean vivir en la imponente presencia de nuestro magnífico Dios.

Dr. Ron Kenoly

Líder de adoración de renombre mundial

Introducción

“Dios se acercó. Sé que estaba ahí conmigo”. ¡Qué palabras tan maravillosas! ¡Qué experiencia tan gloriosa! Lamentablemente, estas experiencias nos ocurren con muy poca frecuencia. Sin embargo, la vida sin la presencia de Dios no fue su plan original. Él nos diseñó para conocerlo, para vivir en una comunión íntima y cercana con él. Por eso la vida es tan difícil e insatisfactoria para tantas personas. Vivimos sin lo único esencial para nuestra plenitud y bienestar. Vivimos sin la presencia continua y duradera de Dios.

YFuiste creado para vivir en la presencia de Dios. La vida en cualquier otro lugar es una imitación distorsionada e insatisfactoria.

Cuando vives sin una relación vital y continua con Dios, no tienes esperanza de encontrar la verdadera felicidad ni de cumplir el propósito para el que naciste. Simplemente no puedes funcionar correcta y eficazmente fuera del entorno de la presencia de Dios.

El propósito de este libro es enseñarte las condiciones bajo las cuales la presencia de Dios se acerca a nosotros. Porque, como ves, la presencia de Dios es condicional. Él no viene simplemente porque lo deseamos. Viene cuando las condiciones son propicias. Solo cuando aprendemos a establecer y mantener las condiciones que Él ha dispuesto para su venida, podemos esperar conocer el gozo de vivir en su presencia a diario, momento a momento.

Así que lee y estudia este libro hasta que los principios y verdades que aquí se enseñan se integren con naturalidad en tu pensamiento. Deja que te capaciten e inspiren para crear en tu vida las condiciones que te permitan acoger la presencia del Señor Jesucristo y de su Espíritu Santo. Entonces crecerás y florecerás, encontrando el gozo y la plenitud que solo la vida en la presencia de Dios Todopoderoso puede brindar.

Capítulo 1

El plan original de Dios para la humanidad

El mayor deseo de Dios tal como se revela en las Escrituras es que haya una familia.

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (Génesis 1:1). Tierra y mares, plantas y animales, aves y criaturas marinas, todo surgió gracias a su palabra.

Entonces dijo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza, y señoree en los peces del mar, en las aves del cielo, en los animales, en toda la tierra y en todo ser viviente que se mueve sobre la tierra». Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Dios los bendijo y les dijo: «Sean fructíferos y multiplíquense; llenen la tierra y sométanla. Dominen a los peces del mar, a las aves del cielo y a todo ser viviente que se mueve sobre la tierra» (Génesis 1:26-28).

Este acto culminante de la creación fue resultado del deseo de Dios de tener una familia. Quería a alguien que fuera su amigo y viviera con él como hijo. El plan original de Dios era que el hombre compartiera su autoridad y gobierno, no que le sirviera como siervo. Por eso Jesucristo es el «Rey de reyes y Señor de señores» (Apocalipsis 19:16b), no el Rey de súbditos. Dios estaba interesado en una relación completamente diferente a la que solemos imaginar cuando hablamos de un rey. Quería hijos que no solo fueran guiados por el Rey, sino que también ejercieran su autoridad y gobierno en la tierra.

Esta relación entre Dios y el hombre es de suma importancia para Dios. La creación lo demuestra. Lo primero que Dios le dio al hombre fue su imagen y semejanza, porque eso era lo primero que Dios quería que el hombre tuviera. Lo segundo que Dios hizo fue colocar al hombre en su presencia, que es el significado en hebreo de la palabra...*Edén*. Por tanto, el mayor deseo de Dios era que el hombre actuara como Él y viviera con Él.

Dios quiso que el hombre tuviera su imagen y semejanza y viviera en su presencia.

La palabra *imagen* significa “semejanza”

(Strong's, H6754) o “semejanza exacta” (Webster's, “imagen”). Por lo tanto, para

Ser hecho a imagen de Dios significa que el hombre se asemeja a Dios y es una imagen exacta de Él. Tiene la verdadera naturaleza de Dios y su carácter espiritual y moral. En las Escrituras, la palabra *Edén* se refiere a un lugar de la presencia de Dios (véase Isaías 51:3; Ezequiel 28:13). Así que Dios le dio al hombre su naturaleza y luego lo puso en su presencia. Estas eran las prioridades de Dios.

Dios no estableció patrones reverentes, tradiciones piadosas ni actividades religiosas en el Jardín del Edén. Simplemente existía una relación entre Dios y el hombre. Establecer y mantener esta relación sigue siendo la principal preocupación de Dios. Le preocupa mucho más nuestra comunión con Él que nuestras obras, actividades, tradiciones e incluso nuestras ocupaciones. Dios desea una relación —esa es la esencia— y todo lo que Dios estableció para el hombre se basó en este deseo de comunión.

Así, Dios creó al hombre con un propósito específico: dominar toda la tierra; con una imagen diferente a la de todas las demás partes de su creación: su propia naturaleza espiritual y moral; y con la capacidad de funcionar como Él: ver lo invisible (fe). Las Escrituras muestran claramente esta intención de Dios: que el hombre se asemejara más a Él que el resto de la creación, y que pensara y actuara como Dios.

¿Qué es el hombre, para que de él te acuerdes, el hijo del hombre, para que lo cuides? Lo hiciste un poco menor que los seres celestiales, y lo coronaste de gloria y honor. Lo hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste bajo sus pies (Salmo 8:4-6; véase también Hebreos 2:6-8).

Ciertamente, la creación del hombre fue la mayor creación de Dios, y Él describió al hombre que había creado como «muy bueno» (véase Génesis 1:31). Lamentablemente, lo que Dios quería para el hombre y su experiencia actual son muy diferentes. Esta diferencia se debe a la decisión del hombre de ignorar los principios inherentes a la creación de Dios.

Dios es un Dios de principios

La capacidad del hombre para cumplir su propósito y ser todo lo que Dios quiso que fuera se basa en la obligación de obedecer los principios que Dios estableció al crear a los seres humanos. ¿Por qué es esto cierto? Dios es un Dios de principios. Todo lo que creó se estableció para funcionar según ciertos principios que garantizan su correcto funcionamiento. Este patrón en la creación incluye a los seres humanos. Fuimos creados para funcionar según los principios que Dios estableció antes de crearnos.

Estos principios o reglas de funcionamiento de los seres humanos se encuentran

A lo largo de la Biblia, aunque no siempre se les llama principios. También se les puede llamar leyes, ordenanzas, preceptos, estatutos, mandatos, mandamientos, decretos, instrucciones, palabra y caminos de Dios. Aunque el significado de cada una de estas palabras tiene un matiz ligeramente diferente al de las demás, todas conllevan el concepto básico de un principio, que es una ley establecida para preservar y proteger una cosa creada y asegurar su máximo rendimiento. Por lo tanto, cada vez que estas palabras aparecen en las Escrituras, la palabra específica utilizada puede ser eliminada y la palabra...*principio* Puede insertarse en su lugar. Estas diferentes palabras para los principios de Dios se pueden ver claramente en los Salmos 19 y 119:

La ley [principios] del Señor es perfecta y reconforta el alma. Los estatutos [principios] del Señor son confiables y hacen sabio al sencillo. Los preceptos [principios] del Señor son rectos y alegran el corazón. Los mandamientos [principios] del Señor son radiantes y alumbran los ojos. El temor del Señor es puro y perdura para siempre. Las ordenanzas [principios] del Señor son seguras y completamente justas. Son más preciosas que el oro, que mucho oro puro; son más dulces que la miel, que la miel del panal. Por ellas es amonestado tu siervo; en guardarlas hay gran recompensa (Salmo 19:7-11).

Bienaventurados los que son intachables, los que andan conforme a la ley del Señor. Bienaventurados los que guardan sus estatutos y lo buscan con todo el corazón. No hacen nada malo; andan en sus caminos. Tú has establecido preceptos que deben obedecerse por completo. ¡Oh, si mis caminos fueran firmes en la obediencia a tus decretos! Entonces no sería avergonzado al considerar todos tus mandamientos. Te alabaré con un corazón recto al aprender tus justas leyes. Obedeceré tus decretos; no me abandones por completo. ¿Cómo puede un joven mantener su camino puro? Viviendo conforme a tu palabra. Te busco con todo mi corazón; no permitas que me desvíe de tus mandamientos. He guardado tu palabra en mi corazón para no pecar contra ti. Alabado seas,

Oh Señor, enséñame tus decretos [principios]. Con mis labios recito todas las leyes [principios] que salen de tu boca. Me regocijo en seguir tus estatutos [principios] como quien se regocija en las grandes riquezas. Medito en tus preceptos [principios] y considero tus caminos [principios]. Me deleito en tus decretos [principios]; no descuidaré tu palabra [principios]. Haz el bien a tu siervo, y viviré; obedeceré tu palabra [principios]. Abre mi

ojos, para que contemple las maravillas de tu ley (Salmo 119:1-18).

Características de los Principios

Dado que una relación satisfactoria con Dios, con los demás y con el resto de la creación divina se basa en la obediencia a sus principios, veamos ahora algunas de las características o propiedades de los principios. Comprender estas propiedades nos ayudará a comprender cómo funcionan en nuestra vida.

- *Los principios son permanentes.* Cuando Dios creó a los seres humanos, Él los creó para respirar oxígeno. Aunque han pasado muchos años desde que Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y el hombre ha encontrado muchas maneras de mejorar su experiencia de vida, aún necesita oxígeno para sobrevivir. En esencia, cualquier entorno sin oxígeno es mortal para el hombre.

- *Los principios nunca cambian; permanecen constantes.* En el sistema inglés de medida, se ha determinado que una yarda equivale a 36 pulgadas. Ahora puedes crear un palo que mida 35 pulgadas de largo y llamarlo

“Cilar”, pero esto no altera en absoluto el principio de que una yarda es una unidad de medida con una longitud igual a la suma de 36 pulgadas. En esencia, una vara de 35 pulgadas no equivale a una yarda, independientemente de cómo se la llame, porque una yarda, según su definición, contiene 36 pulgadas. De igual manera, las modificaciones que nuestra sociedad hace a las normas de conducta de Dios no alteran la ley divina. La ley de Dios es constante, así como Él es constante (véase Números 23:19).

- *Los principios funcionan en cualquier lugar.* Una de las leyes de la naturaleza es que el agua se congela a 0 grados Celsius (32 grados Fahrenheit). No importa si se congela el agua en el polo norte o en el ecuador: el agua enfriada a 0 grados Celsius (suponiendo que no esté contaminada con otras sustancias que alteren su punto de congelación) se congelará. De la misma manera, podemos esperar que las leyes de Dios se apliquen a nosotros sin importar dónde o cuándo vivamos. Sus principios son aplicables en todas las épocas, culturas y ubicaciones geográficas.

- *Los principios protegen el producto.* Esta característica de los principios puede ser. Esto se ilustra en las etiquetas de cuidado que muchos fabricantes de ropa cosen en sus prendas, ya sea en el cuello o en una costura lateral. Estas especificaciones del fabricante sobre el cuidado de la prenda pueden incluir requisitos de temperatura del agua para el lavado, secado al aire libre o en secadora, y lavado en agua o en seco. El fabricante proporciona estas instrucciones para proteger la prenda de posibles daños que podrían provocar encogimiento, decoloración o deterioro prematuro.

fibras u otros daños. Las leyes de Dios también tienen como objetivo protegernos del daño. Aunque a veces parezcan limitar nuestras opciones, estas limitaciones siempre las impone Dios para proteger nuestra libertad y bienestar.

- *Los principios nunca se pueden romper.* Las leyes de la gravedad establecen que la masa La Tierra, la Luna u otro planeta ejercerá cierta atracción sobre los objetos en su superficie o cerca de ella. Esta atracción atraerá los objetos hacia ella. Con la invención de los aviones, helicópteros y otros medios de transporte aéreo, se podría decir que se han roto las leyes de la gravedad. Tal afirmación nunca puede ser cierta porque un principio de creación es inquebrantable. Lo que sí puede suceder es que el hombre idee diversos medios para combatir o redirigir las fuerzas de la gravedad. Entonces, aunque el principio de la gravedad no sea evidente en un evento o circunstancia particular, el principio en sí mismo —es decir, la regla de que los objetos en la superficie terrestre o cerca de ella son atraídos hacia ella si no se les impide de alguna manera— sigue siendo válido.

- *Los principios, cuando se violan, producen destrucción.* Lo que a usted le parece correcto para el uso de un producto no necesariamente coincide con la intención del fabricante. Por ejemplo, al comprar una plancha, la caja contiene un pequeño folleto que enumera las instrucciones del fabricante sobre su funcionamiento. Estas instrucciones suelen llamarse instrucciones de uso. Le indican cómo usar la plancha para obtener el máximo rendimiento.

Ahora podrías tomar esa plancha, enchufarla a la pared y meterla en la bañera para calentar el agua. Como se supone que la plancha calienta, esa forma podría parecerle correcta: "La plancha está caliente y el agua fría, así que la meteré en el agua para que se caliente". ¿Sabes qué? Hay una forma que a uno le parece correcta, ¡pero al final es una experiencia impactante!

Tanto usted como la plancha sufrirán daños debido a su decisión de violar las instrucciones de funcionamiento de la plancha (principios).

- *Los principios contienen un juicio inherente.* Esta última característica de Los principios son particularmente importantes. Por ejemplo, el principio del fuego es el calor. Cuando pones la mano en el fuego, puedes esperar quemarte porque el fuego produce calor. En otras palabras, no te quemas porque Dios te queme o el diablo te queme. Te quemas porque el calor es un principio del fuego. En esencia, el juicio —la quemadura— es inherente al principio.

Así, mucho de lo que llamamos "obras de Dios" son simplemente juicios inherentes a los principios divinos de la creación. Por ejemplo, Dios no ha matado a ningún hombre. Más bien, "la paga [resultados naturales] del pecado es muerte" (Rom. 6:23a). Cuando...

Si te metes con el pecado y empiezas a coquetear con cosas que no deberías hacer, no tienes que preocuparte de que alguien te descubra, porque tus propias acciones te delatarán. ¿Por qué es esto cierto? El pecado conlleva un juicio inherente. Cuando violas el principio de Dios, ese mismo principio contiene tu disciplina o castigo.

El uso que Dios hace de los principios

Los versículos citados previamente de los Salmos 19 y 119 también revelan claramente la necesidad de comprender y obedecer los principios divinos de la creación. Esto es cierto porque solo el fabricante de un producto conoce los factores necesarios para obtener su máximo rendimiento. En esencia, no se puede usar un producto según las propias ideas y esperar que cumpla con lo que el fabricante prometió. Si se desea que un producto funcione, cumpliendo con todo lo prometido por el fabricante, se deben obedecer los principios (leyes, mandamientos, instrucciones, etc.) de quien lo diseñó y fabricó.

Las exigencias de Dios siempre se basan en sus principios, porque sabe que no podemos cumplir nuestro propósito ni disfrutar de la plenitud en la vida a menos que nos atengamos a los parámetros (principios) que él nos ha establecido. Los efectos de sus leyes son inevitables, pues son inherentes a la ley. Por lo tanto, nuestra relación con Dios, tanto nuestra percepción de él como su respuesta hacia nosotros, se basa en cómo respondemos a los principios que él ha establecido a lo largo de la creación. Él no es caprichoso en sus respuestas, sino fiel y justo. (Véase Salmo 111:7 y 1 Juan 1:9).

SiPara que un producto funcione, hay que obedecer los principios de funcionamiento del fabricante.

Quizás preferimos la anarquía, que es la libertad de hacer lo que queramos, pero nuestra propia creación por Dios, nuestro Creador y Fuente, exige que sigamos sus principios. Si elegimos la anarquía —hacer lo que queremos, cuando queremos y como queremos— podemos esperar cosechar las consecuencias inevitables, que incluyen la esclavitud, la muerte y la pérdida de privilegios o libertades. Esto es precisamente lo que les sucedió al hombre y a la mujer en el Jardín del Edén.

Indiferencia para Gallinero Principios Lleva Consecuencias

Cuando Dios colocó al hombre en el Edén, le dio algunas instrucciones que

debían regir su vida en el jardín. Una de estas instrucciones se refería a lo que podía y no podía comer.

Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás (Génesis 2:16-17).

Tenga en cuenta que este mandato conlleva un juicio inherente. La muerte es la consecuencia prescrita por desobedecer este principio.

Así, el pronunciamiento de Dios al hombre en Génesis 3:19: “Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres *y al polvo volverás*”—no es más que la consecuencia lógica de la elección del hombre de desobedecer a Dios.

Esta muerte física que inevitablemente cobrará la vida de toda persona, ya sea en la infancia o en la vejez, no es, sin embargo, la única muerte que el hombre sufrió debido a su desobediencia. La consecuencia más grave del desprecio del hombre por los principios de Dios para la vida en el huerto fue la pérdida del Espíritu Santo y su posterior separación de Dios. Esta muerte espiritual, como podría llamarse, es la raíz de todos los males que nos aquejan como individuos y como sociedad. En realidad, el hombre no puede ni podrá vivir a la altura del potencial y el propósito que Dios infundió en él hasta que se restablezca el amor y la intimidad que Dios y el hombre disfrutaron en el huerto. Dado que la vida en la presencia de Dios es el entorno ideal del hombre, la presencia de Dios es también su mayor necesidad. El hombre no puede vivir verdaderamente hasta que se restablezca la relación entre Dios y el hombre.

La muerte es la ausencia de la presencia de Dios en la vida de un hombre o una mujer.

❖ PRINCIPIOS ❖

1. Dios creó al hombre para compartir su imagen y autoridad.
2. Dios está más interesado en las relaciones que en las reglas y tradiciones.
3. Todo lo que Dios creó está gobernado por principios.
4. El cumplimiento del propósito requiere obedecer los principios de Dios.
5. Los principios contienen estas características inherentes:
 - Los principios son permanentes.
 - Los principios nunca cambian.
 - Los principios funcionan en cualquier lugar.
 - Los principios protegen el producto.
 - Los principios nunca se pueden romper.
 - Los principios, cuando se violan, producen destrucción.

- Los principios contienen un juicio inherente.

6. La Palabra de Dios contiene los principios que gobiernan a hombres y mujeres.

7. Desobedecer los mandamientos de Dios trae consigo daño natural y espiritual.
consecuencias.

Capítulo 2

La mayor necesidad del hombre

El mayor deseo de Dios y la necesidad más profunda del hombre es compartir una relación duradera de Espíritu a espíritu.

Dado que Dios es un Dios de principios, todo lo que creó se estableció para funcionar según ciertos principios que garantizan su correcto funcionamiento. Por lo tanto, todas las cosas creadas —ya sean plantas, animales, peces, aves, estrellas o seres humanos— deben adherirse a los principios que rigen su vida para liberar su potencial y cumplir su propósito. Uno de los principios más importantes, ordenados por Dios para preservar y proteger su obra y asegurar el máximo rendimiento de cada cosa creada, es el principio del medio ambiente.

El principio del medio ambiente

La palabra *ambiente* se define como “circunstancias, objetos y condiciones que nos rodean” (Webster, “entorno”).

Por lo tanto, un entorno puede referirse a las fuerzas que afectan el estado de las cosas, los componentes que conforman el clima en el que algo existe o las condiciones en las que existe. Todo en la vida fue creado para funcionar dentro del entorno particular que Dios le prescribió antes de crearlo.

En esencia, antes del momento de la creación, Dios decidió tanto de qué haría Su creación como dónde la colocaría después de crearla. Este lugar, diseñado para adaptarse individualmente a la composición y el propósito de cada cosa que Dios creó, fue su entorno. Cuando el entorno estuvo listo, Dios invocó cada creación de su fuente original y la colocó en el entorno específico que había creado para ella.

Así que, antes de crear el sol, la luna y la multitud de estrellas, Dios primero invocó la luz y la separó de las tinieblas, llamando a la luz «día» y a las tinieblas «noche». También creó un firmamento o expansión para separar las aguas de arriba de las de abajo, y lo llamó «cielo». Solo entonces, después de que todo esto se completó, Dios invocó las luces de los cielos y las colocó en el firmamento para marcar el día, la noche y las estaciones. (Véase Génesis 1:1-8,14-18).

El proceso de Dios al crear plantas y animales revela el mismo patrón.

Antes de que Él creara plantas y animales, reunió las aguas para que apareciera la tierra seca. A la tierra seca la llamó «tierra» y a las aguas la llamó «mares». Solo entonces le habló al mar, ordenándole que produjera toda clase de peces y criaturas marinas, y a la tierra, ordenándole que produjera toda clase de vegetación, plantas con semilla y árboles según su especie, y toda criatura viviente, ganado y animales salvajes según su especie. (Véase Génesis 1:9-12,20-25).

Finalmente, Dios estaba listo para crear al hombre.

Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó (Génesis 1:26-27).

Estos versículos del Génesis revelan claramente que Dios es la fuente del hombre. Cuando Dios creó al hombre, se habló a sí mismo y el hombre surgió de él. Así, el hombre fue creado para ser de la misma esencia que Dios, quien es espíritu (véase Jn. 4:24), y para vivir en el mismo entorno que Dios, que es el reino del espíritu o el entorno de Dios.

Así vemos que Dios prescribió un ambiente para todo lo que creó. Antes de crearlo, lo colocó allí.¹ Por lo tanto, no se puede esperar que un producto de Dios funcione correctamente si no se comprende el entorno que Él le ha prescrito. En esencia, un producto mal colocado fallará si no se sigue la prescripción del entorno que Dios ordenó. Un producto en un entorno inadecuado simplemente no funcionará correctamente.

Dios prescribió un entorno para todo lo que creó. Por lo tanto, los entornos pueden ser buenos o malos, positivos o negativos, saludables o insalubres, dependiendo de lo que el fabricante prescribió para el producto que se utiliza. El entorno en sí no es necesariamente malo, negativo o insalubre. Más bien, el problema radica en un producto mal ubicado. Un entorno en particular es incorrecto solo porque el producto no fue diseñado para funcionar en él. La prescripción y la realidad no coinciden.

Dicho de otro modo, la naturaleza del entorno siempre afectará el estado, la función y la eficiencia de un producto. Si, por ejemplo, compras un televisor de 5000 dólares, lo arrojas al océano y luego intentas que funcione, pronto descubrirás que desperdiciaste esos 5000 dólares. O, si arrastras un bote por una carretera detrás de un camión, al intentar usarlo en el agua descubrirás que ha sido destrozado por la carretera. ¿Por qué ha sucedido esto?

El televisor y el barco en un entorno inadecuado. El fabricante nunca pretendió que se arrojara el televisor al océano ni que se arrastrara el barco por la carretera.

Por lo tanto, por muy caro que sea el producto, dejará de funcionar si el entorno operativo difiere del previsto por el fabricante. Un entorno inadecuado — es decir, un entorno donde el producto no se encuentra en su lugar— siempre se traducirá en un potencial desaprovechado. Sin duda, la clave para el funcionamiento eficiente y eficaz de un producto reside en el entorno en el que se instala.

Por consiguiente, debemos comprender claramente el entorno prescrito para cada producto, ya que es este el que determina su éxito o fracaso. Este entorno prescrito es lo que podríamos llamar el entorno ideal de un producto. Un entorno ideal significa que existe un entorno perfecto que Dios (o un fabricante) ha prescrito para cada producto. Por eso Dios colocó al hombre en el Edén. El Edén es el entorno ideal del hombre.

El entorno ideal del hombre

Cuando Dios planeó lo que sería el hombre (espíritu) y cómo funcionaría (por fe), también determinó dónde viviría (su entorno ideal). Dios no tomó al hombre y lo puso en cualquier lugar de la tierra. Dios escogió un lugar específico en este gran planeta y lo colocó en ese lugar especialmente escogido, que conocemos como Edén. Ahora, intentemos entender qué es el Edén.

La raíz en hebreo de la palabra *Edén* es incierto. La versión griega del Antiguo Testamento, la Septuaginta, relaciona la palabra con el verbo hebreo. *Edén* o *Ayden*, que significa "deleite" (Strong's, H5731, H5730). Por lo tanto, *Edén* se traduce como el jardín de las delicias. Otras apariciones de la palabra *Edén* en el Antiguo Testamento equiparan *Edén* con el jardín del Señor.

Ciertamente consolará Jehová a Sión, y mirará con compasión todas sus ruinas; transformará sus desiertos en Edén, y sus soledades en huerto de Jehová.

Se hallará en ella alegría y gozo, acción de gracias y voces de cánticos (Isaías 51:3).

En Edén, en el huerto de Dios estabas... (Ezequiel 28:13).

Esto parece coincidir con la descripción que hace Génesis del jardín como el lugar donde Dios caminaba al fresco del día (véase Génesis 3:8).

Así, Dios preparó un jardín para el hombre, un ambiente donde pudiera

agradable y donde su presencia tocó la tierra. Por eso la Biblia nunca dice que Adán plantó el jardín. Más bien, fue Dios quien lo plantó. Es decir, Dios vino y plantó su presencia en la tierra.

¿Puedes imaginarte esto? El Edén era el único lugar donde la presencia de Dios moraba en la tierra. Era el jardín de su presencia, el lugar de su complacencia, y fue precisamente allí donde Dios colocó a Adán. La comunión inquebrantable entre Dios y el hombre fue el entorno que Dios planeó para el hombre.

Esto significa que no necesitas servicios religiosos, coros, servicios de adoración ni reuniones para tener éxito en la vida. No había nada de esto en el Edén. Tampoco había profetas, maestros, predicadores ni apóstoles. Tu entorno ideal es nada más y nada menos que la presencia de Dios mismo, que fue el primer regalo de Dios a Adán.

La presencia de Dios es tu entorno ideal.

Su presencia en tu casa es la más hermosa del mundo. No necesitas esposo ni esposa para triunfar. Necesitas la presencia de Dios. Por lo tanto,

Dios se dio a sí mismo a Adán antes de darle una mujer. La primera presencia que necesitas es un amigo de Dios, no un novio o una novia. Si consigues un novio o una novia, un esposo o una esposa, fuera de la presencia de Dios, has creado un estado de disfunción para ti mismo.

¿Por qué es esto cierto? Todo lo que no se encuentra en su entorno ideal falla. Esto es inevitable. Ninguna persona ni producto puede funcionar correctamente fuera del entorno específicamente diseñado para ello por su fabricante. Así como los peces deben permanecer en el agua y las plantas deben permanecer en la tierra para prosperar, el hombre debe permanecer en la presencia de Dios. Cualquier pez que se retire del agua o sea retirado por otra criatura, eventualmente morirá y se pudrirá. Lo mismo ocurre con una planta. Ninguna planta puede seguir viviendo y dando fruto si sus raíces no están cubiertas y nutridas por la tierra. En realidad, una planta comienza a morir en el instante en que se le arrancan las raíces de la tierra, y su muerte es segura a menos que sus raíces vuelvan a la tierra, que es su fuente y entorno ideal. De igual manera, la vida del hombre y el cumplimiento de su destino solo son posibles en la medida en que camina y habla con Dios en el jardín de su presencia.

La caída del hombre de la presencia de Dios

Lamentablemente, lo que Dios quiso y la realidad de la situación del hombre hoy en día son...

Muy diferente. La razón de esta diferencia es la decisión del hombre de desechar lo que percibía como los principios restrictivos del diseño de Dios. La caída del hombre, como a menudo se denomina la decisión del hombre de pecar, es en realidad una caída de la presencia de Dios, con la consiguiente pérdida del Espíritu Santo. Dado que Dios creó al hombre para vivir en relación con Él y el pecado causó una ruptura en esa relación, la oportunidad del hombre de vivir en la presencia de Dios terminó. El libro del Génesis lo describe así:

Entonces el Señor Dios lo expulsó del jardín del Edén, para que trabajara la tierra de la cual había sido tomado.

Después de expulsar al hombre, puso al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se movía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida (Génesis 3:23-24).

Dado que, como hemos señalado anteriormente, la palabra *Edén* En las Escrituras, significa el lugar de la presencia de Dios. El destierro del hombre del Edén significó el destierro de la presencia de Dios. La criatura que Dios había creado para vivir en su presencia fue condenada a vivir separada de Aquel que era esencial para su bienestar. La historia humana muestra las consecuencias de esa separación, consecuencias que fueron inherentes a los principios de Dios para la vida del hombre.

Ahora tenemos que esforzarnos para estar en la presencia de Dios; pero eso no era lo que Dios quería para los seres humanos que había creado. Se suponía que debíamos despertarnos cada mañana y caminar por el bosque con Dios. No se suponía que tuviéramos que esforzarnos con cantos, instrumentos y ejercicios de adoración para ponernos en el estado de ánimo o la disposición mental adecuados para la adoración. La intención de Dios era que nos despertáramos en su presencia, nos durmiéramos en su presencia, trabajáramos en su presencia, habláramos en su presencia, fuéramos a pescar en su presencia, comiéramos en su presencia, lloráramos en su presencia, riéramos en su presencia, bailáramos en su presencia, y así sucesivamente. Cada aspecto de nuestra vida debía transcurrir en la presencia de Dios.

¡Oh, cómo hemos caído! Lo que una vez fue un privilegio que Dios nos dio, ahora nos lo niega Dios mismo. Porque cuando Dios expulsó al hombre y a la mujer del Edén, del lugar o momento de su presencia, también colocó querubines a la entrada del jardín para asegurarse de que la humanidad no regresara al entorno que había sido su hogar antes de su pecado.

¿Por qué Dios, que ama al hombre y lo creó para vivir en comunión con Él, haría esto? ¿Por qué desterraría al hombre de su presencia y se aseguraría de que no pudiera regresar? ¿Será que la presencia de Dios era tan importante que Dios no permitiría que se contaminara con el pecado del hombre? ¿Será que...?

Puede ser que el hombre ya no podía soportar la presencia de Dios porque había perdido el Santo

¿Espíritu, aquello que le permitió comunicarse con Dios y disfrutar de la comunión con Él?

Dios es santo

Las Escrituras afirman claramente que Dios es santo, lo que significa que Dios es completamente puro en motivos y perfecto en bondad, rectitud y justicia.

Exaltad a Jehová nuestro Dios, y postraos ante su santo monte, porque Jehová nuestro Dios es santo (Salmo 99:9).

Al Señor Todopoderoso debes considerarlo santo, a Él debes temer... (Isaías 8:13).

Porque tu marido es tu Hacedor; Jehová de los ejércitos es su nombre; tu Redentor es el Santo de Israel; Él se llama Dios de toda la tierra (Isaías 54:5).

Pero el Señor Todopoderoso será exaltado por su justicia, y el Dios santo se mostrará santificado por su justicia (Isaías 5:16).

Dios no solo es santo, sino que es santísimo, pues ningún otro dios, persona o cosa es tan santo como él (véase 1 Samuel 2:2 e Isaías 40:25), y su presencia también es santa. Moisés experimentó la santidad de Dios cuando se acercó a la zarza ardiente y Dios le habló desde dentro.

«No te acerques más —dijo Dios—. Quítate las sandalias, porque el lugar donde estás es tierra santa» (Éxodo 3:5).

Años después Josué tuvo una experiencia similar.

Cuando Josué estaba cerca de Jericó, alzó la vista y vio a un hombre de pie frente a él con una espada desenvainada en la mano. Josué se acercó y le preguntó: "¿Eres de los nuestros o de nuestros enemigos?". "Ninguno", respondió, "sino que como comandante del ejército del Señor he venido". Entonces Josué cayó rostro en tierra en reverencia y le preguntó: "¿Qué mensaje tiene mi Señor para su siervo?". El comandante del ejército del Señor respondió: "Quítate las sandalias, porque el lugar donde estás es santo". Y Josué así lo hizo (Josué 5:13-15).

Parecería, entonces, que Adán se convirtió en un cuerpo extraño, un contaminante, un cáncer, por así decirlo, para la presencia de Dios en el momento de su caída. Habiendo perdido el Espíritu Santo, Adán ya no reflejaba la santidad de Dios que era su derecho de nacimiento cuando fue creado a su imagen. Ahora, el pecado de Adán lo convirtió en una afrenta a la santidad de Dios. Dios respondió expulsándolo de la

jardín de su presencia y colocando querubines a la entrada del jardín para proteger su presencia del hombre pecador.

Protectores de la presencia de Dios

Los querubines son ángeles alados que custodian la presencia del Señor. Esta función se manifiesta no solo en su posición a la entrada del Edén, sino también en su presencia cerca del trono de Dios.

Escúchanos, oh Pastor de Israel, Tú que pastoreas a José como a un rebaño; Tú que estás sentado entre los querubines, resplandece (Salmo 80:1).

El Señor reina, tiemblen las naciones; está sentado entre los querubines, tiemble la tierra.

(Salmo 99:1).

Oh Señor Todopoderoso, Dios de Israel, que reinas entre los querubines, solo tú eres Dios sobre todos los reinos de la tierra. Tú hiciste los cielos y la tierra (Isaías 37:16).

Esta posición de proteger la presencia del Señor era particularmente evidente en el diseño del Arca de la Alianza, donde los querubines, con las alas extendidas, custodiaban el propiciatorio donde Dios moraba sobre el Arca. Así, cuando los sacerdotes entraban al Lugar Santísimo, los querubines eran los primeros seres que veían. Antes de poder llegar a Dios, tenían que pasar junto a los querubines. Cualquier cosa o persona contaminada por el pecado que se acercara a la presencia de Dios nunca pasaría junto a los querubines, porque las cosas pecaminosas y la gente no podía entrar en la presencia de Dios para no ser consumidos por Él.² –

El profeta Ezequiel describe a los querubines como personas con cuatro alas y cuatro caras, y estaban cubiertos de ojos:

Y dentro de él había figuras que se asemejaban a cuatro seres vivientes. Y esta era su apariencia: tenían forma humana. Cada uno de ellos tenía cuatro caras y cuatro alas. Y sus piernas eran rectas y sus pies eran como pezuñas de buey, y brillaban como bronce bruñido. Debajo de sus alas, a sus cuatro lados, había manos humanas. En cuanto a las caras y las alas de los cuatro, sus alas se tocaban una con otra; sus caras no se giraban cuando se movían, cada uno iba derecho hacia adelante. En cuanto a la forma de sus caras, cada uno tenía la cara de un hombre, los cuatro tenían la cara de un león a la derecha y la cara de un toro a la izquierda, y los cuatro tenían la cara de un águila. Tales eran sus caras. Sus alas estaban extendidas arriba; cada uno tenía dos que tocaban a otro ser, y dos que cubrían sus cuerpos (Ezequiel 1:5-11 NAS).

Todo su cuerpo, incluyendo sus espaldas, sus manos y sus alas, estaba completamente lleno de ojos. Cada uno de los querubines tenía cuatro caras: Una cara

era la de un querubín, el segundo la cara de un hombre, el tercero la cara de un león, y el cuarto la cara de un águila (Ezequiel 10:12-14).

La tarea de custodiar la presencia de Dios también la comparte evidentemente otro grupo de ángeles alados llamados serafines. Isaías vio a estos ángeles cuando recibió su llamado a ser profeta:

En el año en que murió el rey Uzías, vi al Señor sentado en un trono alto y sublime, y la orla de su manto llenaba el templo. Sobre él había serafines, cada uno con seis alas: con dos alas se cubrían el rostro, con dos se cubrían los pies y con dos volaban. Y se gritaban unos a otros: «Santo, santo, santo es el Señor Todopoderoso; toda la tierra está llena de su gloria». Al sonido de sus voces, los postes y umbrales de las puertas se estremecieron y el templo se llenó de humo. «¡Ay de mí!», grité. «¡Estoy perdido! Porque soy un hombre de labios impuros, y vivo en medio de un pueblo de labios impuros, y mis ojos han visto al Rey, el Señor Todopoderoso». Entonces uno de los serafines voló hacia mí con un carbón encendido en la mano, que había tomado con tenazas del altar. Con ella tocó mi boca, y dijo: «Mira, esto ha tocado tus labios; es quitada tu culpa, y tu pecado ha sido perdonado» (Isaías 6:1-7).

Vemos aquí que los serafines no solo protegieron la santidad de Dios, sino que también atendieron la necesidad de Isaías cuando reconoció su pecado en presencia de un Dios santo. Por lo tanto, su función era proteger la presencia de Dios y preservar al hombre cuando este reconoció su pecado y se arrepintió.

Tengan en cuenta que estos ángeles, o criaturas o seres vivientes, como se les suele llamar, no protegieron al hombre de Dios; protegieron la presencia de Dios del hombre. Su tarea era impedir que el hombre entrara en la presencia de Dios, su entorno previsto y, por lo tanto, el lugar donde se desenvuelve correctamente, a pesar de su pecado y su pérdida de santidad. Porque, como ven, el hombre, a pesar de su pecado, sigue siendo a imagen de Dios. Su comportamiento pecaminoso no ha cambiado su naturaleza básica. Lo que ha cambiado es la capacidad del hombre para actuar como Dios actúa.

Esto es cierto porque el hombre perdió el Espíritu Santo al pecar y, por lo tanto, ya no tiene la capacidad de funcionar según el carácter espiritual y moral de Dios. En otras palabras, el hombre sigue siendo espíritu, al igual que Dios es Espíritu, pero ya no es verdad ni justicia, como Dios (véase Salmo 31:5; 45:4). Por eso, David, después de su pecado con Betsabé, buscó a Dios con estas palabras:

Crea en mí, oh Dios, un corazón puro, y renueva un espíritu firme dentro de mí. No me echés de tu presencia ni me quites tu Santo Espíritu (Salmo 51:10-11).

David sabía que su corazón y su espíritu no estaban bien con Dios debido a su pecado, y que Dios tenía todo el derecho de retirar Su presencia de la vida de David.

Los pecadores son santos que no funcionan bien

Esta condición de un corazón y un espíritu que no están bien con Dios ha sido la difícil situación del hombre desde que el primer hombre y la primera mujer eligieron la desobediencia en lugar de la obediencia. Adán y Eva ciertamente parecían funcionar bien después de dejar el jardín, pues vivieron más de 900 años. En realidad, funcionaban bien. Adán seguía cultivando la tierra y teniendo hijos, como Dios lo había planeado al crear al hombre. Sin embargo, Adán estaba completamente disfuncional porque nada fuera de su entorno puede funcionar correctamente. Adán no podía funcionar como estaba diseñado para hacerlo porque la ausencia de la presencia de Dios le impedía vivir como Dios había planeado que viviera.

Por eso se dice que Adán murió al pecar. Aunque su ser físico no murió inmediatamente, Adán sí murió espiritualmente en el preciso momento en que fue separado de la presencia de Dios, porque la muerte es la ausencia de la presencia de Dios en la vida de un hombre o una mujer. Así, vemos que el hombre que Dios había declarado "muy bueno" (véase Génesis 1:31) se volvió muy malo porque perdió su entorno ideal. Fue una buena creación en el lugar equivocado y, por lo tanto, comenzó a fallar (pecar).

Este es el problema de nuestro mundo actual. Los hombres y las mujeres están fallando (pecando) porque no pueden funcionar adecuadamente separados de Dios. Esta condición de disfunción habría continuado indefinidamente si Dios no hubiera intervenido para rescatar a los seres humanos que creó a su imagen y semejanza. Aunque aún no podíamos regresar a su presencia por estar contaminados por el pecado, Dios murió por nosotros.

La muerte es la ausencia de la presencia de Dios en tu vida.

Verán, en el momento justo, cuando aún éramos impotentes, Cristo murió por los impíos. Rara vez alguien morirá por un justo, aunque por un hombre bueno tal vez alguien se atreva a morir. Pero Dios demuestra su amor por nosotros en esto: siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Si ahora hemos sido justificados por su sangre, ¡cuánto más seremos salvos de la ira de Dios por medio de él! Porque si siendo enemigos de Dios fuimos reconciliados con él por la muerte de su Hijo, ¡cuánto más, habiendo sido reconciliados, seremos salvos por su vida! (Romanos 5:6-10)

Dios vino a nuestro rescate porque quiere recuperar a su familia. Él sabe que el pecado es el mal funcionamiento de un santo, y que los santos que se encuentran en un entorno inadecuado son incapaces de funcionar correctamente, por eso buscó restaurarnos a nuestro entorno adecuado.

Dado que la obra de restauración de Dios es una obra en proceso, la evidencia del alejamiento del hombre de Dios debido a su santidad perdida es un estribillo constante a lo largo de la historia de la relación de Dios con su pueblo. De hecho, ninguna generación escapó de esta esclavitud al pecado, pues «una y otra vez tentaron a Dios y afligieron al Santo de Israel» (Salmo 78:41) hasta que Dios los castigó por su pecado. Moisés y Aarón, quienes perdieron la oportunidad de guiar al pueblo de Dios a la Tierra Prometida por descuidar la santidad del Señor ante el pueblo, son solo un ejemplo de los muchos que han sufrido por su falta de voluntad —e incluso por su incapacidad, debido a su separación de Dios— para ser santos como Dios es santo.

Pero el Señor les dijo a Moisés y a Aarón: «Por cuanto no confiaron en mí lo suficiente para santificarme ante los ojos de los hijos de Israel, no introducirán a esta comunidad en la tierra que yo les doy». Estas eran las aguas de Meriba, donde los israelitas riñeron con el Señor y donde Él se mostró santo entre ellos (Números 20:12-13).

Antes de la caída, al hombre le era fácil acercarse a Dios —la presencia de Dios era donde pasaba cada momento de cada día— y ser santo como Dios es santo, esa era la naturaleza innata del hombre. Sin embargo, una vez que el hombre pecó, las cosas cambiaron porque perdió el derecho a estar con Dios todos los días.

Ahora Dios tiene que lidiar con todo nuestro pecado, iniquidad y rebelión antes de permitirnos acercarnos a su santuario. E incluso cuando lleguemos allí, encontraremos querubines y serafines rondando a Dios para impedirnos acercarnos a él antes de que nuestro pecado sea expiado.

Devolverte a tu hogar ha sido el plan de Dios desde el principio. Eres valioso para Dios a pesar de tu pecado. Tu único problema es que te encuentras en un entorno negativo, un entorno distinto al que Dios te creó para vivir. Por eso, Jesús pagó el precio exacto por tu valor. Dejó su imagen para rescatarte porque sabe que, aunque eres pecador, aún conservas la suya. En otras palabras, tu valor no cambió cuando cambió tu entorno, así que Dios ideó un plan para redimirte y devolverte a su presencia.

En verdad, cada acto de Dios desde la caída del hombre de Su presencia se ha realizado para restaurar la relación que el hombre rompió mediante el pecado. Todo el Antiguo...

El Nuevo Testamento, desde Génesis hasta Malaquías, es la historia de los esfuerzos de Dios por devolver al hombre al entorno de jardín que había perdido.

Tenga en cuenta que la Biblia es la historia de *Gallinero* Esfuerzos, no del hombre, por restaurar las cosas a su estado anterior. El hombre no puede lograr esta tarea solo. No puede recuperar su entorno adecuado sin la ayuda de su Creador. En realidad, ni siquiera puede saber cuál es su entorno adecuado y cómo fue creado para funcionar a menos que Dios le proporcione la manera de restaurarlo. El hombre no puede superar su pecado sin su Salvador.

Dios quiere recuperar a su familia.

La incapacidad del hombre para restaurar la comunión con Dios, rota por el pecado, no le ha impedido intentar restablecer esta conexión. Las numerosas religiones del mundo y el creciente interés por lo espiritual en nuestra generación demuestran cuánto se ha esforzado y sigue esforzándose el hombre por reconectarse con Dios. Cuando vive separado de la presencia de Dios, el hombre sabe que está perdido y vacío, sin ancla ni fundamento para su alma. Independientemente de si comprende o no la razón de este vacío en su vida, siente sus efectos y, a menudo, dedica mucho tiempo, esfuerzo y dinero a intentar solucionarlo.

Sin embargo, ninguno de nuestros libros de autoayuda, ejercicios espirituales ni rituales ocultistas puede satisfacer nuestra necesidad espiritual. La receta de Dios para nuestro pecado es la única que funciona. La única manera de reconectarnos con Dios es aceptar su don de salvación a través de Jesucristo para limpiarnos de todo pecado. La única manera de mantenernos conectados es practicar su presencia a diario. Lamentablemente, nuestra negativa a aceptar la receta de Dios para el pecado es bastante evidente en nuestro mundo lleno de pecado.

¿Sabes por qué sigues pecando? Pecas porque dejas de practicar la presencia de Dios o nunca lo has hecho. Es difícil pecar y tener comunión con Dios al mismo tiempo. Esta verdad es la razón por la que debes practicar la presencia del Señor todo el día.

“¿Cómo practico la presencia de Dios?”, te preguntarás. “Mediante la alabanza y la adoración” es la respuesta. En el trabajo, simplemente tararea una canción. Es difícil maldecir, chismear o quejarse cuando tarareas una canción. Cuando alguien te hace algo que te lastima o te dificulta las cosas, simplemente empieza a orar o a cantar en lenguas. No puedes enojarte cuando hablas con Dios y le cantas alabanzas.

Esto es muy diferente de lo que la gente solía decir cuando yo era niño: “Mira, puedo dejar mi religión de lado por un minuto”. Lo que querían decir

era, “Dejaré de adorar, dejaré de practicar la presencia de Dios por un minuto para poder maldecirte. Luego lo retomaré cuando haya terminado de cuidarte”. Dios no quiere que vivamos así. Nos diseñó para estar siempre con Él. Planeó que nunca tuviéramos que funcionar sin Él. Quería que conociéramos el gozo, la paz y el poder de vivir con Él: “En tu presencia hay plenitud de gozo; a tu diestra hay delicias para siempre” (Sal. 16:11b RV). El gozo y los placeres son regalos de Dios para sus hijos cuando permanecen en el entorno que Él planeó para ellos. Así que si permaneces en la presencia de Dios, siempre le agradarás. Entonces no tendrás que pelear con nadie porque Él lo hará por ti. De hecho, Él pondrá a tus enemigos por estrado de tus pies (ver Sal. 110:1).

La Biblia es el programa de nuestro Fabricante para colocarnos, Su producto, nuevamente en nuestro entorno ideal.

La alabanza y la adoración son las soluciones de Dios para que regresemos a su presencia. Sin embargo, debemos tener claro que la alabanza y la adoración no nos devuelven a la presencia de Dios; nos traen la presencia de Dios. *a*Nosotros. Es decir, no son más que los medios que proporcionan las condiciones que invitan a Dios a venir a nosotros como vino a Adán y Eva en el frescor del día. Son las herramientas que preparan el escenario para la llegada de Dios.

Toda la historia de la salvación es la historia de los esfuerzos de Dios por lograr precisamente esto: restablecer las condiciones para que Él pueda vivir con su pueblo como lo hizo en el jardín. Él es nuestra Fuente y nuestro Creador. Por lo tanto, es el único que sabe tanto para qué nos creó (nuestro propósito) como dónde nos diseñó para tener éxito (nuestro entorno ideal). También es el único que puede ayudarnos a recuperar todo lo que perdimos por el pecado.

◆ PRINCIPIOS ◆

1. Todo en la vida fue creado para funcionar dentro de un marco específico. ambiente.

2. El ambiente ideal del hombre es la presencia de Dios.

3. El pecado del hombre lo ha separado de su entorno ideal.

4. Los pecadores son santos que no funcionan correctamente. Por lo tanto, todos nuestros problemas se originan del hecho de que hemos perdido nuestro entorno ideal.

5. Dios es santo. No puede permitir que el pecado entre en su presencia.

6. La salvación por medio de Jesucristo es el único medio por el cual podemos volver a la presencia de Dios.

7. La alabanza y la adoración son dones de Dios para restaurar su presencia en el hombre.

Capítulo 3

Creando una morada para Dios

El objetivo de Dios a lo largo de la historia ha sido llevar al hombre de nuevo a su presencia.

Dios está en el trabajo de la restauración, y la Biblia es un registro de sus esfuerzos por llevarnos de regreso a su presencia. Por lo tanto, las historias del Antiguo Testamento no tratan principalmente de los patriarcas, jueces, reyes y profetas, ni de las victorias y derrotas del pueblo de Dios. Más bien, la Biblia puede resumirse como un relato de las acciones de Dios para que el hombre regrese a su entorno ideal. Habla del deseo fundamental de Dios: «Quiero un lugar en la tierra donde pueda volver a poner mi presencia porque necesito rescatar esta máquina defectuosa llamada 'hombre'».

Esta obra de Dios para devolver al hombre a su entorno ideal alcanzó su clímax en la vida, muerte y resurrección de Jesús, el Hijo de Dios. Todo lo que Jesús hizo fue para que la presencia de Dios volviera a la experiencia del hombre. Por eso tuvo que derramar su sangre.

El templo de Dios, es decir, nosotros, se había vuelto impío, por lo que Dios tuvo que purificarnos y santificarnos de nuevo mediante la muerte sacrificial y la sangre derramada de su Hijo. En realidad, no podemos estar capacitados para recibir la presencia de Dios en nuestra vida hasta que la sangre de Jesús nos purifique y abra paso al regreso del Espíritu de Dios a nuestros templos humanos. Por lo tanto, la clave para la obra continua de Jesús en cada uno de nosotros es el Espíritu Santo. Cuando el Espíritu está vivo y activo en nosotros, restaura la presencia de Dios en nuestra vida y nos conduce a la santidad que fue nuestro derecho de nacimiento en la creación.

Sin embargo, mucho antes de que Dios enviara a Jesús y al Espíritu Santo, el hombre intentó salvar la brecha que su pecado había creado entre él y Dios. Estos primeros intentos de adoración comienzan en el libro del Génesis.

Altars para Dios

El primer acto de adoración del hombre se registra en Génesis capítulo 4, justo después de la historia en Génesis 3 del pecado del hombre y su caída de la presencia de Dios.

Con el tiempo, Caín trajo algunos frutos de la tierra como ofrenda al Señor. Pero Abel trajo porciones gordas de algunos de los primogénitos de su rebaño (Génesis 4:3-4a).

Los altares preparan un lugar para que venga la presencia de Dios.

¿Qué hacían Caín y Abel allí? Intentaban reconectarse con Dios. Evidentemente, sabían que necesitaban comunicarse con él. Este esfuerzo por recuperar la presencia de Dios en la vida del hombre es evidente a lo largo del Antiguo Testamento. Repetidamente, el pueblo de Dios construyó altares para preparar un lugar para la venida de Dios y ofreció sacrificios, ya sea para invitarlo o para conmemorar el momento y el lugar donde había venido.

Tras las ofrendas de Caín y Abel, el siguiente registro bíblico del intento del hombre de comunicarse con Dios mediante sacrificios y ofrendas se encuentra en la historia de Noé. Tras el diluvio, cuando Noé, su familia y todos los animales salieron del arca, Noé construyó un altar y ofreció holocaustos a Dios.

El Señor percibió el aroma agradable y dijo en su corazón: «Nunca más maldeciré la tierra por causa del hombre, aunque toda inclinación de su corazón sea mala desde su infancia. Y nunca más destruiré a toda criatura viviente, como lo he hecho. Mientras la tierra perdure, la siembra y la cosecha, el frío y el calor, el verano y el invierno, el día y la noche no cesarán». Entonces Dios bendijo a Noé y a sus hijos, diciéndoles: «Sean fructíferos y multiplíquense, y llenen la tierra» (Génesis 8:21-9:1).

Tenga en cuenta que Dios se complace con los intentos de Noé de comunicarse con Él. Por lo tanto, Dios bendice a Noé y a sus hijos. Sin embargo, Noé sigue siendo un hombre defectuoso. Esto es, quizás, más evidente en la bendición que Dios le da a Noé: «Fructificad y multiplicaos, y llenad la tierra». Esta bendición es muy similar a la bendición de Dios al primer hombre y a la primera mujer (véase Génesis 1:28), pero falta un elemento importante. Dios no le ordena a Noé que someta la tierra ni que gobierne sobre los peces del mar, las aves del cielo y toda criatura viviente. ¿Por qué? Por su pecado, el hombre perdió tanto su derecho como su poder de dominar la tierra. Le dio ese derecho a Satanás, a quien Jesús llama el «príncipe de este mundo» (véase Juan 14:30). Por lo tanto, aunque el hombre se comunica de nuevo con Dios, esta relación no tiene la intimidad constante de la comunión en el jardín que Dios y el hombre habían disfrutado.

Amigos de Dios

Abrahán

Abraham (Abram) es el siguiente hombre que, según las Escrituras, construyó un altar al Señor. Esto sucedió después de la aparición de Dios cuando le prometió que daría la tierra de Canaán a su descendencia (véase Génesis 12:7). Este es solo el primero de muchos altares que Abraham construyó para Dios. Quizás el altar más conocido que construyó fue el del monte Moriah cuando Dios le ordenó ofrecer a su hijo Isaac como holocausto (véase Génesis 22). Esta historia muestra por qué Dios lo consideraba amigo. Abraham no solo era un adorador (como lo demuestra la cantidad de altares que construyó), sino que su compromiso, pasión y confianza en Dios fueron tan grandes que incluso le entregó a su hijo, el hijo de la promesa. Creyendo que Dios proveería un cordero para el sacrificio, pero sin saber que en el último momento Dios proveería un carnero para reemplazar a su hijo, Abraham ató a Isaac en el altar y alzó la mano para matarlo. Sólo la voz de Dios le impidió darle a Dios lo que Él había pedido.

David

Como suele suceder en la Biblia, el lugar de un sacrificio se convierte en el lugar de otro. Esta vez, el adorador es David. Ha pecado al contar a los guerreros de Israel, y Dios ha mostrado su desagrado enviando una plaga sobre el pueblo. Al ver la masacre entre su pueblo, David suplica a Dios que lo castigue a él, no a ellos, porque es él quien ha pecado. Dios, a través del profeta Gad, le ordena entonces a David que construya un altar en la era de Arauna (posteriormente asociada con el monte Moriah, donde Abraham ofreció a Isaac; véase 2 Crónicas 3:1) para que la plaga cese.

Esta no fue, sin duda, la única vez que David construyó un altar al Señor. De joven, pastoreando las ovejas de su padre, había aprendido a buscar la presencia de Yahvé. Estas primeras experiencias con Dios lo influenciaron tanto que, ante la disyuntiva de tres años de hambruna, tres meses de huida de sus enemigos o tres días de plaga, David eligió la plaga.

Estoy en profunda angustia. Entréguenos al Señor, porque su misericordia es grande; pero no me dejes caer en manos de los hombres (2 Samuel 24:14b).

¿Ves por qué David eligió la tercera opción? Prefirió caer en manos de Dios antes que en manos de los hombres. ¿Por qué David elegiría a Dios sobre los hombres? David conocía al Dios al que cantaba cuando era un pastorcito tocando su arpa. Ahora, cuando es rey y se enfrenta a una decisión difícil que implica sufrimiento no solo para él sino para su pueblo, David recurre a lo que había aprendido durante esos años de adoración privada antes de entrar en el ojo público. Sabe que Dios es bueno y su misericordia es eterna, así que...

Él confía en Dios, él mismo y su reino.

La relación duradera de David con Dios también se aprecia cuando lleva a Betsabé, la esposa de otro hombre, a su cama e intenta encubrir su pecado. Cuando el profeta Natán lo confronta, David responde de inmediato: «He pecado contra el Señor» (2 Sam. 12:13b).

La alabanza debe aprenderse en privado antes de exhibirse en público.

No discute ni pone excusas. Acepta la verdad de las palabras de Natán y la justicia del castigo de Dios.

El Señor ha perdonado tu pecado. No morirás. Pero, por haber hecho esto, has hecho que los enemigos del Señor lo desprecien por completo, tu hijo morirá (2 Samuel 12:13b-14).

El Salmo 51, escrito durante esta época de la vida de David, muestra cuánto valoraba la presencia del Señor. Aunque intercedió por la vida de su hijo mientras aún vivía, David no criticó a Dios por quitárselo. En realidad, el Salmo 51 muestra que David pensó en un castigo mucho peor que la pérdida de su hijo:

Crea en mí, oh Dios, un corazón puro, y renueva un espíritu firme dentro de mí. No me eches de tu presencia ni me quites tu Santo Espíritu. Devuélveme el gozo de tu salvación y concédeme un espíritu generoso que me sustente (Salmo 51:10-12).

Verán, David estaba acostumbrado a tener sus propios servicios de adoración privados. Conocía el gozo y el poder de vivir con Dios. También sabía lo que le sucede a un hombre cuando el pecado le arrebató la presencia de Dios.

De joven, David tocaba el arpa para el rey Saúl cuando un espíritu maligno lo atormentaba. Este espíritu se apoderó de Saúl después de que el Señor se apartara de su vida por su desobediencia a Dios. Los recuerdos de esas horas con Saúl sin duda contribuyeron a la súplica de David de que Dios no le quitara su Espíritu. Sabía la miseria que sufre un hombre ante la ausencia de Dios. Perder el Espíritu Santo y la presencia de Dios habría sido, por lo tanto, un castigo mucho mayor que la muerte de su hijo.

Moisés

Moisés era otro "amigo de Dios". Como líder de un pueblo quejoso e insatisfecho, a menudo clamaba a Dios. Así que cuando Dios le dijo a Moisés que llevara al pueblo a la Tierra Prometida, pero que no iría con ellos para no destruirlos en el camino, Moisés dijo: "¡De ninguna manera!". No lo haría.

ir a algún lado a menos que Dios fuera con él.

Moisés le dijo al Señor: «Me has estado diciendo: “Dirige a este pueblo”, pero no me has revelado a quién enviarás conmigo. Has dicho: “Te conozco por tu nombre y has hallado mi favor”. Si te agrado, enséñame tus caminos para que pueda conocerte y seguir hallando tu favor. Recuerda que esta nación es tu pueblo». El Señor respondió: «Mi presencia irá contigo y te daré descanso». Entonces Moisés le dijo: «Si tu presencia no va con nosotros, no nos envíes de aquí» (Éxodo 33:12-15).

¿Cuál fue la respuesta de Dios? Dios accedió a hacer precisamente lo que Moisés le pidió porque conocía a Moisés por su nombre y estaba complacido con él.

Al igual que Abraham antes de él y David después de él, Moisés anhelaba a Dios. Deseaba conocerlo y hallar su favor. No solo eso, sino que deseaba ver a Dios. No bastaba con que Dios le hablara desde la columna de nube cada vez que entraba en el Tabernáculo y que su rostro reflejara la gloria de Dios incluso después de haber salido del Tabernáculo. Moisés deseaba ver a Dios cara a cara.

Dios sabía que la petición de Moisés era un problema. Ningún hombre, en su naturaleza pecaminosa, podía ver a Dios y vivir. Pero como Moisés estaba tan empeñado en verlo, y como era su amigo, Dios accedió a que Moisés viera su gloria.

Lo que Moisés vio... ¡Guau! Debió de ser una caminata muy corta la que Dios dio junto a él. ¿Qué otra cosa podía hacer Moisés sino postrarse en tierra y adorar? ¡Había visto la gloria del Todopoderoso! Ahora estaba más seguro que nunca de que no quería ir a ningún lado si Dios no lo acompañaba. (Véase Éxodo, capítulo 33).

Templos para Dios

Los altares exteriores de Caín y Abel, de Noé, de Abraham y sus descendientes, y de Moisés finalmente dieron paso a los santuarios cerrados del Tabernáculo y el Templo, pero su propósito permaneció inalterado. Todos eran lugares de la presencia de Dios, y allí se ofrecían sacrificios con la creencia de que Dios los aceptaría y se complacería en ellos.

Sin embargo, en el Tabernáculo y el Templo, la adoración a Dios se volvió más regulada. De hecho, la construcción de la Tienda y el Templo, así como la alabanza y la adoración que allí se ofrecían, se regían por las especificaciones de Dios mismo, sin margen para la variación.

El Señor le dijo a Moisés: «Diles a los israelitas que me traigan una ofrenda. Recibirán la ofrenda para mí de cada hombre cuyo corazón lo impulse a...

Dad. Estas son las ofrendas que recibiréis de ellos: oro, plata y bronce... Que me hagan un santuario, y yo habitaré entre ellos» (Éxodo 25:1-3,8).

¿Ves lo que dice el versículo 8? Dios quería un lugar donde vivir entre su pueblo, así que le dijo a Moisés que trajera una ofrenda. Todo ese dinero no se trataba de un edificio bonito con sillas cómodas y suaves. Dios le dijo a Moisés que recogiera una ofrenda del pueblo porque quería estar presente en medio de ellos. No le bastaba con reunirse con Moisés en el monte. Quería vivir con todo su pueblo.

Construir un lugar para Dios siempre se trata de tener la presencia de Dios en medio de su pueblo. De hecho, un edificio grande y elegante puede parecer una iglesia e incluso llamarse iglesia, pero en realidad está muy lejos de serlo. ¿Por qué? No está sucediendo nada allí.

Construir una iglesia para Dios no se trata del edificio ni del equipo. Se trata de la presencia de Dios. Si la presencia de Dios no está contigo, no importa cuán elaborado sea tu edificio, cuán capacitado sea tu personal, cuán bien planificados sean tus servicios de adoración ni cuán dinámica sea la predicación. Sin la presencia de Dios, solo tienes un gran edificio lleno de gente. Por otro lado, puedes reunirte en una sala sencilla con un culto sencillo y un predicador sin formación, pero tenerlo todo. La diferencia está en la ausencia o la presencia de Dios.

La presencia de Dios es el único ingrediente esencial en la adoración. Nuestra alabanza y los demás elementos de nuestras reuniones deben llevarnos a la presencia de Dios. Si no lo hacen, no hay razón para hacerlo. Claro, puede que sean agradables y nos hagan sentir bien, pero el propósito de reunirnos es entrar en la presencia del Señor. Cualquier cosa que no contribuya a esto es simplemente un desorden innecesario. La presencia de Dios en nuestra presencia es el único fin valioso de nuestras reuniones.

Este fue el propósito de Dios al instruir a Moisés a construir el Tabernáculo: quería acercarse a su pueblo. Todo lo que Dios le ordenó a Moisés que hiciera, de alguna manera, reveló la condición perdida del hombre y desveló su plan para rescatarlo de su entorno erróneo, restableciendo su presencia en la presencia del hombre.

El plan de Dios para el lugar de encuentro entre Él y el hombre garantizaba que este no pudiera entrar a su presencia tropezándose ni extraviándose, para no ser consumido por Dios a causa de su pecado. Por eso la morada de Dios estaba en la parte central del Tabernáculo. Dios salvaguardaba su presencia para santificarla. También le dio a Moisés instrucciones muy específicas sobre...

Los sacerdotes, los sacrificios y ofrendas, y los procedimientos de expiación para que nada profano se acercara a Él. Cada uno de los muebles, cuencos, platos y demás utensilios también se hicieron según las instrucciones exactas de Dios, así como el propio Tabernáculo y las cortinas que colgaban en su interior. Se prestó especial atención al Arca de la Alianza, donde Dios moraría entre los querubines, y al resto de la cámara interior, conocida como el Lugar Santísimo.

La presencia de Dios es el único ingrediente esencial en la adoración.

Cada uno de los muebles del Tabernáculo revelaba algo sobre la intención de Dios respecto a su pueblo y su presencia entre ellos. En el Atrio Exterior se encontraba el altar de los holocaustos, donde se presentaban los sacrificios del pueblo a Dios para expiar sus pecados. Más allá del altar, cerca de la puerta que conducía al Tabernáculo, se encontraba la fuente, donde se realizaban los ritos de purificación. Estos lavamientos probablemente tenían como propósito santificar a los sacerdotes y los sacrificios. Dentro del tabernáculo, en el Atrio Interior, también llamado el Lugar Santo, se encontraba la mesa de los panes de la proposición, sobre la cual el sacerdote colocaba el pan fresco de la presencia cada sábado. Este era consumido solo por los sacerdotes y únicamente en el Lugar Santo. También se colocaba incienso sobre la mesa de los panes de la proposición. Este se quemaba en el altar del incienso, que se encontraba delante del velo que conducía al Lugar Santísimo, para hacer expiación. Frente a la mesa de los panes de la proposición se encontraba el candelero de oro.

La parte final del tabernáculo era el Lugar Santísimo, donde se guardaba el Arca de la Alianza. En el propiciatorio sobre el Arca, y entre los querubines que formaban parte de la tapa, se encontraba el lugar donde Dios moraría. Los querubines, protectores de la presencia de Dios, también estaban entretejidos en el velo que colgaba entre el Atrio Interior y el Lugar Santísimo. (Véase Éxodo, capítulos 25 y siguientes). Todo esto formaba parte de los planes y preparativos de Dios para proveer un lugar donde pudiera vivir en medio de su pueblo. Lo mismo ocurrió con el Templo de Jerusalén, cuando Dios entregó los planos a David y le confió a su hijo, Salomón, la tarea de construirlo.

Con la venida de Cristo, cada uno de los muebles del Tabernáculo se reveló como un símbolo de Él. El Tabernáculo, la casa misma de Dios, era un símbolo de la Iglesia, donde Dios quiere morar. La mesa de los panes de la proposición representaba el cuerpo físico de Cristo y al Cristo que se encarnaría en el hombre. El candelero, que nunca se apagaba, representaba...

Palabra de Dios y del Espíritu Santo. El altar de los holocaustos simbolizaba los sacrificios de alabanza que continuamente ofrecían los israelitas. El atrio exterior representaba la reunión de los israelitas. Incluso la tela de las vestimentas sacerdotales y los objetos del Arca del Pacto revelaban parte del plan de Dios que se consumaría en Cristo. Las vestimentas sacerdotales eran de lino, no de lana, para que no sudaran en la presencia de Dios. (El sudor representaba el trabajo. Véase Éxodo, capítulos 28-29 y Ezequiel 44:17-18). Los objetos del Arca del Pacto eran las tablas de los Diez Mandamientos, la vara de Aarón que reverdeció y una pequeña vasija de maná que recordaba el desierto. Todos estos objetos representaban cosas importantes para Dios. La vara de Aarón representaba la muerte que experimentamos a causa del pecado y el renacimiento y la nueva vida que vienen por medio de Cristo. También representaba la sepultura de Jesucristo y su resurrección. El maná representaba la gracia de Dios, recibida sin ninguna obra del hombre, y las tablas que contenían la

Los Diez Mandamientos hablan de nuestra impotencia para guardar la ley de Dios y así ser justos ante Él.

Cuando los sacerdotes derramaron la sangre sobre el Arca, esta cubrió todo aquello que revelaba nuestro pecado y nuestra falta de gracia. En lugar de ver nuestro pecado, Dios y los querubines que protegían su presencia vieron la sangre. Así, Dios pudo venir a morar sobre el propiciatorio sin destruir al sacerdote por su pecado ni el del pueblo. La ley que nos condenaba quedó cubierta por la sangre de la gracia.

Por medio de Jesús, tenemos acceso a cada rincón de la morada de Dios. Él es el sacrificio, la sangre, la morada y la presencia de Dios. También es Aquel cuya muerte destruyó el velo que separaba la morada de Dios de su pueblo. Ahora todos tienen acceso a Dios; es decir, todos los que aceptan el don de la gracia que se nos ofrece mediante la vida, muerte y resurrección de Jesús.

Este camino provisto por Dios es el mismo hoy que hace dos mil años.

Jesús sigue siendo el único camino a Dios. No hay mejor salvador ni mejor sangre.

No existe un salvador ni una sangre mejores. El Salvador ha sido, es y siempre será Jesucristo, y su sangre es el único sacrificio suficiente y aceptable para expiar nuestros pecados.

Nosotros, los seres humanos, podemos estar buscando formas nuevas y mejoradas de...

Adoración, pero Dios no. Él no quiere expertos en adoración. Lo que Dios quiere es gente que siga sus instrucciones cada vez que se acerque a él.

Así es Dios. No busca el cambio, pues no cambia. Él es el mismo ayer, hoy y por los siglos (ver Hebreos 13:8). Su propósito fundamental sigue siendo su pasión por devolver su presencia a la experiencia del hombre. Este es su plan para toda la raza humana, porque Adán llevaba en sí a todas las naciones del mundo. Por lo tanto, cuando Dios apartó a Adán de su presencia, también apartó a todas las naciones. De igual manera, cuando Jesús vino a la tierra, vino a restaurar el Espíritu Santo a toda la humanidad. Sin embargo, antes de poder hacerlo, tuvo que purificarnos para que pudiéramos recibir el Espíritu de Dios. Tuvo que limpiar nuestra impureza.

Decir que somos impuros no significa que seamos sucios, como la suciedad. Lo que sí significa es que somos impuros a los ojos de Dios. Lo que creemos, lo que decimos y lo que hacemos no concuerda. Esto es lo que la impureza es para Dios. Por lo tanto, Dios envió a Cristo para restaurar en nosotros un corazón puro, para que podamos estar integrados en pensamiento, palabra y acción. Solo cuando nuestro corazón vuelva a ser puro podremos convertirnos en el templo donde mora el Espíritu Santo (véase 1 Corintios 3:16; 6:19).

Puesto que el Espíritu Santo es Dios, Él es la clave para llevarnos a la presencia de Dios hoy. También es el único que puede enseñarnos lo que Dios requiere de nosotros ahora (véase Jn. 14:26). Lamentablemente, muchos cristianos pierden el gozo de vivir con el Señor porque sus esperanzas están puestas en el Cielo y en lo que algún día obtendrán allí. Esta puede ser la teología del himnario, pero no es la teología de la Biblia. El propósito de Dios no es que volemos hacia Él algún día, sino que vivamos en Su presencia hoy en este mundo. Por lo tanto, toda Su obra a través del Antiguo Testamento y hasta los días de Jesús y la Iglesia ha sido para que regresemos al entorno donde Él nos puso por primera vez aquí en la tierra. Ese entorno es Su presencia.

En esencia, la cuestión no es dónde te encuentras, sino quién se encuentra donde estás. Necesitas la presencia de Dios para funcionar. Así que, dondequiera que Él esté, ya sea en el cielo o en la tierra, puedes funcionar allí. Por eso es fundamental buscar a Dios y vivir en su presencia hoy en esta vida.

¿Por qué otra razón Dios crearía un nuevo cielo y una nueva tierra?

Entonces vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía (Apocalipsis 21:1).

Él está creando otro entorno para nosotros, similar a la atmósfera que el hombre disfrutó en el Jardín del Edén. Esta atmósfera existirá en la Tierra porque fuimos creados para dominar la Tierra, no el Cielo.

Por lo tanto, el Cielo no es la culminación de tu futuro. Tu hogar eterno será una tierra nueva.

Entonces vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían pasado, y el mar ya no existía. Vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, preparada como una novia hermosamente ataviada para su esposo... No vi un templo en la ciudad, porque el Señor Dios Todopoderoso y el Cordero son su templo. La ciudad no necesita que el sol ni la luna la iluminen, porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lámpara (Apocalipsis 21:1-2,22-23).

Esta nueva tierra no necesitará un mar que le proporcione agua ni el sol ni la luna que le den luz, porque Dios mismo será nuestra luz y nuestra vida. Así como Adán y Eva disfrutaron de una comunión continua con Dios en el Jardín del Edén, despertaremos cada mañana en la presencia de Dios y pasaremos el día entero con Él. Dondequiera que estemos, respiraremos vida.

La alabanza es la manera de entrar en la presencia de Dios.

Sin embargo, no tienes que esperar a esta nueva tierra para vivir con Dios. Él quiere venir a ti ahora mismo. Quiere vivir en tu hogar hoy. Puede hacerlo si empiezas a alabar y a llenar tu hogar con testimonios de lo grande que es y de lo bueno que ha sido contigo. Simplemente empieza a presumir de Dios con un corazón puro, y Él vendrá a ti justo donde estás. Establecerá su trono en tu casa. Ese es su plan, y lo está cumpliendo en nuestra generación. Está creando un nuevo orden donde el poder de Satanás es derrotado en tu vida y en la mía simplemente porque hacemos espacio para su presencia. Sabemos que él quiere que tengamos su presencia. La única pregunta es si haremos espacio para que él venga a nosotros.

Lo logras llenando tu entorno de alabanza hasta que Él venga y llene el lugar que has creado. Eso es todo. Ya no hay más esfuerzo, ni más trabajo duro, ni más maquinaciones para llegar a Dios. Le haces espacio, y Él viene. Eso es todo. Y lo logras mediante la alabanza.

◆ PRINCIPIOS ◆

1. Toda la obra de Dios a lo largo de la historia ha sido recuperar Su presencia en el entorno del hombre.

2. Los altares, sacrificios y ofrendas invitan a la presencia de Dios a venir o Conmemoran dónde Él ha estado.

3. Los amigos de Dios son adoradores.

4. Todo el propósito del Tabernáculo y del Templo era proporcionar un lugar donde Dios pueda vivir en medio de su pueblo.

5. La presencia de Dios es el único ingrediente esencial en la adoración.

6. El diseño y la adoración del Tabernáculo miraban hacia Jesús. y el regreso del Espíritu Santo.

7. Dios quiere que su pueblo siga sus instrucciones cuando llegan a encontrarnos con Él.

8. Dios quiere vivir contigo hoy.

Capítulo 4

La bendición de Judá

Dios se da a conocer a través de la alabanza.

La bendición de Judá está en su nombre, que se basa en la palabra hebrea *bla, bla, bla*. Significa "reverenciar o adorar con las manos extendidas", "confesar", "alabar" o "dar gracias, dar gracias, dar gracias" (Strong's, H3034). Por lo tanto, el nombre de Judá significa literalmente alabanza. "¿Por qué es esto una bendición?", se preguntarán. La alabanza es lo que atrae la presencia de Dios hacia nosotros.

La alabanza es la receta de Dios para cambiar tu entorno.

Lea bien pudo haber elegido otro nombre para su hijo, uno que no le habría traído tanta bendición. Después de todo, era la esposa no amada de Jacob, quien prefería a su hermana menor, Raquel, antes que a ella. Tan desdichada era la vida de Lea que Dios le mostró misericordia y le permitió tener hijos mientras Raquel era estéril.

Sin embargo, ni siquiera esto logró que Jacob la amara. Sin embargo, después de nombrar a su primer hijo, Rubén —porque Dios había visto y respondido a su miseria— y a su segundo, Simeón —porque no la amaban—, Lea decidió alabar a Dios al nombrar a su tercer hijo.

Evidentemente, Dios se alegró del nombre que Lea escogió para su hijo. Amaba a Judá (véase Salmo 78:67-68) y lo eligió para recibir un favor especial. Esto no ocurrió con Rubén y Simeón, los hermanos mayores de Judá, ni con ninguno de los otros doce hijos de Jacob. Ciertamente, Dios pudo haber elegido a cualquiera de los hijos de Jacob para recibir la bendición de ser el antepasado del rey David y del Mesías, pero eligió a Judá.

El Señor, Dios de Israel, me eligió [a David] de entre toda mi familia para ser rey de Israel para siempre. Escogió a Judá como líder, y de la casa de Judá escogió a mi familia, y de entre los hijos de mi padre se complació en hacerme rey sobre todo Israel (1 Crónicas 28:4).

La importancia de la tribu de Judá, como se aprecia tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, da testimonio de este favor especial que Dios concedió a Judá. En el Antiguo Testamento, Judá y sus descendientes son líderes reconocidos, una responsabilidad predicha por su padre, Jacob, al bendecir a sus hijos.

Judá, tus hermanos te alabarán; tu mano estará sobre la cerviz de

Tus enemigos; los hijos de tu padre se inclinarán ante ti. Eres un cachorro de león, oh Judá; regresas de la presa, hijo mío. Como león se agazapa y se echa, como leona, ¿quién se atreverá a despertarlo? El cetro no se apartará de Judá, ni el bastón de mando de entre sus pies, hasta que llegue a quien pertenece y la obediencia de las naciones sea suya. Atará su asno a la vid, su pollino a la rama más selecta; lavará sus vestidos en vino, sus mantos en la sangre de uvas. Sus ojos serán más oscuros que el vino, sus dientes más blancos que la leche (Génesis 49:8-12).

El liderazgo de Judá también se observa en otros pasajes del Antiguo Testamento. En el Libro de los Jueces, cuando las tribus de Israel entran en guerra contra la tribu de Benjamín, Dios les dice a los israelitas que Judá debe ser la tribu que los guíe en la batalla:

Los israelitas subieron a Betel y consultaron a Dios.

Dijeron: «¿Quién de nosotros irá primero a pelear contra los benjamitas?». El Señor respondió: «Judá irá primero».

(Jueces 20:18).

En la dedicación de la muralla que rodeaba Jerusalén tras el exilio, los líderes de Judá se situaron en las murallas con dos coros (véase Nehemías 12:27-31).

Además, en los Salmos, Judá es descrito como el cetro de Dios:

Mío es Galaad, mío es Manasés; Efraín es mi yelmo, Judá mi cetro (Salmo 108:8).

Un cetro es el instrumento que un rey sostiene en su mano para representar su autoridad y poder. Decir que Judá es el cetro de Dios significa, por lo tanto, que representa la autoridad y el poder de Dios. Esto se cumple primero en el rey David y sus descendientes, y finalmente en Jesucristo, el Mesías. En el Nuevo Testamento, la autoridad de Dios revelada en y a través de la tribu de Judá se ve en Apocalipsis 5:5, donde Jesús es llamado el León de la tribu de Judá. Judá también figura en Apocalipsis 7:5 a la cabeza de las tribus que serán selladas al final de los tiempos.

El favor de Dios en la vida de Judá también se ve en el Salmo 114:2, donde se describe a Judá como el santuario de Dios:

Judá llegó a ser el santuario de Dios, e Israel su dominio.

La palabra hebrea traducida aquí como *santuario* Significa «un lugar o cosa sagrada», «consagrado, dedicado, santificado, santidad, santo, santuario» (Strong's, H6944). En otras palabras, el gobierno de Dios y su poder gobernante eran evidentes en todo Israel, pero Judá era su sede, el lugar distintivo de su morada.

Así, Judá experimentó la presencia de Dios de una manera que las demás tribus no experimentaron. Jerusalén y el monte Sión, la montaña donde se alzaba el Templo, se encontraban dentro de sus límites.

En Judá Dios es conocido; Su nombre es grande en Israel.

Su tienda está en Salem, su morada en Sión (Salmo 76:1-2). Quizás por eso Dios libró a la tribu de Judá, el reino del sur, mucho después de que destruyera a las once tribus del norte por su apostasía (véase 2 Reyes 17:18). Dios estaba preservando el lugar de su presencia. ¿Será también que el propiciatorio de Dios entre el pueblo de Judá mantuvo su corazón vuelto hacia Dios por más tiempo que el de sus hermanos del norte, quienes no contaban con esta bendición? En cualquier caso, el favor de Dios hacia Judá lo impulsó a establecer su cuartel general en medio de esta tribu. Hizo de Judá su morada, el lugar de su presencia.

El mensaje de Judá

Si la morada de Dios está en Judá, ¿qué nos dice esto sobre la importancia de Judá? ¿Qué podemos aprender de esta historia para que también recibamos la bendición y el favor del Señor que Judá disfrutó? Para responder a esto, reformulemos algunas de las citas bíblicas anteriores, insertando la palabra *elogio* donde sea que la palabra *Judá* se utiliza

- La mano de alabanza estará sobre el cuello de tus enemigos (ver Génesis 2:14). 49:8).

- La alabanza irá primero (ver Jueces 20:18).
- La alabanza es la autoridad y el poder de Dios (ver Salmo 108:8).
- En la alabanza, Dios es conocido (ver Sal. 76:1).
- La alabanza es la morada de Dios (véase Sal. 76:2; 114:2).

¡Guau! Esa es una evaluación bastante impresionante del propósito y el poder de la alabanza. La alabanza es la forma en que llegas a conocer a Dios. La alabanza es la morada de Dios, su esfera de influencia y autoridad en tu vida. En esencia, Dios se manifestará si lo alabas en medio de tus momentos más oscuros.

Esto fue lo que hizo Lea, la madre de Judá. Decidió alabar a Dios al nombrar a su hijo en lugar de contarle al mundo lo terrible que era su situación. Celebró una pequeña alabanza privada a pesar del desprecio de su esposo y su hermana. Como resultado, Dios vino a ella y puso su mano de favor sobre su hijo.

Con mucha frecuencia buscamos a Dios cuando podríamos estar creando un entorno que lo invite a venir a nosotros. De hecho, nuestra tendencia humana a buscar a Dios es la razón por la que existen tantas religiones en el mundo. La gente...

Buscan a Dios. Saben que lo necesitan, pero no saben cómo encontrarlo. Sin importar cuál de las religiones del mundo estudies, pronto descubrirás que todas están motivadas por lo mismo. El hombre sabe universal e instintivamente que necesita a Dios, y todas sus creencias y actividades religiosas son sus esfuerzos por encontrarlo.

Por eso simpatizo con quienes adoran a otros dioses. Buscan lo que yo he encontrado. Buscan a Dios, el Creador del mundo. Buscan a Jesús, el Salvador del mundo.

Todos los seres humanos experimentan un vacío cuando Dios está ausente.

Buscan al Espíritu Santo, la verdad de Dios en el mundo. La mayoría de la gente probablemente no definiría su búsqueda ni sus prácticas religiosas en estos términos, pero el ser humano busca universalmente a Dios. Todos tenemos la consciencia innata de que la vida tal como es no se corresponde con la vida que necesitamos.

Por lo tanto, las prácticas religiosas del hombre son simplemente su medio para intentar encontrar la presencia de Dios. Por eso puedo acercarme a un budista, un musulmán o un hindú con gran confianza. Sé a quién buscan, y Él es parte de mi vida.

Lamentablemente, las personas de otras religiones no son las únicas que buscan a Dios. Muchos cristianos también. Quizás seas uno de ellos. Dedicas mucho tiempo y esfuerzo a buscarlo cuando no tienes por qué hacerlo. Él vendrá a ti si simplemente lo alabas.

De hecho, cuando aprendes a vivir en alabanza, la gente automáticamente verá a Dios en ti. Reconocerán su presencia contigo y verán su autoridad obrando en tu vida. Entonces te preguntarán: "¿Qué te hace tan feliz?", a lo que tendrás la sabiduría de responder: "Estoy en mi entorno ideal, hermano". "Tengo mi propia incubadora privada a mi alrededor todos los días, hermana".

Incluso cuando tu vida esté llena de problemas, como a veces ocurrirá, otros notarán que tu reacción es diferente a la de los demás y te preguntarán: "¿Por qué no tienes miedo? ¿Cómo puedes estar tan tranquilo en medio de circunstancias tan aterradoras?". Entonces podrás responder: "No tengo miedo porque cuando me encuentro con dificultades, corro a la morada de mi Dios mediante la alabanza y estoy a salvo".

Imagina la diferencia que un patrón constante de elogios podría marcar en tu vida. Sería como tener un hijo llamado Judá.

La alabanza es tu acceso, tu llave, a la presencia de Dios.

Cada vez que le hablabas por su nombre, alababas a Dios: “Alabado sea Dios, ven aquí”. “Alabado sea Dios, haz tu tarea”.

“Alabado sea Dios, es hora de dormir”. Día tras día tu casa se llenaría de alabanzas: “Alabado sea Dios, tuve un accidente, pero no estoy herido”. “Alabado sea Dios, perdí mi trabajo, pero aún tenemos suficiente dinero para pagar la renta”. “Alabado sea Dios, me duele la espalda, pero aún puedo caminar”.

En verdad, la bendición de Judá residía en su nombre y en el favor que Dios le mostró por causa de él. Lo mismo puede ser cierto para ti. Puedes recibir las mismas bendiciones que Judá y sus descendientes —la presencia de Dios, su poder y autoridad, su victoria sobre las dificultades de tu vida— mediante tus ofrendas de alabanza. Estas bendiciones son tuyas porque Dios habita en quienes lo alaban como él lo requiere.

◆ PRINCIPIOS ◆

1. El nombre *Judá* significa "alabanza".
2. Dios escogió a Judá para una bendición especial.
3. Judá era la morada de Dios.
4. La alabanza es la morada de Dios.
5. Todas las personas buscan a Dios.
6. Cuando alabamos a Dios, no tenemos que buscarlo porque Él

viene a nosotros.

Capítulo 5

¿Qué es la alabanza?

La alabanza es celebrar a Dios como el verdadero hogar de nuestro corazón.

Las Escrituras están llenas de mandatos para alabar al Señor:

Entonces David dijo a toda la asamblea: «Alaben al Señor su Dios». Y todos alabaron al Señor, el Dios de sus padres, y se inclinaron y se postraron delante del Señor y del rey (1 Crónicas 29:20).

Alaben al Señor. Den gracias al Señor, porque él es bueno; su amor perdura para siempre (Salmo 106:1).

Alaben al Señor. Alaben, siervos del Señor, alaben el nombre del Señor (Salmo 113:1).

Alabad a Jehová, todas las naciones; ensalzadle, todos los pueblos (Salmo 117:1).

Todo lo que respira alabe al Señor. Alabado sea el Señor (Salmo 150:6).

Si queremos obedecer estos mandamientos de Dios, primero debemos aprender qué es la alabanza. *Elogio* incluye elogiar, expresar aprobación o un juicio favorable de algo y glorificarlo, especialmente reconociendo perfecciones (ver Webster, "alabanza").

Definiciones de alabanza

Elogiando

Aelogiar Alguien debe "encomendarse para su cuidado o preservación" o "recomendarse como digno de confianza o atención" (Webster, "recomendar"). Alabar a Dios mediante la recomendación significa, por lo tanto, encomendarnos a su cuidado y recomendar a otros que hagan lo mismo. Los Salmos de David, en particular, están llenos de testimonios de la fidelidad del Señor y de expresiones de confianza en que Él volverá a demostrar su fidelidad.

Oh Jehová Dios mío, en ti he confiado; sálvame de todos los que me persiguen, y líbrame (Salmo 7:1 RVR1960).

Los que conocen tu nombre confiarán en ti, porque tú, Señor, nunca abandonas a los que te buscan (Salmo 9:10).

Preservame, oh Dios, porque en ti confío (Salmo 16:1). Algunos confían en carros y otros en caballos, pero nosotros confiamos en el nombre del Señor nuestro Dios (Salmo 20:7).

La alabanza por recomendación aplica las promesas de Dios a nuestras circunstancias personales. Digamos, por ejemplo, que un padre acaba de perder su trabajo y le preocupa cómo podrá mantener a su familia. Quizás siente un gran pesar y se siente abrumado por el futuro. Su alabanza a Dios en tal situación podría ser algo así:

Señor Dios, Tú eres mi proveedor. Te alabo, porque sé que cuidas de mí y de mi familia. Tú eres el Dios que cuida incluso de los gorriones, y sé que mi esposa, mis hijos y yo valemos mucho más para Ti que los gorriones. Por eso, decido no preocuparme. En cambio, me jactaré de tu bondad hacia nosotros en el pasado, porque ha habido otras veces, Padre Dios, en las que no sabíamos cómo íbamos a pagar nuestras cuentas. Sin embargo, siempre has abierto un camino, incluso cuando parecía imposible. Gracias por tu bondad. Gracias por tu cuidado y provisión. Sé que puedo confiar en Ti. Sé que tus ojos están puestos en mi familia y que no nos olvidarás.

Así como proveíste de alimento a tu pueblo mientras vagaba por el desierto, hoy declaro con fe que también nos proveerás a nosotros. Solo tú eres mi refugio. Elijo no dejarme intimidar por el miedo. Solo tú eres la fuente de todo lo que tengo y de todo lo que espero tener. Te alabo porque eres fiel. Tú eres el Eterno. Sé que estás al tanto de lo que estamos pasando y te agradezco de antemano lo que harás por nosotros. A tu nombre sea la gloria hoy, mañana, la próxima semana y el próximo mes en mi vida. Te alabo y te honro.

Tú eres mi Dios.

Expresar aprobación o juicio favorable

AaprobarDe alguien es “tener o expresar una opinión favorable” de él o mostrarle estima (Webster, “aprobar”). La experiencia personal también es fundamental en esta expresión de alabanza. De nuevo, los Salmos contienen numerosos ejemplos de expresiones personales de aprobación hacia Dios.

Pero tú, oh Dios, ves la angustia y el dolor; lo consideras para tomarlo en tus manos. La víctima se encomienda a ti;

Tú eres el ayudador del huérfano (Salmo 10:14).

Pero yo cantaré de tu poder, De mañana cantaré de tu amor, Porque tú eres mi fortaleza, Mi refugio en el tiempo de la angustia (Salmo 59:16).

Oh Dios, tú eres mi Dios, te busco con ansias; mi alma tiene sed de ti, mi cuerpo te anhela, en una tierra seca y árida donde no hay agua. Te he visto en el santuario y he contemplado tu poder y tu gloria.

(Salmo 63:1-2).

Como ven, alabar con aprobación es volver nuestros pensamientos hacia Dios y recordar cómo Él se ha ganado nuestra aclamación. Es recitar la maravilla de quién es Él y cómo ha marcado la diferencia en nuestra vida y en la de los demás. Muchas Escrituras hacen esto, pero el Salmo 23 es quizás el pasaje más conocido de las Escrituras que constituye una recomendación personal para Dios. David alaba a Dios describiéndolo como el Pastor que cuida de David, sus ovejas. Cada imagen de la vida y obra de un pastor le habla a David, de alguna manera, de la obra de Dios en su propia vida.

Por eso el Salmo 23 es una porción bíblica tan maravillosa para usar durante la alabanza y la adoración privadas. Te anima, como adorador, a ver y celebrar el cuidado personal de Dios en tu vida y a expresar tu adoración y gratitud por su bondad. Para ello, puedes leer o recitar una línea del Salmo y luego alabar a Dios por cómo se ha manifestado en tu vida. Al alabarlo, descubrirás que estás construyendo un impresionante historial de la grandeza, la fidelidad y el amor de Dios, tal como lo has experimentado.

El Señor es mi Pastor... Dios mío, eres un Dios maravilloso. Incluso antes de nacer, tenías un plan para mi vida. Eres el Alfa y la Omega que ve mi futuro cuando no puedo afrontar el presente. Eres el Fiel que busca a tus ovejas incluso cuando me desvíó de los caminos que has escogido para mí. Eres el Tierno que me consuela cuando estoy triste o solo y me sana cuando estoy herido. Eres el Perdonador que ve más allá de mis fracasos, hacia lo que aún puedo ser. Eres el Amoroso y Misericordioso que me ama incluso cuando soy desagradable y me hace el bien aunque no lo merezca...

Nada me faltará... porque siempre estás atendiendo mis necesidades. Me has dado una mente brillante para aprender cosas rápidamente.

Me has dado un trabajo que me gusta y un empleador comprensivo y justo. Nos has bendecido a mí y a mi familia con una casa cálida y seca, y con abundante comida en nuestro refrigerador y despensa. Nunca hemos pasado hambre ni nos ha faltado ropa porque has provisto para nuestras necesidades. Gracias por ser tan bueno con nosotros. Gracias por darnos aún más de lo que necesitamos.

Muchas Escrituras no usan las palabras asociadas con la alabanza, palabras como *agradecer, cantar, honrar, adoración*—pueden ser usadas de esta manera. ¿Por qué? Registran destellos de la opinión favorable de alguien sobre Dios, destellos que...

Invítanos a alabarlos también, expresando nuestra aprobación y gratitud por la gracia y misericordia que nos ha mostrado a lo largo de la vida. En esencia, la alabanza que aprueba es como escribir una carta de recomendación para Dios.

Glorificando

Aglorificar Se debe "conceder honor, alabanza o admiración" (en el diccionario Webster, "glorificar"). En otras palabras, dar gloria a alguien identifica específicamente lo admirable de esa persona. Este tipo de alabanza también es bastante frecuente en las Escrituras. Se reconoce a Dios como bueno (p. ej., Salmo 34:8), fiel (p. ej., Salmo 33:4), justo (p. ej., Salmo 11:7), equitativo (p. ej., 2 Crónicas 12:6) y misericordioso y perdonador (p. ej., Daniel 9:9), por nombrar solo algunos. Además, Dios, su morada, su ley, su carácter y sus acciones se describen como perfectos e intachables:

En cuanto a Dios, su camino es perfecto; la palabra del Señor es intachable. Él es escudo para todos los que en él se refugian (2 Samuel 22:31).

La ley del Señor es perfecta y reconforta el alma. Los estatutos del Señor son confiables y hacen sabio al sencillo (Salmo 19:7).

Oh Señor, tú eres mi Dios; te exaltaré y alabaré tu nombre, porque en perfecta fidelidad has hecho maravillas, cosas planeadas desde tiempos antiguos (Isaías 25:1).

Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto (Mateo 5:48).

Toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación (Santiago 1:17).

El Salmo 103, en particular, es un buen ejemplo de la Escritura que glorifica a Dios. En este Salmo, David enumera algunos de los muchos beneficios loables de conocer a Dios. Dios perdona nuestros pecados (v. 3), sana nuestras enfermedades (v. 3), redime nuestra vida (v. 4), nos corona de amor y compasión (v. 4), nos satisface con bienes (v. 5), obra justicia y derecho para los oprimidos (v. 6), es lento para la ira (v. 8), no siempre acusa (v. 9), no guarda su enojo para siempre (v. 9), no nos trata como merece nuestro pecado (v. 10) y aparta nuestras transgresiones de nosotros (v. 12).

Estoy seguro de que ves cómo uno o todos estos beneficios pueden ser la base de un servicio de alabanza, ya sea privado o público. Seguramente, todos recordamos momentos en los que Dios obró en nuestra vida de una o más de estas maneras. Alabar a Dios glorificándolo es simplemente reconocer y dar testimonio de todas estas admirables cualidades de Dios. Por ejemplo, es decir: "Sí, sé que Dios obra para el

Oprimido. Mi jefe siempre me menospreciaba delante del resto del equipo y se reía de mí cuando no trabajaba tan rápido como él creía que debía. Nunca dije nada, aunque estaba muy enojado por dentro. Solo le pedí a Dios que me diera fuerzas y que fuera mi defensor. Ayer me enteré de que mi jefe va a ser trasladado a otra planta. Dios es tan bueno. Es tan bueno conmigo. Es como decir: "Dios tiene todas las razones para darme por perdido para siempre. Muchas veces me ha ayudado a desintoxicarme de las drogas, pero..."

Siempre he recaído, generalmente en una adicción más fuerte de la que Él me salvó. Sin embargo, sé que Él me ama y me perdona cada vez que me arrepiento. Le agradezco su bondad. No la merezco, pero eso no parece impedir que me ame y me ayude cuando vuelvo a meterme en problemas. Me ha enviado a tantas personas que me han ayudado a ver su amor y misericordia. Él es un Dios maravilloso. No entiendo por qué, pero sé que se preocupa por mí y escucha mis súplicas cuando le suplico ayuda. ¿Por qué no lo pruebas tú mismo? Descubrirás que Él también es fiel contigo.

Otra manera de honrar a Dios es recitar sus nombres u otras designaciones que lo describan. Por ejemplo: «El Señor es un guerrero» (Éx. 15:3a). «El Señor es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra. No hay otro» (Deut. 4:39b). «...el Señor es [mi] vida...» (Deut. 30:20). «...la mano del Señor es poderosa» (Jos. 4:24). «...el Señor es paz» (Jue. 6:24). «El Señor es un Dios que sabe, y por él se pesan las obras» (1 Sam. 2:3b). «El Señor es mi roca, mi fortaleza y mi libertador» (2 Sam. 22:2). «El Señor es Rey» (Sal. 10:16a). «El Señor es mi luz y mi salvación» (Sal. 27:1a). "El Señor es la fortaleza de su pueblo" (Sal. 28:8a).

Al honrar a Dios por quién es y por lo que ha hecho en nuestras vidas, le damos espacio para que obre por nosotros y en nosotros cada día. Le damos un lugar donde morar en medio de nuestra vida porque nos negamos a dar por sentado sus beneficios. Sabemos que somos pecadores salvos por gracia, y le damos la gloria por salvarnos y por estar ahí cuando lo necesitamos.

Características de la alabanza *La*

alabanza pone a Dios en primer lugar

La alabanza consiste siempre en desviar nuestra atención de nosotros mismos hacia Dios. Es recordar y recordar quién es Él y lo que ha hecho, en lugar de hundirnos en el fango del egocentrismo. En realidad, somos personas increíblemente egocéntricas. Nuestro primer pensamiento siempre es cómo algo o alguien nos afecta.

La alabanza nos desvía la mirada de nosotros mismos hacia Dios. Centra nuestros pensamientos en su majestad y poder e invita a otros a hacer lo mismo. En lugar de mirarnos el ombligo, elevamos la mirada y el corazón para ver su rostro y reafirmar nuestra admiración por él, nuestra gratitud por su amor y misericordia, y nuestra absoluta dependencia de él.

En esencia, la alabanza es presumir de Dios en lugar de nosotros o de los ídolos de este mundo. Es celebrar quién es Él y cómo se relaciona con su pueblo. Muchos cristianos y congregaciones rara vez lo hacen. Estamos tan centrados en nosotros mismos que tratamos la alabanza y la adoración como preliminares que debemos superar para llegar a lo importante, que, por supuesto, es la enseñanza y el ministerio personal que nos hacen sentir bien. Tristemente, con demasiada frecuencia tratamos nuestras expresiones de admiración hacia Dios como si Él fuera de importancia secundaria.

Estoy seguro de que a Dios no le agrada este comportamiento. De hecho, no hay razón para tener una reunión si la alabanza y la adoración no son el enfoque principal de nuestro tiempo juntos. Podemos llamar "adoración" a nuestro conjunto de tradiciones, hábitos y actividades, pero no tenemos esperanza de adorar a Dios si no estamos dispuestos a darle primero la alabanza que le corresponde.

La alabanza fluye de nuestra amistad con Dios

Quienes alaban a Dios con regularidad lo hacen porque han descubierto que el Señor es tan hermoso que no pueden dejar de pensar en Él y hablar de Él. Se han acercado lo suficiente a Él para ver Su verdadera naturaleza y carácter, y han encontrado en Él más de lo que jamás hubieran deseado.

Verás, no puedes presumir de alguien que no conoces; al menos, tu presunción no puede ser veraz ni sincera. Por lo tanto, aunque los elogios puedan comenzar con lo que sabes...*acerca de* Dios, eventualmente debe progresar hasta lo que tú mismo has experimentado de Él.

Aquí es cuando la alabanza se convierte en algo más que una tarea o un deber. No tienes que esforzarte en alabarla, pues brota automáticamente de tu interior. Tu relación con Dios te ha confirmado que eres bendecido en todo momento. Él es tu alegría, tu fuerza, tu consuelo, tu paz, y mucho más. Tu vida está anclada en Él, y su bondad trae su nombre a tus pensamientos y labios una y otra vez.

En otras palabras, la alabanza que surge de una relación profunda con Dios es genuina y verdadera. Tus palabras y actos de adoración surgen naturalmente de tu corazón. Esto no significa que siempre tendrás ganas de alabar. En realidad, esto no importa. Cuando tu relación con Dios es profunda y duradera, la alabanza...

No importa lo que estés experimentando, porque cómo te sientes no cambia quién es Dios en tu vida.

El elogio es una elección consciente

La alabanza es un acto de tu voluntad. Cuando ofreces a Dios una verdadera alabanza, tomas la decisión consciente de elogiarlo, aprobarlo y glorificarlo. Por lo tanto, la alabanza no se basa en tus emociones ni sentimientos. No tienes que sentirte bien, ni siquiera bien, para alabar al Señor. A pesar de las muchas cosas en tu vida que parezcan estar mal, la alabanza es tu decisión consciente porque sabes que Dios es la solución a tus problemas. Mientras Él esté al mando, todo mejorará. Tu comunión íntima con Él marca la diferencia. Puedes concentrarte en lo que es correcto: Dios y su bondad hacia ti, sin importar qué más esté mal.

Esta actitud es evidente en el Salmo 42, donde el salmista lamenta que su vida ya no sea como antes, cuando iba a la casa del Señor con gran alegría. Le duele el cuerpo. Ahora, en lugar de música y risas, solo le quedan lágrimas. Incluso teme que Dios lo haya olvidado, pues hace tanto tiempo que no siente su presencia. Sin embargo, este hombre dolido y desesperado toma una decisión consciente. Ejerce su voluntad y elige recordar a Dios y su bondad. A pesar de su miseria y su dolor, el salmista se reprende a sí mismo. Él dice: «Alma, ¿por qué estás tan angustiada? ¿Por qué te enfurruñas y te angustias como si no tuvieras esperanza? ¡No te rindas! Pon tu esperanza en Dios. Él no se ha dado por vencido, aunque tú sí. Así que deja de darle vueltas a todo lo que está mal y empieza a pensar en todo lo que está bien. Recuerda la amistad que hemos disfrutado con Dios. Recuerda sus muchas obras de bondad hacia nosotros. La difícil situación en la que nos encontramos ahora no es el final de la historia. Seguiré alabando a Dios, mi Salvador y mi Dios». (Ver Salmo 42).

Quizás lleves una carga pesada ahora mismo. Estás pasando por uno de los momentos más difíciles que la humanidad experimenta. No dejes que tus problemas te impidan alabar al Señor. Sé que quizás sientas que enfrentas dificultades que pocos han tenido que afrontar, o que has perdido la esperanza de que tus circunstancias cambien. Este es precisamente el momento, querido amigo, en que Dios te pide que lo alabes. Él sabe que estás sufriendo. También sabe que las cosas no siempre serán como ahora. De hecho, Él está esperando para actuar en tu favor, pero necesita que le proporciones una morada, un altar en tu vida donde pueda manifestarse. La alabanza es ese altar.

La alabanza es un sacrificio voluntario

Las expresiones bíblicas de alabanza a menudo incluyen la palabra *voluntad*.

El Señor es mi fuerza y mi cántico; Él ha sido mi salvación. Él es mi Dios, y yo... *voluntad* alabadle, Dios de mi padre, y yo *voluntad* exaltadle (Éxodo 15:2).

Ivoluntad Dad gracias al Señor por su justicia y *voluntad* Cantad alabanzas al nombre del Señor Altísimo (Salmo 7:17).

Ivoluntad Cantad al Señor, porque ha sido bueno conmigo (Salmo 13:6).

El Señor es mi fuerza y mi escudo; en Él confía mi corazón, y soy ayudado. Mi corazón salta de alegría y yo... *voluntad* Dadle gracias con cánticos (Salmo 28:7).

Aunque "voluntad" puede indicar un tiempo futuro, también puede hablar de una decisión consciente. En otras palabras: "Estoy decidido a alabar a Dios". Esto es lo que las Escrituras llaman sacrificio u ofrenda de alabanza.

Te ofreceré ofrenda voluntaria; alabaré tu nombre, oh Señor, porque es bueno (Salmo 54:6).

Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de Jesús, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesen su nombre (Hebreos 13:15).

La alabanza se convierte en sacrificio cuando ofreces tu alabanza a Dios solo porque Él la merece y te lo pide. Quizás no tengas ganas de alabarle, y en verdad, puede que te resulte bastante difícil ver más allá de las dificultades de tu vida. Sin embargo, cuando decides abrir los labios y expresar tu adoración, gratitud y agradecimiento a Dios, lo complaces.

En verdad, siempre puedes ofrecerle al Señor algún sacrificio. No, probablemente no le traerás un cordero, una oveja o una cabra como lo hacía el pueblo de Dios en el Tabernáculo y el Templo. Sin embargo, esto no te exime de la responsabilidad de traerle un regalo cuando vengas a adorarlo. La alabanza de un corazón obediente es el regalo que más agrada a Dios. Quizás no tengas nada más que ofrecerle, pero siempre puedes ofrecerle este sacrificio de alabanza.

Fíjate que Hebreos llama a esto "el fruto de nuestros labios". El fruto habla de una cosecha. Los agricultores te dirán que recoger la cosecha es un trabajo duro. A veces, la alabanza requiere el mismo esfuerzo. En lugar de llamar a la gente y esperar a que te atiendan cuando estás pasando por un momento difícil, ¿por qué no te animas y tienes tu propio servicio de alabanza? Sacrifica tus sentimientos heridos, tus problemas financieros o tus problemas con tu jefe, tu esposa, tu hijo o hija en el altar de la alabanza. Toma la decisión consciente de dejar a un lado todo lo que te deprime, te atemoriza o te causa...

Sentir ganas de rendirte, abrir la boca y hablar con Dios. Dile lo maravilloso que es. Dile lo agradecido que estás de que esté en tu vida. Dile que te alegra que esté de tu lado. Dile que vale más para ti que todo lo demás en el mundo.

Este sacrificio de alabanza no te costará dinero, pero sí tu egocentrismo y tu tendencia natural a obsesionarte con lo que está mal en tu vida. Darle a Dios tu sacrificio de alabanza significa que eliges obsesionarte con Él en lugar de contigo mismo. Tu boca se llena de todo lo bueno de tu vida en lugar de todo lo malo. Este sacrificio nunca te lo podrá obligar nadie. Puedes cantar o levantar las manos porque alguien te lo dice, pero la alabanza externa no es interna. Un sacrificio de alabanza nace de tu interior. Es tu voluntad tomando control de tus emociones y haciendo lo que Dios quiere y te capacita para hacer.

El libro de Levítico lo dice así:

La alabanza ofrecida con cualquier fuerza que tengas, por limitada que sea, es un sacrificio agradable a Dios.

Cuando sacrifiques una ofrenda de acción de gracias al Señor, sacrifícala de tal manera que sea aceptada por ti.

(Levítico 22:29).

La versión King James termina el versículo con estas palabras: «Ofrécelo a tu propia voluntad». El sacrificio que agrada a Dios es el que das de corazón, sin importar lo que sientas o tus circunstancias.

De alguna manera, en medio de la dificultad, encuentras la fuerza para alabar al Señor con las pocas fuerzas que te quedan. No sé tú, pero yo prefiero alabar con las pocas fuerzas que me quedan en los momentos difíciles, en lugar de quejarme.

Quejarse no hace más que agotar aún más nuestras fuerzas. La alabanza trae al Señor a nuestros pensamientos, elevándonos así por encima de cualquier causa que nos cause dificultades. Celebrar a Dios enfocándonos en Él en lugar de en nosotros es verdaderamente la esencia de la alabanza. Cuando hacemos esto, Dios toma nuestro sacrificio y nos bendice.

Así que no esperes a que todo salga bien para empezar a alabar a Dios. Empieza a alabar al Señor y todo saldrá bien. Después de días, semanas e incluso meses de este sacrificio de alabanza, descubrirás que, naturalmente, encuentras muchas razones para alabarlo. Después de todo, Él merece cada palabra de elogio, confianza, aprobación, buen nombre y honor que puedas darle.

Él. Cuanto más lo notes a Él y a sus beneficios para ti, más te bendecirá y te dará más razones para alabarlo.

La alabanza es una expresión de fe

La fe sin obras está muerta (véase Santiago 2:17). De igual manera, la alabanza que nace del corazón, pero no se expresa, está muerta. Por lo tanto, la fe es el acto más elevado de alabanza, y la alabanza es la forma más elevada de fe. Ambas son expresiones de acuerdo con Dios. Cuando tienes fe, te aferras a sus promesas sin importar lo que veas en el momento. Cuando lo alabas, proclamas lo que sabes que es verdad a pesar de la evidencia de lo contrario.

Piensen en Abraham cuando ató a Isaac a ese altar en el monte Moriah. (Véase Génesis capítulo 22). Estoy seguro de que Abraham no estaba cantando, danzando ni alabando a Dios con alegría. Probablemente sentía un gran pesar. Sin embargo, el mismo acto de colocar a Isaac en ese altar fue un acto de alabanza. ¿Por qué? Abraham estaba expresando su confianza en Dios y su seguridad de que, de alguna manera, todo saldría bien. Después de todo, Dios no solo les había dado a Isaac a Abraham y a su esposa, Sara, siendo ya ancianos; también les había prometido que tendrían más descendientes que las arenas del mar. Además, esos nietos, bisnietos y tataranietos vendrían a través de Isaac, el hijo de la promesa, no de Ismael. Así que, o Dios proveería otro sacrificio en lugar de Isaac o, de alguna manera, le devolvería a Isaac a Abraham después del sacrificio. En cualquier caso, Abraham estaba dispuesto a confiar en que Dios cumpliría su pacto y las promesas que lo acompañaban.

Una actitud de fe en medio de tiempos difíciles siempre es la base de la alabanza sacrificial, ya que se basa en la certeza de que todo es posible para Dios. Lo que puede ser imposible para el hombre no está fuera del alcance de Dios simplemente por ser Él. Por lo tanto, la alabanza que se aferra a quién es Dios, en lugar de a lo que los seres humanos vemos o hacemos, es una expresión fundamental de fe. Es decir: «No sé qué estás haciendo, por qué lo estás haciendo ni cómo terminará todo esto, pero confío en Ti».

Alabar es darle a Dios todo lo que le corresponde y darle espacio en nuestra vida para hacer todo lo que Él quiere hacer.

Dios. Sé que me serás fiel. Nunca me abandonarás. Por lo tanto, te obedeceré en la medida que pueda. El resto depende de Ti. Hago esto porque eres mi Dios y mi Salvador. Todo lo que tengo, soy y espero ser es tuyo. Tal alabanza libera a Dios para obrar en nosotros.

vidas.

◆ PRINCIPIOS ◆

1. Alabar significa elogiar, aprobar, dar una opinión favorable. juicio, para glorificar y para estimar.

2. Alabar a Dios mediante la recomendación significa que nos encomendamos a Él. Su cuidado y recomendando que otros hagan lo mismo.

3. Alabar a Dios con aprobación significa que tenemos una opinión favorable de Dios, que le decimos a Él y a los demás.

4. Alabar dándole gloria a Dios significa que lo honramos y expresamos Nuestra admiración por Él.

5. La alabanza desvía el foco de nuestra vida de nosotros mismos hacia Dios.

6. Antes de poder alabar a Dios constantemente, debemos acercarnos lo suficiente a Él. Para que él vea su verdadera naturaleza y carácter.

7. La alabanza es una elección consciente, un acto de nuestra voluntad.

8. Un sacrificio de alabanza es la alabanza que damos a Dios por obediencia.

A pesar de cómo nos sentimos.

Capítulo 6

¿Cuándo debemos alabar a Dios?

Dios es digno de nuestra alabanza todo el día, todos los días, sin importar qué clase de día sea.

Quizás hayas oído el dicho de que hay dos momentos para alabar al Señor: cuando te apetece y cuando no. En cualquier otro momento no tienes que alabarlo. La implicación es que debes alabar al Señor en todo momento. Este es sin duda el mensaje del salmista:

Bendeciré a Jehová en todo tiempo; Su alabanza estará siempre en mis labios (Salmo 34:1).

Por lo tanto, la alabanza debe ser parte de tu vida diaria. Pase lo que pase, ya sea que tengas momentos buenos o malos, tu enfoque debe estar en Dios.

En los mejores y peores tiempos

En otras palabras, Dios es digno de tu alabanza en los mejores y peores momentos, y en todos los momentos mundanos intermedios.

En los mejores tiempos

El rey David soñaba con construir una casa permanente para el Señor que reemplazara el Tabernáculo móvil que albergaba el Arca de la Alianza desde los días de Moisés. El profeta Natán incluso había dado su aprobación a los planes de David. Entonces la palabra del Señor llegó a Natán de noche:

Ve y dile a mi siervo David: «Así dice el Señor: 'Tú no eres quien me va a construir una casa para vivir. No he habitado en casa alguna desde el día que saqué a Israel de Egipto hasta hoy... ¿Acaso dije yo alguna vez a alguno de sus jefes, a quienes mandé que pastorearan a mi pueblo: "¿Por qué no me han construido una casa de cedro?"'»

Ahora pues, dile a mi siervo David: «Así dice el Señor Todopoderoso: Te tomé del prado y de detrás del rebaño para que fueras príncipe sobre mi pueblo Israel. He estado contigo dondequiera que has ido, y he exterminado a todos tus enemigos de delante de ti. Ahora haré que tu nombre sea como el de los más grandes de la tierra. Y daré un lugar a mi pueblo Israel... También someteré a todos tus enemigos. Te declaro que el Señor te edificará una casa: Cuando tus días se acaben y vayas a ser...

Con tus padres, levantaré a tu descendencia para que te suceda, a uno de tus propios hijos, y afirmaré su reino. Él me edificará una casa, y yo afirmaré su trono para siempre. Yo seré su padre, y él será mi hijo... Lo pondré sobre mi casa y mi reino para siempre; su trono será firme para siempre» (1 Crónicas 17:4-14).

¡Guau! ¡Qué promesa! Dios le estaba dando a David una casa en lugar de que David le diera una casa a Dios. ¿No es así como nuestro Dios? Planeamos algo grandioso y Dios hace algo aún mejor. Es cierto que David no construyó la casa de Dios, sino su hijo Salomón; sin embargo, David estaba tan lleno de gratitud a Dios después de escuchar el informe de Natán que tuvo su propia pequeña sesión de alabanza:

No hay nadie como Tú, oh Señor, ni hay Dios fuera de Ti... Has hecho tuyo a tu pueblo Israel para siempre, y Tú, oh Señor, te has convertido en su Dios. Y ahora, Señor, que la promesa que has hecho acerca de tu siervo y su casa se mantenga para siempre. Cumple tu promesa, para que se mantenga y tu nombre sea grande para siempre (1 Crónicas 17:20-24a).

Tiempo después, David donó oro y plata para la construcción del Templo y preguntó quién se uniría a él para proveer para la casa de Dios. Los líderes de Israel donaron voluntariamente y el pueblo se regocijó por su generosidad. El rey David, rebotante de alegría por la respuesta del pueblo, volvió a alabar al Señor:

Entonces David dijo a toda la asamblea: «Alaben al Señor su Dios». Todos alabaron al Señor, el Dios de sus padres; se inclinaron y se postraron ante el Señor y el rey. Al día siguiente ofrecieron sacrificios al Señor y le ofrecieron holocaustos (1 Crónicas 29:20-21a).

En algún momento de la alabanza y la adoración, la presencia de Dios debió haber llegado a su pueblo, pues el versículo siguiente dice: «Comieron y bebieron con gran alegría en la presencia del Señor aquel día» (1 Crónicas 29:22a). Entonces reconocieron a Salomón como rey.

El mundo de David ciertamente estaba en su mejor momento ese día. Los líderes del pueblo habían donado generosamente para la construcción del Templo y habían aclamado a Salomón como rey. Entonces llegó la presencia de Dios, ¡una alegría que David conocía y amaba por encima de todo!

Recuerden, sin embargo, que este subidón no fue casualidad. Debo creer que la venida de Dios en medio de su pueblo fue motivada no solo por la alabanza de David y del pueblo, sino también por su estilo de vida de alabanza. David nunca dio por sentado la bondad de Dios. Repetidamente le dijo a Dios.

cuán bueno era Él y cuán agradecido estaba él, David, por las muchas bendiciones de Dios hacia él.

Haríamos bien en seguir el ejemplo de David. Sí, podemos alabar a Dios por una bendición específica, pero pocos hemos desarrollado el hábito de ver todo lo bueno de nuestra vida como un regalo de Dios. Alabar a Dios en los buenos momentos —que son muchos más de los que la mayoría reconocemos— es un ingrediente esencial de nuestra alabanza.

En los peores tiempos

Pablo y Silas, por otro lado, atravesaban uno de los momentos más difíciles de su vida. Durante muchos días los había seguido una esclava que poseía un espíritu que le permitía adivinar el futuro. Día tras día gritaba: «Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, quienes les indican el camino de la salvación» (Hechos 16:17b). Finalmente, harto de esto, Pablo ordenó al espíritu en el nombre de Jesús que abandonara a la muchacha, lo cual hizo. Los dueños de la muchacha, indignados por la pérdida de ingresos, incitaron a la multitud y a los líderes de la ciudad hasta que Pablo y Silas fueron despojados de sus ropas, golpeados y arrojados a la cárcel, donde les pusieron los pies en el cepo.

¿Qué habríamos hecho la mayoría en tales circunstancias? Probablemente nos habríamos quejado y lamentado de lo injusto que había sido lo sucedido ese día. ¿Qué hicieron Pablo y Silas? No se quejaron de la oscuridad, del musgo viscoso en las paredes, del hedor a orina en el agujero donde los habían arrojado ni de las ratas que oían y sentían. En cambio, Pablo dijo: «Silas, cantemos». Pasaron la noche orando y cantando al Señor, y no de forma silenciosa ni contenida. Su servicio de adoración era lo suficientemente alto como para que los demás prisioneros lo oyeran.

De repente, Dios entró en la cárcel mediante un terremoto, y la celda era demasiado pequeña para que Dios se sentara. Fue entonces cuando las puertas se abrieron de golpe y las cadenas cayeron al suelo, y no solo las que sujetaban a Pablo y Silas en el cepo. Cuando Dios intervino, ¡todo cambió en la cárcel! (Véase Hechos, capítulo 16).

¡Qué historia! Estoy seguro de que las heridas de Pablo y Silas dolían. Podrían haberse compadecido mucho. Sin embargo, esa no fue su reacción, porque no solo reconocieron su problema, sino que también sabían que Dios estaba dispuesto a encargarse de él. Por lo tanto, hicieron lo único que traería la presencia de Dios a esa celda empapada de orina con ellos. Tuvieron una sesión de oración y alabanza.

Me pregunto en qué clase de prisión estás o qué problema amenaza con derrotarte. Es fácil quejarse cuando uno se enfrenta a cosas que lo atemorizan.

Tú o circunstancias que parecen no mejorar. Sin embargo, si quieres que Dios entre en tu celda, debes resistir la tentación de quejarte y murmurar. En cambio, debes tomar la decisión de alabarlo.

Simplemente mira más allá de tus sentimientos, tus miedos y tus circunstancias, hacia Dios. Alábalo por cualquier bondad que hayas disfrutado de su mano, por pequeña o insignificante que parezca. En lugar de recordar todo lo que está mal en tu vida, recuerda todo lo que está bien.

Si haces esto —si eliges conscientemente confiar en Dios y proclamar su bondad—, el León de la tribu de la alabanza aparecerá y destrozará tu prisión. No solo eso, sino que también soltará tus cadenas y disipará tu oscuridad. No, puede que no sientas temblar la tierra bajo tus pies ni que se abran puertas, pero descubrirás que tu actitud y perspectiva cambian a medida que tu alabanza trae su presencia a tu vida. Inténtalo. Empieza poco a poco si es necesario, pero empieza por algún lado. Encuentra algo en tu vida por lo que alabar a Dios, luego habla y crea un espacio para que Él se siente contigo. ¡Quizás te sorprenda lo que Él hace!

En los tiempos mundanos e intermedios

Sin embargo, no pienses que tienes que estar en la cima de la montaña o en el valle para tener tu propia sesión privada de alabanza. A menudo, los días normales de nuestra vida son los más difíciles para alabar a Dios porque no hay nada en particular que nos llame la atención hacia Él. Por eso debemos adquirir el hábito de alabar al Señor. La mayoría de nosotros tenemos el hábito de murmurar. ¿Cómo sería nuestra vida si usáramos esa misma energía para alabar a Dios? ¿Cómo serían nuestros días si dirigiéramos nuestra atención a Él en lugar del partido, la publicidad o el último éxito de ventas?

David hablaba consigo mismo de Dios todo el tiempo. Creo que no lo hemos practicado lo suficiente. Nos gusta cantar: «Bendice, alma mía, al Señor» (Salmo 103:1a), pero ¿con qué frecuencia lo hacemos? En realidad, esta frase es un mandato a nuestra alma para alabar al Señor.

Tu alma es todo tu ser: tu voluntad, tus emociones y tu intelecto. (Véase Génesis 2:7 RV). Por lo tanto, si le dices a tu alma que alabe a Dios, en realidad le estás ordenando a tu cuerpo que responda a los tres.

En otras palabras, primero te reprendes y tomas control de tu voluntad, tus emociones y tu intelecto. Luego, una vez que los tres están enfocados en Dios y atentos a Él, tu cuerpo actúa de acuerdo con las instrucciones que recibe de ellos. Por eso aún puedes alabar a Dios cuando tu voluntad es indiferente, tus emociones están inactivas o tu mente está aburrida. Tú...

El cuerpo responde con alabanzas porque tu voluntad, tus emociones y tu intelecto —bajo tu control consciente y atento— así se lo dicen.

Creemos que debemos tener algo grande en la vida para poder alabar al Señor. ¡Mentira! David alababa al Señor día tras día. Ya fuera que cometiera un error o acabara de ganar una batalla, hablaba con Dios al respecto. No necesitaba una razón especial para cantar, gritar o bailar su adoración. Simplemente lo hacía constantemente, incluso en momentos aburridos y cotidianos.

Tú también debes desarrollar una actitud donde la alabanza sea tu protección constante mientras rodeas a Dios. Ya sea que estés escribiendo una carta, cargando un camión, cuidando a los niños o limpiando la casa, simplemente sigue cantando melodías para el Señor. A veces quizás estés tarareando una melodía. Otras veces quizás necesites alabar a Dios en tu mente. Hagas lo que hagas, simplemente estás pasando el día con Dios.

No esperes que suceda algo especial.

La alabanza es una responsabilidad diaria.

En cambio, asegúrate de que Dios esté contigo todos los días, manteniéndolo contigo mediante tu alabanza. Así, pase lo que pase en tu vida, Dios estará ahí para ayudarte.

Todos los días y todo el día *En público y en privado*

Algunos esperamos hasta la iglesia el domingo para alabar a Dios, y aun así no acudimos con alabanza y agradecimiento en el corazón. En cambio, acudimos con nuestros malos sentimientos y esperamos que alguien nos haga sentir mejor.

Quizás estuviste despierta toda la noche con el bebé, tuviste una discusión con tu esposo durante el desayuno o tus hijos se portaron mal en el auto camino a la iglesia. Sea cual sea el motivo, llegas a la iglesia de mal humor.

El apóstol Pablo nos instruye a tener una actitud y disposición muy diferente:

Hablen entre ustedes con salmos, himnos y cánticos espirituales. Canten y alaben al Señor en su corazón, dando siempre gracias a Dios Padre por todo, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo (Efesios 5:19-20).

Esto significa que antes de llegar a la iglesia, debes estar alabando a Dios. Incluso antes de subir al auto, debes haber tenido tu propio servicio de alabanza privado para que, al reunirte con el resto de la familia de Dios, estés listo para ascender a la presencia de Dios con todos los demás.

En esencia, cuando te preparas en privado para recibir elogios públicos, no necesitas...

Un líder de adoración que te hará sentir ganas de alabar a Dios.

No es el trabajo del líder de adoración inspirarte a alabar a Dios.

Sí, hay un lugar para los líderes de adoración en nuestra adoración corporativa, pero no es su trabajo hacerte sentir lo suficientemente bien como para decirle a tu Papá lo grandioso que es Él.

Si has estado hablando con tu alma durante la semana como se supone que debes hacerlo, no necesitarás que nadie te llame la atención ni te motive. Ya estarás ansioso y listo para empezar. De hecho, serás como David, quien dijo:

Me alegré con los que me decían: A la casa de Jehová iremos (Salmos 122:1 RVR1960).

David se regocijó cuando las puertas de la casa de Dios se abrieron y pudo entrar. Estaba emocionado por adorar con el pueblo de Dios. Lo mismo debería suceder contigo. Tu adoración en privado durante la semana debería prepararte para el culto dominical con tus hermanos y hermanas en Cristo.

En esencia, todos somos líderes de adoración porque somos templos del Señor (véase 1 Corintios 3:16-17; 6:19). Lo que hacemos en nuestra propia casa afecta lo que hacemos con los demás. Cuando santificamos nuestra casa mediante la alabanza justa en casa, estamos listos para santificar todo el lugar cuando nos reunimos.

Por lo tanto, tengan cuidado de no esperar algo grandioso en su alabanza y adoración pública si no han tenido primero un encuentro personal con Dios. La alabanza en su vida privada es lo que le da poder y autoridad a su experiencia pública.

David no tuvo problemas para enfrentarse a Goliat porque celebró un servicio de adoración tras la montaña antes de salir al encuentro del enemigo. Las instrucciones y el aliento de Dios le dieron el valor necesario para luchar contra un hombre de entre dos y tres metros de altura. (Véase 1 Samuel, capítulo 17). Además, su costumbre de adoración privada le había dado la oportunidad de ver la obra de Dios en su favor en el pasado. Por lo tanto, tuvo la confianza para volver a confiar en Dios en estas nuevas circunstancias.

Pocos de nosotros operamos desde esta perspectiva. Si funcionáramos como David, tendríamos un servicio religioso en casa antes de ir al banco a pedir un préstamo. La mayoría solicitamos el préstamo primero y clamamos a Dios si no lo conseguimos. Por otro lado, si el préstamo llega, alabamos a Dios por el momento y luego vamos.

De vuelta a la vida como siempre.

Les digo, amigos, que su vida sería muy diferente si alabaran a Dios antes de enfrentar un desafío. Inténtenlo. Tengan un servicio de adoración privado en casa antes de ir a trabajar. Pongan música que los anime a la alabanza y la adoración, y luego pasen un tiempo con Dios antes de salir. No escuchen las noticias antes de ir a trabajar. Escuchen a Dios. Entonces Él llenará su día de sí mismo porque lo empezaron con Él.

Escuche a Dios, no las noticias, antes de salir de su casa por la mañana.

Muchas veces el Señor trabaja todo el día para entrar en tu vida porque no le diste el día al principio. Él te observa pasar por tus dificultades y dice: "¡Dios mío! ¡Cómo quisiera entrar en tu día, pero no hay lugar para mí! No me has alabado, así que no hay lugar para mi presencia".

Directamente a Dios e indirectamente a los demás

La alabanza es la manera en que le damos espacio a Dios en nuestra vida. A veces, nuestra alabanza se dirige directamente a Dios, que es probablemente lo que más conocemos. Lo magnificamos y lo ensalzamos al hablarle o cantarle nuestras alabanzas, como lo hizo David en el Salmo 9:

Te alabaré, oh Señor, con todo mi corazón; contaré todas tus maravillas. Me alegraré y me regocijaré en ti; cantaré alabanzas a tu nombre, oh Altísimo (Salmo 9:1-2).

Sin embargo, no toda nuestra alabanza debe ser directa. Dios también quiere que lo alabemos indirectamente. Esto sucede cuando lo elogiamos y expresamos nuestra aprobación a los demás.

Dios quiere que compartas con los demás lo que Él está haciendo en tu vida. No importa cuán insignificante te parezca su acción en tu vida, habla de ella. Comparte con tus amigos, familiares y compañeros de trabajo cómo Él te ha sostenido y te ha ayudado a superar momentos difíciles. Da testimonio de la bondad de Dios y de lo que Él ha estado haciendo por ti. Así es como Él recibe gloria y honor.

La mayoría de nosotros compartimos nuestros problemas, quejas, disgustos y malentendidos. Somos mucho más propensos a murmurar y clamar que a hablar de la bondad del Señor hacia nosotros. ¡Qué triste! No somos diferentes de los hijos de Israel que murmuraron mientras atravesaban el desierto y no reconocieron las bendiciones de Dios ni le dieron crédito por todo lo que Él tenía.

¡Qué mal estaba hecho! Estaban tan disgustados que querían regresar a Egipto, ¡la tierra de su esclavitud!

Dios no quiere que tengas esa actitud. Quiere que veas y proclames la diferencia que Él ha marcado en tu vida. David, de nuevo, es un buen ejemplo de un hombre que hizo esto. (¡Con razón Dios lo vio como un hombre conforme a su corazón!) Su alabanza era contagiosa porque no se conformaba con alabar a Dios solo. Cuando iba al Tabernáculo, quería que todos los demás también lo alabaran.

Alabaré al Señor en todo tiempo; su alabanza estará siempre en mis labios. Mi alma se gloriará en el Señor; que los afligidos lo oigan y se regocijen. Glorifiquen al Señor conmigo; exaltemos juntos su nombre. Busqué al Señor, y él me respondió; me libró de todos mis temores. Quienes lo buscan están radiantes; sus rostros nunca se cubren de vergüenza. Este pobre clamó, y el Señor lo escuchó; lo libró de todas sus angustias (Salmo 34:1-6).

David quería que todos supieran lo que Dios había hecho por él, y no tenía reparos en pedir a otros que se unieran a él para glorificar y exaltar a Dios.

Chismeamos con facilidad sobre todo lo demás. Ahora es el momento de chismear sobre las obras del Señor en nuestras vidas: "¿Oíste lo que Dios hizo por fulano? ¡Se lo está contando a todo el mundo, y les está diciendo que se lo cuenten a aún más!"

Por favor, deténganse un momento y reflexionen sobre esto. ¿No sería maravilloso si cada vez que nos viéramos compartiéramos algo bueno de lo que el Señor ha hecho por nosotros? ¡Cómo cambiarían nuestras conversaciones y actitudes! Sin duda, veríamos aún más la obra de Dios, ya que cuando lo alabamos ante los demás, él se emociona por hacer lo mismo otra vez, ¡y aún más!

Canta una nueva canción cada día

Esto es lo que las Escrituras quieren decir cuando dicen cantar un cántico nuevo:

Cantadle un cántico nuevo; tocad con destreza y cantad con júbilo (Salmo 33:3).

Cantad al Señor un cántico nuevo; cantad al Señor, toda la tierra (Salmo 96:1).

Alaben al Señor. Cantad al Señor un cántico nuevo, su alabanza en la asamblea de los santos (Salmo 149:1).

Nuestro nuevo cántico debe ser un cántico de todo lo que Dios ha hecho por nosotros. Se basa en nuestra experiencia con Él.

David hacía esto con regularidad. Como siempre veía a Dios obrar en su vida, su canción surgió de lo último que Dios había hecho por él.

Cantad a Jehová un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas; su diestra y su santo brazo le han salvado (Salmo 98:1).

Esperé pacientemente al Señor; Él se volvió hacia mí y escuchó mi clamor. Me sacó del pozo resbaladizo, del lodo cenagoso; puso mis pies sobre una roca y me dio un punto de apoyo firme. Puso en mi boca un cántico nuevo, un himno de alabanza a nuestro Dios. Muchos verán, temerán y pondrán su confianza en el Señor (Salmo 40:1-3).

Dios también quiere esa alabanza de ti. Está cansado de escuchar los mismos testimonios que has compartido una y otra vez. De hecho, si escuchas, lo oírás preguntarte: "¿Tienes que contar la misma historia otra vez? ¿No he hecho nada por ti desde aquella maravillosa ocasión?".

En verdad, tu testimonio más efectivo es presumir ante los demás de lo que Dios ha hecho por ti esta semana. Cuéntales lo que hizo ayer, o incluso esta mañana.

Tu testimonio más efectivo es jactarte de lo que Dios hizo por ti esta mañana.

Entonces tu canción siempre será nueva.

Esto fue lo que hicieron los hijos de Israel cuando Dios ahogó al faraón y a todo su ejército. Moisés empezó a cantar y su hermana, Miriam, tomó una pandereta y guio a las mujeres en una procesión victoriosa, cantando y danzando ante el Señor.

Entonces Moisés y los israelitas cantaron este cántico al Señor: «Cantaré al Señor, porque es muy exaltado. Ha arrojado al mar al caballo y a su jinete. El Señor es mi fuerza y mi cántico; se ha convertido en mi salvación. Él...»

es mi Dios, y lo alabaré, el Dios de mi padre, y lo ensalzaré. El Señor es un guerrero; el Señor es Su nombre. Los carros del Faraón y su ejército Él los ha arrojado al mar. Los mejores oficiales del Faraón se ahogaron en el Mar Rojo. Las aguas profundas los han cubierto; se hundieron hasta las profundidades como una piedra. Tu diestra, oh Señor, era majestuosa en poder. Tu diestra, oh Señor, destruyó al enemigo. En la grandeza de Tu majestad derribaste a los que se te opusieron. Desataste Tu ira ardiente; los consumió como rastrojo. Con el soplo de Tu nariz las aguas se amontonaron. Las aguas impetuosas se mantuvieron firmes como un muro; las aguas profundas se congelaron en el corazón del mar. El enemigo se jactó: 'Los perseguiré, los alcanzaré. Repartiré el botín; me atiborraré de ellos. Desenvainaré mi espada y mi mano los destruirá'. Pero tú soplaste con tu aliento, y el mar los cubrió. Se hundieron como plomo en las impetuosas aguas. ¿Quién entre los dioses es como...?

¿Tú, oh Señor? ¿Quién como tú, majestuoso en santidad, imponente en gloria, hacedor de maravillas? Extendiste tu diestra, y la tierra los tragó (Éxodo 15:1-12).

¿Ves lo que cantaron los israelitas? Contaron detalladamente lo que Dios había hecho por ellos. De hecho, celebraron a lo grande porque estaban seguros de que los acontecimientos que acababan de presenciar eran evidencia de la protección de Dios y de su amor por ellos. Por lo tanto, no tuvieron miedo ni vergüenza de cantar y bailar ante Él ni de compartir la canción con sus hijos, quienes la repitieron una y otra vez, hasta que la leemos hoy en la Biblia.

Este canto y danza de alabanza no es un incidente aislado. Las Escrituras están repletas de testimonios de la bondad y la grandeza de Dios. De hecho, se puede apreciar lo que Dios hizo por lo que cantó el pueblo. Sin embargo, no todos estos testimonios son gozosos. Algunos muestran que la actividad de Dios no siempre trajo consigo celebración. Consideremos, por ejemplo, el Salmo 137:

Junto a los ríos de Babilonia nos sentábamos y llorábamos al acordarnos de Sión. Allí, sobre los álamos, colgábamos nuestras arpas, pues allí nuestros captores nos pedían cánticos, nuestros atormentadores exigían cánticos de alegría; decían: «¡Cántanos un cántico de Sión!». ¿Cómo podemos cantar los cánticos del Señor estando en tierra extranjera? (Salmo 137:1-4)

Vemos aquí que el pueblo de Dios no tenía nada que cantar porque no habían visto a Dios obrar en su vida durante mucho tiempo. Su desobediencia les había atraído su juicio y los había llevado al exilio, lejos de Jerusalén y del Templo, la morada de Dios. Así que colgaron sus instrumentos y se negaron a cantar.

Esto no debería ser cierto para ti, a menos, claro, que también estés en el exilio debido al pecado y la iniquidad persistentes en tu vida. Quizás a veces quieras recordar esos momentos culminantes de tu vida en los que Él realmente te ayudó, pero ten cuidado de no quedarte estancado ahí. Ninguna canción nueva podría hacer creer a la gente que Dios no ha hecho nada por ti últimamente, ¡y sabes que eso no es cierto!

Cada día deberías tener un cántico nuevo para cantar ante el Señor y compartir con los demás. Así es con los que alaban. Los cánticos surgen porque la presencia de Dios llega y permanece. Su unción fluye naturalmente a través de quienes han aprendido a ver y dar testimonio de su bondad. Estos cánticos del Señor no requieren ser elaborados, pues surgen del momento presente, de las experiencias íntimas entre Dios y su pueblo.

Esta alabanza también guarda y sella la realidad de aquellos tiempos con Él.

Por lo tanto, si deseas la presencia de Dios en tu vida, aprende a ser un alabador. No guardes silencio sobre sus muchos beneficios. Ponte como objetivo encontrar algo nuevo que cantarle al Señor cada día. Sin importar tus circunstancias, seguro que puedes encontrar al menos algo digno de alabanza cada día. Entonces, cuando Dios vea tu gratitud hacia Él y tu hábito de celebrar su bondad, vendrá y se quedará contigo. Hará que cada día sea una bendición, pues disfruta de tu atención y se deleita en tu gozo en Él.

En esencia, Dios quiere que presumas de tu Padre celestial todo el tiempo. Si no lo haces, quizás simplemente significa que aún no es tu Padre. No has establecido la conexión. No has establecido la relación.

Cuando Dios se convierte en tu Padre, la alabanza se vuelve parte natural de tu vida. No tienes que pensar en ello. La alabanza fluye con naturalidad de tus labios porque ves la obra de tu Padre constantemente y no puedes evitar decirle lo agradecido que estás de que esté en tu vida.

Eres como un niño que ansía oír el silbato especial de su papá al llegar del trabajo. Cuando el niño oye el silbato, no importa lo que esté haciendo, tiene que ver a papá lo antes posible. Así que corre y abre la puerta de golpe. Luego se aferra a su padre, hablando todo el tiempo de todo lo que ha pasado en su día.

Así debe ser entre tú y Dios. No importa quién esté cerca, ni lo que estén haciendo o pensando, cuando sientes la presencia de tu Padre celestial, tienes ojos y oídos para nada ni para nadie más. Tu alabanza brota de tu interior solo porque Él está ahí. Puede que haya buenos tiempos, puede que haya malos. Esto no cambia tu relación con tu Padre. Una vez que hayas encontrado la morada secreta de Dios en medio de tu alabanza, acudirás a Él día tras día porque no hay otro lugar donde preferirías estar. Su presencia se ha convertido en tu verdadero propósito, para el cual fuiste creado.

El elogio debe ser algo tan natural y tan común para ti como respirar.

❖ PRINCIPIOS ❖

1. No necesitas una razón especial para alabar a Dios.
2. Cada momento de cada día es un momento apropiado para la alabanza.
3. Un estilo de vida de alabanza te enseña a ver y confiar en la obra de Dios en tu vida.

vida.

4. La alabanza privada te prepara para la alabanza y la adoración públicas.

5. La alabanza privada te prepara para la victoria pública.

6. La alabanza al comienzo del día le da espacio a Dios para manejar lo que sea que se te presente en el resto del día.

7. El elogio puede ser tanto directo como indirecto.

8. Cuando encomiendas a Dios a otros, lo estás alabando indirectamente.

9. Quejarse destruye la atmósfera creada por los elogios.

10. Tu nueva canción cada día mantiene la presencia de Dios contigo.

Capítulo 7

¿Cómo debemos alabar a Dios?

Sé el concierto. No solo asistas a uno.

Alabar a Dios tiene muchas formas, todas con un denominador común: la alabanza siempre es extrovertida. En otras palabras, la alabanza siempre se puede ver y oír. No se puede ocultar ni silenciar. Por lo tanto, toda expresión de alabanza debe ser vocal o externa.

Para el pueblo hebreo, esto parecía fácil. Un estudio del Antiguo Testamento muestra que eran un pueblo emotivo y expresivo. Quizás por eso Dios los apreciaba. No temían expresar abiertamente sus sentimientos hacia Dios. La celebración y la euforia eran parte habitual de su adoración.

Sin embargo, este no siempre es nuestro caso. Algunos cristianos parecen preferir sentarse y disfrutar en la iglesia en lugar de participar activamente. Tal comportamiento no es verdadera alabanza. Así como no puedes animar a tu equipo deportivo favorito sin moverte y hacer ruido, tampoco puedes alabar a Dios con calma y tranquilidad. Esto no significa que los momentos de adoración en silencio no sean apropiados a veces, sobre todo después de que la presencia de Dios se haya manifestado entre su pueblo. Sin embargo, la alabanza debe declararse o manifestarse de alguna manera. De lo contrario, no es alabanza.

Desafortunadamente, algunos somos tan inhibidos que nos negamos a entregarnos a la alabanza. No queremos expresarla de forma visible. Evitar esta expresión externa es desobedecer a Dios, ya que Él nos manda específicamente que dejemos que se escuche el sonido de nuestra alabanza:

Alabad, oh pueblos, a nuestro Dios; sea oída la voz de su alabanza (Salmo 66:8).

Mucha gente asume que este mandato se refiere al canto. Sin embargo, cantar no es la única forma de alabanza bíblica que se puede escuchar. Gritar, aplaudir, reír, cantar y orar en el Espíritu, y tocar instrumentos musicales son expresiones de alabanza que se pueden escuchar. Por lo tanto, debemos tener cuidado de no excluir ciertas formas de alabanza simplemente porque nos incomodan. Más bien, debemos buscar comprender por qué nos incomodan y hacer ajustes que desafíen nuestra zona de confort. De lo contrario, ¿cómo podremos proclamar plenamente las buenas nuevas que son nuestras en Cristo Jesús?

Tú que traes buenas nuevas a Sión, sube a un alto monte. Tú que traes buenas nuevas a Jerusalén, alza tu voz con júbilo, alza tu voz, no temas; di a las ciudades de Judá: «¡Aquí está vuestro Dios!» (Isaías 40:9)

La versión King James usa la frase "alza tu voz con fuerza" en este versículo. Esto ciertamente parece indicar que nuestra alabanza debe revelar una convicción y un compromiso definidos. No debemos hablar ni cantar con timidez, sino con energía y seguridad. Cuando nos sentimos incómodos, es difícil sentir seguridad o energía. Por lo tanto, debemos desafiarnos a ir más allá de las formas de alabanza que siempre hemos usado.

Esto no significa que nuestra alabanza deba ser ostentosa por el simple hecho de ostentar. Todo lo contrario. Nuestra alabanza debe ser genuina y auténtica, y surgir de nuestra relación con Dios. Por lo tanto, nuestra alabanza solo puede reflejar lo que realmente llevamos dentro. Si no tenemos pasión por Dios en nuestro corazón, no debería sorprendernos que nuestra alabanza carezca de pasión.

La alabanza proviene de nuestra relación con Dios.

La ausencia o presencia de pasión por Dios dentro de nosotros se hace evidente naturalmente en nuestras expresiones de amor, adoración y aprecio.

Por otro lado, a algunos nos puede resultar difícil cierta forma de alabanza porque preferimos entretenernos en lugar de alabarnos nosotros mismos. Nos encanta ir a conciertos llenos de energía y entusiasmo, pero nos resistimos a mostrar esa misma intensidad en nuestra alabanza un domingo por la mañana.

La alabanza requiere esfuerzo de nuestra parte. No es algo que otra persona pueda hacer por nosotros. Sí, un líder de alabanza puede hacer sugerencias que nos lleven a la alabanza, pero debemos decidir por nosotros mismos si vamos a alabar a Dios o no.

Algunas personas también se sienten incómodas durante los momentos de alabanza porque creen que son demasiado dignas para celebrar a Dios con desenfreno. Recuerdo un día, después de los servicios, cuando una de nuestras miembros sostenía a la hija de uno de nuestros pastores. Se conformó con quedarse con esta persona hasta que vio a su papá. Entonces empezó a patear y a alejarse hasta que la mujer que la sostenía ya no pudo más. Por lo tanto, puso a la niña en el suelo y la vio correr.

La gente hablaba y caminaba por todas partes, pero a esta niñita no le importaba quién más estuviera en la habitación. Había visto a su papá, y él era su única preocupación. Tampoco le preocupaba que su vestido estuviera al aire y que se le viera la ropa interior.

Ese abandono es lo que el Señor quiere de nosotros. A menudo nos cohibimos porque no somos conscientes de Dios. Sí, puede que nos sintamos mal, o que parezca que las cosas en nuestra vida se desmoronan, pero es precisamente entonces cuando necesitamos acudir a nuestro Padre. Él es el único que puede sanarnos y reconstruirnos. Sintamos ganas o no, debemos alabarlos.

Quiero asegurarme de que entiendas lo que acabo de decir. Tú *necesidad* para alabar a Dios y a *necesidad* Hazlo con todo tu ser. Tu necesidad es más crucial que tu comodidad. Cuando renuncias a tu voluntad y alabas a Dios como Su Espíritu te guía, descubrirás que Su presencia es el único lugar donde deseas estar. También es el único lugar donde puedes encontrar todo lo que realmente necesitas.

Pregúntale a cualquier persona que conozcas que sea un alabador. Pronto te dirá que Dios llena a quienes tienen hambre de Él y da justicia a quienes la buscan. (Véase Mateo 5:6).

Formas bíblicas de alabanza

Toda forma de alabanza contenida en las Escrituras es una expresión que la Iglesia en su conjunto, y nosotros como miembros individuales, debemos usar. Sé que algunas denominaciones, congregaciones y pastores prefieren elegir qué expresiones de alabanza bíblica usar, pero esta ciertamente no es la intención de Dios. Nuestra comodidad o la popularidad de una forma particular de alabanza no cambia el hecho de que es un mandato bíblico y se enseña con el ejemplo.

Cantando

Canten al Señor, sus santos; alaben su santo nombre (Salmo 30:4). Canten con alegría a Dios, nuestra fortaleza; aclamen con júbilo al Dios de Jacob (Salmo 81:1).

Venid, cantemos con gozo al Señor; aclamemos con júbilo a la Roca de nuestra salvación (Salmo 95:1).

Hablen entre ustedes con salmos, himnos y cánticos espirituales. Canten y canten música en su corazón para el Señor.

(Efesios 5:19).

Que la palabra de Cristo more en abundancia en vosotros: enseñaos y exhortaos unos a otros con toda sabiduría, cantando con gratitud en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales (Colosenses 3:16).

El canto es sin duda la forma más común de alabanza que se practica hoy en día. En las Escrituras, el canto formaba parte tanto del culto privado como del público, así como...

de celebraciones tras una victoria obtenida por Dios. Ejemplos de estas celebraciones incluyen el cántico de Moisés tras el ahogamiento del ejército del Faraón (véase Éxodo 15), el cántico de las mujeres israelitas tras la muerte de David por Goliath (véase 1 Samuel 18:6) y el cántico de David después de que Dios lo libró de la mano de Saúl (véase 2 Samuel 22).

Gritos

Griten de alegría y gozo los que se deleitan en mi vindicación; digan siempre: «Sea exaltado el Señor, que se deleita en el bienestar de su siervo» (Salmo 35:27).

Cantad con alegría al Señor, toda la tierra; prorrumpid en cánticos de júbilo y de júbilo (Salmo 98:4).

Gritar es una forma de alabanza menos común hoy en día que cantar. Sin embargo, cantar y gritar se ordenan juntos en las Escrituras, y cualquiera de las dos palabras puede traducir el mismo verbo hebreo *ranán*. Por lo tanto, los gritos y los cánticos fuertes deben acompañar nuestra alabanza. Juntos expresan alegría y júbilo, como se observa tras la consagración de Aarón y sus hijos, cuando el fuego descendió de la presencia de Dios y consumió los sacrificios (véase Levítico 9:24). El regocijo del pueblo se describe como gritos.

Haciendo un ruido alegre (para que pueda ser escuchado)

Alabad, oh pueblos, a nuestro Dios; sea oída la voz de su alabanza (Salmo 66:8).

Cantad con júbilo al Señor, toda la tierra; cantad con júbilo, y cantad alabanzas. Cantad al Señor con el arpa; con el arpa y al son de un salmo. Con trompetas y son de corneta, cantad con júbilo delante del Señor, el Rey (Salmo 98:4-6).

Hay lugar para la celebración triunfal y la adoración ruidosa. Dios no está nervioso, así que podemos hacer ruido. De hecho, evidentemente lo disfruta, pues la Biblia incluye mandatos para que hagamos un ruido alegre ante Él. Este ruido alegre puede ser canto, gritos o alguna otra forma audible de alabanza.

Risa

Cuando el Señor trajo de vuelta a los cautivos a Sión, éramos como hombres que soñaban. Nuestras bocas se llenaron de risa, nuestras lenguas de cánticos de alegría. Entonces se dijo entre las naciones: «Grandes cosas ha hecho el Señor con ellos». El Señor ha hecho grandes cosas con nosotros, y estamos llenos de alegría (Salmo 126:1-3).

Aún llenará tu boca de risa, y tus labios de gritos de alegría (Job 8:21).

Esta forma de alabanza rara vez se usa hoy en día e incluso algunas personas la ven con recelo. Sin embargo, la Biblia nos dice que nos regocijemos con risa. El Salmo 126, en particular, describe una hermosa imagen de risa de alegría por la bondad de Dios al rescatar a su pueblo del exilio. Es una expresión de puro gozo y asombro tras una época difícil. Lo mismo parece ocurrir en Job, donde el gozo y la risa también se usan de forma paralela.

Acción de gracias

Con alabanzas y acciones de gracias cantaron al Señor:

“Él es bueno; para siempre es su misericordia con Israel” (Esdras 3:11a).

Alabaré el nombre de Dios con cánticos, y le glorificaré con acción de gracias (Salmo 69:30).

Entrad por sus puertas con acción de gracias, por sus atrios con alabanza; dadle gracias, y alabad su nombre (Salmo 100:4).

Hablen entre ustedes con salmos, himnos y cánticos espirituales. Canten y alaben al Señor en su corazón, dando siempre gracias a Dios Padre por todo, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo (Efesios 5:19-20).

La acción de gracias y la alabanza se utilizan a menudo en construcciones paralelas en las Escrituras, como se evidencia en los versículos citados anteriormente. En particular, parecen estar emparejadas en el culto público. El libro de Nehemías, donde se establece que los sacerdotes debían colocarse uno frente al otro y realizar una forma antifonal de alabanza y acción de gracias (véase Nehemías 12:24), ofrece un ejemplo de ello. Esdras 3:11, Salmo 69 y Efesios 5:19-20 también parecen indicar que la acción de gracias incluía el canto.

De pie

En aquel tiempo el Señor apartó a la tribu de Leví para llevar el arca del pacto del Señor, para estar delante del Señor para ministrar y pronunciar bendiciones en Su nombre, como lo hacen todavía hoy (Deuteronomio 10:8).

También debían ponerse de pie cada mañana para dar gracias y alabar al Señor. Debían hacer lo mismo al anochecer (1 Crónicas 23:30).

Y los levitas... dijeron: «Levántate y alaba al Señor tu Dios, que es desde el siglo y hasta el siglo.» «Bendito sea tu glorioso nombre, y sea exaltado sobre toda bendición y alabanza» (Nehemías 9:5).

Mirad, bendecid a Jehová, todos los siervos de Jehová, los que estáis de noche en la casa de Jehová. (Salmos 134:1 RVR1960)

Estar de pie es una forma de alabanza un poco más común que otras, pero necesitamos aumentar el tiempo que pasamos de pie ante el Señor en adoración. A veces, después de estar de pie un rato, nos sentimos cohibidos y pensamos que nos estamos cansando. Aun así, debemos permanecer de pie, porque estar de pie es un acto de honor. Nos ponemos de pie en adoración porque demostramos nuestro respeto a Dios.

De rodillas

Venid, postrémonos y adorémonos; arrodillémonos ante el Señor nuestro Hacedor (Salmo 95:6).

Por esta causa me arrodillo ante el Padre (Efesios 3:14).

Para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre (Filipenses 2:10-11).

Arrodillarse es una forma de humildad y honor en nuestra alabanza y adoración. Demuestra nuestro reconocimiento de que Dios es el Señor y que somos su pueblo. Algunas personas aún se arrodillan para orar, pero en muchas denominaciones y congregaciones, arrodillarse ya no se practica. Restablecer el arrodillamiento en nuestros servicios de adoración contribuiría enormemente a restaurar el sentido de reverencia que a veces nos falta.

Aplaudiendo

Batid palmas, naciones todas; aclamad a Dios con gritos de alegría (Salmo 47:1).

Batan palmas los ríos, canten a una los montes con júbilo (Salmo 98:8).

Saldréis con alegría, y seréis vueltos en paz; los montes y los collados prorrumpirán en cánticos delante de vosotros, y todos los árboles del campo darán palmadas (Isaías 55:12).

Aplaudir es una muestra de aprobación y aprecio. Sin embargo, muchas iglesias no animan a la gente a aplaudir al Señor. Quienes omiten aplaudir en sus alabanzas se perjudican a sí mismos, porque Dios es quien determina cómo debemos alabarle.

Además, aplaudir tiene beneficios que no comprendemos del todo. Estudios realizados en Japón durante los últimos mil años han demostrado que nuestras manos y pies contienen nervios que se conectan a todos los órganos de nuestro cuerpo. Al caminar, estimulamos todos nuestros órganos y les damos vida.

Lo mismo ocurre con nuestras manos. Quizás por eso Dios nos manda alabarle aplaudiendo. Él sabe que al aplaudir, los nervios de las palmas...

Y los dedos estimulan todo nuestro cuerpo, dándonos vida. Por eso, cuando Dios dice: «Baten las palmas», en realidad está diciendo: «Reciban vida». Qué típico de nuestro Dios darnos mandamientos de alabanza que no solo lo honran, sino que también nos benefician de maneras que van más allá de las bendiciones de la obediencia.

Si no me crees, prueba esto alguna vez. Cuando tengas sueño al mediodía o te cueste levantarte por la mañana, empieza a aplaudir. Sentirás que todo tu cuerpo se despierta y vuelve a funcionar.

Baile

Alaben su nombre con danzas, y canten alabanzas a él con pandero y arpa (Salmo 149:3).

Alabadle con pandero y danza; alabadle con cuerdas y flautas (Salmo 150:4).

El Señor tu Dios está contigo; es poderoso para salvar. Se deleitará en ti, te apaciguará con su amor, se regocijará por ti con cánticos (Sofonías 3:17).

Pocas congregaciones usan la danza en la adoración, y algunas personas incluso la desaprovechan, pero bailar ante el Señor es bíblico. De hecho, el Salmo 149:3 nos exhorta específicamente a permitir que la gente lo alabe con danza. A veces, esta es la única forma de alabanza que puede expresar adecuadamente el intenso gozo y anhelo que brota en nuestro interior. Sabemos que debemos movernos físicamente para liberar nuestro amor y devoción al Señor.

Ciertamente, bailar debe realizarse con decoro y orden. Sin embargo, debemos tener cuidado de no limitar dicha expresión por no creer en ella o no comprenderla. Bailar es una parte aceptable y esencial de nuestra adoración.

A veces, nuestro baile puede incluso volverse bullicioso al saltar y mostrar gran alegría. Esto sin duda fue cierto para Miriam y las otras mujeres en Éxodo 15, quienes celebraron la victoria de Dios con pandero y danza. También fue cierto para Jesús cuando los discípulos que Él había enviado de dos en dos regresaron contando todo lo que habían visto y hecho. Lucas 10:21 (RVR1960) dice que Jesús "se regocijó en espíritu". La palabra griega que se traduce aquí...*alegrarse* significa "saltar de alegría" (Strong's, G21). De manera similar, la palabra *chica* (Strong's, H1523), usado en Sofonías para hablar del regocijo de Dios por nosotros, significa "girar bajo la influencia de una emoción violenta, es decir, usualmente regocijarse".

Me pregunto con qué frecuencia el Señor danza en el Espíritu, mientras nosotros permanecemos inmóviles. Él se divierte mucho, pero nos observa y se pregunta por qué no danzamos también. Si el gozo del Señor está verdaderamente en nuestro corazón, a veces...

¡Aparece en nuestros pies!

Manos levantadas

Te alabaré mientras viva, y en tu nombre alzaré mis manos (Salmo 63:4).

Alzad vuestras manos al santuario y alabad al Señor (Salmo 134:2). Quiero que los hombres de todo el mundo alcen manos santas en oración, sin ira ni contienda (1 Timoteo 2:8).

Muchos cantamos sobre alabar a Dios con las manos alzadas, pero rara vez lo hacemos. Sin embargo, aquí vemos que se nos manda levantar las manos en el santuario de Dios. El santuario es donde venimos a adorar. Es la morada santa de Dios. Por lo tanto, si Dios nos dice que levantemos manos santas, más nos vale hacerlo. Si no obedecemos este mandato del Señor, no podemos esperar que cumpla sus promesas, ya que Él es santo y no puede mentir. Nuestra obediencia es lo que abre las manos de Dios para darnos lo que ha prometido.

Por lo tanto, nuestra alabanza debe cumplir con los requisitos de Dios en todo momento. No podemos elegir cuándo ni dónde alzaremos las manos ni realizaremos ninguna de las otras formas de alabanza. La obediencia requiere que sigamos la guía del Espíritu de Dios dondequiera que estemos y cuando Él nos impulse a alabar.

Esto es la obediencia. Es ir en contra de nuestra propia voluntad para cumplir la voluntad de otro; es someter nuestros deseos a los de otra persona. En esencia, nos oponemos a nuestros propios deseos para poder someternos a los de otro. Alabar con las manos en alto es, por lo tanto, una cuestión de obediencia, no de preferencia personal.

Hablar y cantar en lenguas

Porque los oían hablar en lenguas y alabar a Dios (Hechos 10:46a).

Porque el que habla en lenguas no habla a los hombres, sino a Dios. De hecho, nadie lo entiende; habla misterios con su espíritu (1 Corintios 14:2).

Entonces, ¿qué haré? Oraré con mi espíritu, pero también con mi mente; cantaré con mi espíritu, pero también con mi mente (1 Corintios 14:15).

Hablar en lenguas es parte natural de la alabanza. Es hablar con Dios en el espíritu. Sin embargo, debemos entender que hay dos clases de lenguas. La primera se da a un miembro de la congregación durante el servicio de adoración para la instrucción y edificación del Cuerpo. Debe ser escuchada por el resto de la congregación y debe ir seguida del don de interpretación.

Que se recibe mediante la expresión profética. El segundo tipo de lenguas, que forma parte de nuestra alabanza y oración individual, se habla a Dios en público o en privado para fortalecer la fe del creyente. Estas lenguas, un don personal del Señor a su hijo amado, también pueden usarse en la adoración.

Por lo tanto, quienes no están bautizados en el Espíritu Santo se pierden una parte importante de la alabanza y la oración. En esencia, el Espíritu asiste al pueblo de Dios en la alabanza y la adoración mediante las lenguas.

Haciendo música con instrumentos

David y toda la casa de Israel estaban de fiesta con todas sus fuerzas delante de Jehová, con cánticos, salterios, arpas, panderos, sistros y címbalos (2 Samuel 6:5).

Alabad al Señor. Alabad a Dios en su santuario; alabadlo en sus imponentes cielos. Alabadlo por sus proezas; alabadlo por su inmensa grandeza. Alabadlo con son de trompeta, alabadlo con arpa y lira, alabadlo con pandereta y danzas, alabadlo con cuerdas y flautas, alabadlo con sonar de címbalos, alabadlo con címbalos resonantes. Que todo ser viviente alabe al Señor. Alabad al Señor (Salmo 150).

El Salmo 150 en su totalidad nos exhorta a alabar al Señor, y los instrumentos son una parte importante de esta alabanza. Sin embargo, los instrumentos no deben acaparar el tiempo de alabanza y adoración. Esta no es la intención de Dios. La alabanza mediante instrumentos musicales no debe ofrecerse hasta después de haber ofrecido nuestro sacrificio de acción de gracias y alzado nuestra voz en alabanza.

Cómo alabamos depende de qué tan bien conocemos a quien alabamos

Las características de nuestra alabanza al Señor dependen de la profundidad de nuestra relación con Él. Si hemos forjado una amistad íntima y duradera con Él y nos hemos convertido en alabadores perspicaces, podemos esperar que todas estas formas de alabanza formen parte de nuestra experiencia. Si aún no lo hacemos, podemos empezar por donde estamos y pedirle a Dios que nos guíe hacia las formas menos comunes. Quienes sinceramente deseen obedecerlo en la alabanza encontrarán que Él pronto responde a sus oraciones.

En verdad, cuanto más nos abandonamos a la obra y guía del Espíritu de Dios dentro de nosotros, más emulamos la alabanza que se describe en las Escrituras.

La alabanza revela en el exterior lo que sucede en el interior.

¿Y por qué no deberíamos hacerlo, si la alabanza nos lleva al verdadero hogar de nuestro corazón? Allí, cuando la presencia de Dios nos acompaña, descubrimos las profundidades de la alegría y el asombro reservadas para quienes se entregan por completo a la alabanza de Dios. Nuestra alabanza ya no se rige por tradiciones ni zonas de confort. En cambio, descubrimos que...*necesidad* Dios nos ha dado toda forma de adoración, porque ninguna forma ni expresión puede revelar adecuadamente el amor, la adoración y la fe que sentimos en nuestro interior. La verdadera alabanza manifiesta de manera visible nuestro deleite y asombro por habernos elegido para ser sus hijos e incluso ahora acercarnos a él.

◆ PRINCIPIOS ◆

1. El elogio adopta muchas formas, pero siempre debe ser visible o audible.
2. No podemos elegir qué formas de elogio queremos usar. Necesitamos... alabar a Dios con todo nuestro ser.
3. Nadie puede alabar a Dios por nosotros.
4. Las formas bíblicas de alabanza incluyen:
 - Cantando
 - Gritando
 - Hacer un ruido alegre
 - Risa
 - Acción de Gracias
 - De pie
 - De rodillas
 - Aplaudir
 - Baile
 - Manos levantadas
 - Hablar y cantar en lenguas
 - Hacer música con instrumentos

Capítulo 8

¿Por qué debemos alabar a Dios?

La alabanza trae a Dios a tu entorno.

¿Por qué debes alabar a Dios? Esta es una buena pregunta. ¿Tiene Dios un problema de ego que le hace necesitar que le digas lo bueno o grandioso que es? ¿Tiene Dios ataques de depresión que le hacen necesitar que lo animes de vez en cuando? ¿Tiene Dios un problema emocional que le hace anhelar tu alabanza y atención?

Dios no necesita tu alabanza

¡No! Dios no necesita tu alabanza. Él es el mismo ayer, hoy y por los siglos (ver Hebreos 13:8). No le conmueve lo que dices ni lo que haces.

Solía pensar que conmovía a Dios cuando lo alababa. Por eso, lo alababa en voz alta y con instrumentos potentes. Pensaba que si lo alababa en voz alta, respondería rápidamente. Sin embargo, descubrí que Dios no se conmueve por mí. Él es el mismo, lo alabe o no. No es emocionalmente inestable, por lo que mi alabanza no cambia lo que siente por sí mismo. — o sobre mí.

Si Dios se conmoviera por mi alabanza, o por mi falta de ella, yo podría determinar qué clase de día tiene Dios. ¡Qué absurdo! Si esto fuera cierto, Él no sería, de hecho, no podría ser, el Dios fiel e inmutable que es. En cambio, la calidad de su día dependería de la calidad de mi alabanza.

Dios es el mismo ya sea que lo alabes o no.

¿Por qué, entonces, si mi alabanza no conmueve ni cambia a Dios, a veces el cambio se produce gracias a ella? ¿A quién afecta la alabanza?

La alabanza te afecta

Dios es el mismo siempre, pero tú no. Por eso necesitas la estabilidad de la presencia inmutable de Dios para mantener tu mundo en equilibrio. Necesitas a alguien que sea, y siempre será, el mismo, todos los días, todo el día.

Nuestros días tienen altibajos, a veces más altos, a veces más bajos. Esto nunca aplica a Dios. Sus días siempre son buenos. Él está ahí todo el tiempo con la misma actitud, la misma perspectiva y las mismas habilidades. Por lo tanto, su presencia en tu día es muy importante.

Cuando Él está contigo es porque has creado una atmósfera en la que

Él puede morar, tu día es un día de Su creación sin importar lo que traiga consigo, de ahí el dicho común: “Señor, ayúdame a recordar que no hay nada en este día que Tú y yo no podamos manejar juntos”. En otras palabras, Dios hace tu día cuando se lo entregas al principio a través de la alabanza.

Así que, si te acaban de despedir, di: «Dios, alégrame el día» e invítalo a acercarse a ti mediante la alabanza. Así, Él puede convertir tu despido en una contratación. De igual manera, si te despiertas sintiéndote mal, di: «Dios, alégrame el día» y alábalo a pesar de tu enfermedad. Esto le da la oportunidad de entrar en tu entorno, donde puede tocarte y sanarte.

En esencia, pase lo que pase en tu vida, si invitas a Dios a tu día a través de la alabanza, Él llenará tu vida de sí mismo. Entonces, las palabras «alegra mi día» se convierten en algo más que un simple dicho. Se hacen realidad cuando Dios toma los hilos de tu vida y teje su tapiz. Por eso el apóstol Pablo pudo decir:

La alabanza invita a Dios a “alegrar tu día”.

Y sabemos que en todas las cosas Dios trabaja para el bien de aquellos que lo aman, quienes han sido llamados de acuerdo a su propósito (Romanos 8:28).

Cuando los planes y propósitos de Dios se cumplen en tu vida, cada día y todos los días se vuelven buenos.

La alabanza pone a Dios a trabajar

La alabanza también invita a Dios a hacer más cosas buenas por ti. De hecho, disfruta mostrándonos que es aún más grande de lo que imaginábamos y mucho más capaz de lo que hemos visto.

A Aquel que es poderoso para hacer muchísimo más de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a Él sea la gloria en la iglesia y en Cristo Jesús por todas las generaciones, por los siglos de los siglos. Amén (Efesios 3:20-21).

Me pregunto, por lo tanto, cómo sería nuestra vida si atrajeramos constantemente a Dios mediante la alabanza. ¿Cómo serían nuestras familias, nuestros vecindarios y nuestras naciones? ¿Se quedarían sin trabajo los consejeros y trabajadores sociales? ¿Estarían vacíos los bares y clubes de nuestra ciudad y llenas nuestras iglesias? ¿Se convertirían el divorcio, el aborto y el abuso infantil en azotes del pasado? ¿Habría viviendas dignas para todos y sería seguro caminar por las calles de nuestras ciudades de noche?

Tales escenarios pueden parecer imposibles, pero Dios se especializa en lo imposible. Nadie sabe qué es posible cuando Él llega y se lleva...

encima.

Josafat, rey de Judá, evidentemente lo sabía. Ante la amenaza de un ejército inmenso que lo aterrorizaba, Josafat acudió a Dios en busca de ayuda. Proclamó un ayuno, convocó al pueblo y celebró una sesión de alabanza frente al Templo.

Dios se especializa en lo imposible.

Entonces Josafat se puso de pie ante la asamblea de Judá y Jerusalén, en el templo del Señor, frente al atrio nuevo, y dijo: «Oh Señor, Dios de nuestros padres, ¿no eres tú el Dios que está en los cielos? Tú gobiernas sobre todos los reinos de las naciones. El poder y la fuerza están en tu mano, y nadie puede resistirte» (2 Crónicas 20:5-6).

¿Ves lo que hizo el rey? Se jactó de Dios. Proclamó que el poder y la fuerza están en manos de Dios, no del hombre. Demostró su fe en que nadie puede oponerse a Dios. Luego le recordó lo que ya había hecho por su pueblo y confirmó su fe en que Dios estaba a la altura.

Oh Dios nuestro, ¿no los juzgarás? Porque no tenemos fuerzas para enfrentar a este inmenso ejército que nos ataca. No sabemos qué hacer, pero nuestros ojos están puestos en ti (2 Crónicas 20:12).

Dinos qué hacer, Dios. No haremos nada hasta que nos digas qué debemos hacer. Solo te esperamos aquí porque eres nuestro Dios y confiamos en ti.

Alabanza, esperanza y obediencia. Esta fue la respuesta de Josafat ante la amenaza de guerra. Esta debería ser también tu respuesta ante la adversidad, porque la alabanza es el secreto del poder de Dios.

Sé que algunos de ustedes tienen poco tiempo para estas cosas espirituales porque sus necesidades son prácticas. De hecho, he escuchado a gente decir: «Sí, agradezco todos tus elogios y otras cosas de las que hablas, pero seamos prácticos. Seamos razonables. Todo esto espiritual no va a pagar mi hipoteca ni va a hacer que mi jefe deje de molestarme ni que mis hijos dejen de juntarse con la gente equivocada ni que mi pareja deje de andar por ahí. Estoy lidiando con problemas reales y necesito respuestas reales».

Tienes toda la razón. Estás lidiando con problemas reales, problemas tan amenazantes como el ejército que pronto estaría a las puertas de Judá. Así que quizás sea mejor que los abordes como Josafat trató con los moabitas y los amonitas:

Temprano por la mañana partieron hacia el desierto de Tecoa.

Mientras ellos se ponían en camino, Josafat se puso de pie y dijo: «Escúchenme, Judá y

¡Pueblo de Jerusalén! Confíen en el Señor su Dios y serán salvos; confíen en sus profetas y tendrán éxito». Tras consultar al pueblo, Josafat designó hombres para cantar al Señor y alabarlo por el esplendor de su santidad mientras salían al frente del ejército, diciendo: «Den gracias al Señor, porque para siempre es su amor» (2 Crónicas 20:20-21).

¿Qué hizo Josafat? Mientras guiaba a su pueblo a la batalla, dijo: «Cantemos. Quiero que agradezcan a Dios su fidelidad y celebren su amor. Díganle cuán hermosa es su santidad».

Puede que parezca una respuesta irrazonable, pero veamos cómo funcionó.

Mientras comenzaban a cantar y alabar, el Señor preparó emboscadas contra los hombres que invadían Judá, y fueron derrotados. Los amonitas y moabitas se alzaron contra los del monte Seir para destruirlos y aniquilarlos. Tras masacrar a los seiritas, se ayudaron mutuamente a destruirse. Cuando los hombres de Judá llegaron al lugar que domina el desierto y observaron el inmenso ejército, solo vieron cadáveres tendidos en el suelo; nadie había escapado (2 Crónicas 20:22-24).

¡Guau! Ningún hombre del ejército atacante escapó a la vindicación de Dios.

Para comprender lo especial de la victoria de Judá, es necesario comprender el significado de su alabanza. Aquellos cantores al frente del ejército no solo celebraban una alabanza informal. Se tomaban en serio su alabanza porque apelaban a la integridad de Dios. A esto se refiere «la gloria de la santidad de Dios» (v. 21). Su santidad significa que Él no puede hacer nada más que lo que ha prometido. Por lo tanto, los hombres al frente del ejército alababan a Dios como si el ejército que los atacaba ya estuviera muerto. Se regocijaban en la fidelidad de Dios antes de que Él fuera fiel. ¿Por qué podían hacer esto? Creían que Aquel que había hecho la promesa cumpliría exactamente lo que había dicho:

No tendrán que librar esta batalla. Tomen posiciones; manténganse firmes y vean la liberación que el Señor les dará, oh Judá y Jerusalén. No teman ni se desanimen. Salgan a enfrentarlos mañana, y el Señor estará con ustedes (2 Crónicas 20:17).

La persona promedio habría huido de ese ejército que se acercaba. Habría buscado alguna manera de escapar de la destrucción venidera. Esto no fue lo que hizo Josafat. Sus palabras a su pueblo muestran cuán diferente era su...

La respuesta fue:

Escúchenme, Judá y habitantes de Jerusalén. Confíen en el Señor su Dios y serán salvos; confíen en sus profetas y tendrán éxito (2 Crónicas 20:20b).

Un cántico de fe en la noche es la forma más alta de alabanza. Demuestra que crees en la palabra de Dios y confías en que la cumplirá. Lo atraes mediante la alabanza porque tu alabanza demuestra que tienes fe.

Y sin fe es imposible agradar a Dios, porque es necesario que el que se acerca a él crea que le hay, y que recompensa a los que le buscan (Hebreos 11:6).

La fe agrada a Dios. Por eso, cuando la excavadora se acerca a ti y empiezas a alabarlo, Dios dice: «Te libraré de las manos de este enemigo». Él empieza a obrar por ti porque le agrada tu alabanza y la fe que la posibilita.

La alabanza encarna nuestra fe

La alabanza firmemente arraigada en la fe abre la puerta para que Dios obre por ti, en ti y a través de ti. Le permite encargarse de todo lo que tú no puedes hacer en tu vida. Esto fue ciertamente cierto en el caso de un leproso a quien Jesús sanó. El Evangelio de Lucas nos cuenta que diez leprosos suplicaron a Jesús misericordia, pero solo uno regresó para agradecerle (ver Lc. 17:17-19). La alabanza también siguió a la fe del mendigo ciego que le dijo a Jesús que quería ver (Lc. 18:35-43).

Entonces, ¿qué estás esperando? Tú *necesidad* Alabar a Dios en medio de tus problemas, y debes hacerlo ahora. Tu alabanza es lo que atrae a Dios hacia ti. Es lo que te lleva a su presencia.

- Alábalo porque crees en Él y quieres agradarle.
 - Alábalo porque quieres honrarlo y obedecerlo.
 - Alábalo porque sabes que no puedes vivir separado de Él.
 - Alábalo porque lo necesitas cada hora de cada día para ser verdaderamente humano.
 - Alábalo porque hay circunstancias, eventos y relaciones en tu vida que no sabes cómo manejar.
 - Alábalo porque te ha hecho promesas que aún no se han cumplido.
 - Alábalo porque estás seguro de que Él será fiel en cumplir todo lo que Él te ha encomendado.
- te ha hablado.

- Alábalo porque hay poder en la alabanza y quieres aprovechar cada un poco de ese poder.

- Alábalo porque su objetivo final es que te deleites en su presencia y comer en su mesa para siempre (ver Sal. 23).

La alabanza es tu privilegio y responsabilidad dados por Dios.

Finalmente, si estas no son suficientes razones por las cuales debes alabar a tu Dios, alábalo simplemente porque Su presencia es más importante para ti que cualquier cosa que te impida alabarlo.

◆ PRINCIPIOS ◆

1. Dios no necesita tu alabanza.
2. Tu alabanza no lo cambia ni lo afecta.
3. Tus elogios te cambian y te afectan.
4. La alabanza trae a Dios a tu día para que Él pueda manejar cualquier cosa que venga.

A tu manera.

5. La alabanza convierte las imposibilidades en victorias.
6. La alabanza basada en la fe agradece a Dios por lo que hará, antes de que lo haga.

él.

Capítulo 9

La progresión de la alabanza

La alabanza te lleva a la colina del Señor.

De niño, David, pastoreando las ovejas de su padre, pasaba muchas horas tocando el arpa y cantando al Señor. Esto, evidentemente, infundió en él un amor tanto por Dios como por la música. El Libro de los Salmos, el libro más extenso de la Biblia, registra muchos de estos cánticos y oraciones que brotaban del corazón de David. Su capacidad para alabar a Dios es, sin duda, la razón principal por la que Israel disfrutó de una prosperidad y seguridad durante sus años como rey, sin igual en el resto de la historia de Israel. David sabía cómo acercarse a Dios, y su presencia marcó una gran diferencia en su vida.

Dios también nos ayuda cuando está cerca. Lamentablemente, su presencia manifiesta a menudo está ausente en nuestras iglesias. Venimos a edificios hermosos, pero no vemos poder porque el Espíritu de Dios no está activo entre nosotros. Esto se debe en gran parte a que no sabemos cómo atraerlo. No sabemos cómo construir un trono donde Dios pueda sentarse en medio de su pueblo. Aunque cantemos, bailemos, aplaudamos y realicemos todas las formas y movimientos que caracterizan la alabanza, nunca experimentamos la asombrosa realidad de ver la presencia de Dios manifestada entre su pueblo.

¿Por qué? ¿Acaso Dios se resiste a venir a nosotros? ¿Acaso quien creó al hombre para tener una familia preferiría estar separado de sus hijos? ¡Claro que no! La razón de la ausencia de Dios no es, sin duda, un desinterés por su parte. Un desinterés por nuestra parte es mucho más probable, o al menos un interés limitado o efímero porque no entendemos qué desea de nuestra alabanza.

La alabanza que llega a Dios nos lleva más allá de la rutina, pero en realidad sigue un patrón o una progresión, por así decirlo. Este patrón se observa en siete palabras hebreas que se usan en el Antiguo Testamento para describir la alabanza. Estas siete palabras ciertamente no son las únicas que se usan para ordenar y ejemplificar la alabanza, pero revelan la esencia de lo que implica la alabanza que atrae a Dios. La primera de estas dimensiones o retratos, como los llamaremos, es *Hoy*.

Las siete dimensiones o retratos de la alabanza

Todah (Towdah)

Todah (Strong's, H8426; Vine's, "To Praise"), la primera dimensión de

La alabanza aparece 30 veces en el Antiguo Testamento. Es probablemente la dimensión más desafiante, ya que es totalmente un acto de la voluntad. Literalmente, significa "una extensión de la mano". *hoyes* una forma nominal basada en la raíz primitiva *Yah*.

En hebreo moderno *hoy* Se conserva como la palabra regular para "gracias". En la Biblia, se usa en canciones de adoración y se traduce como "alabanza" (véase Sal. 42:4; 50:23; 56:12), "acción de gracias" (véase Sal. 26:7; 50:14; 69:30; Is. 51:3) y "dar gracias" (véase Neh. 12:27-38), con un énfasis particular en el concepto de ofrecer alabanza o acción de gracias como sacrificio a Dios (véase Sal. 50:14,23; 56:12; 107:22; 116:17; Jer. 17:26; 33:11; Amós 4:5). Este concepto de dar una ofrenda o sacrificio a Dios también se ve en que *hoyes* la palabra usada para referirse a las ofrendas de acción de gracias presentadas en el Tabernáculo (ver Lev. 7:12-15; 2 Cr. 29:31; 33:16; Salmo 50:14,23; 56:12). *Todah* También puede significar "hacer confesión" a Dios acerca del pecado (véase Josué 7:19; Esdras 10:11).

De este modo, *hoy* Es el resultado de una elección consciente que nos lleva más allá de nuestros sentimientos y preferencias. Nos impulsa a alabar a Dios sin importar lo que suceda en nuestra vida y sin importar cuán incómodos nos sintamos con las formas de alabanza a las que el Espíritu Santo nos guía. En otras palabras, *hoyes* nuestro sacrificio, nuestra ofrenda, que le dice a Dios que lo queremos y estamos dispuestos a hacer un esfuerzo para estar con Él.

Yadah

Yadah (Strong's, H3034; Vine's, "Confesar" y "Alabar"), la segunda dimensión de la alabanza, no es sorprendente que tenga algunos de los mismos significados que *Hoy*. Literalmente, *yadah* Significa usar o extender la mano, o lanzar físicamente una piedra o una flecha hacia algo o lejos de él (véase Lamentaciones 3:53; Jeremías 50:14). En las Escrituras, se refiere principalmente a extender las manos en reverencia o adoración. Por lo tanto, *yadah* Es la dimensión de la alabanza donde comienzas a tomar control sobre tu cuerpo y tu mente.

Utilizado por primera vez en la historia del nacimiento de Judá, *yadah* Se usa principalmente en el Libro de los Salmos. Se traduce como "alabar" (véase Génesis 29:35; Salmo 7:17; 9:1), "dar gracias" (véase 2 Samuel 22:50; 1 Crónicas 25:3; Salmo 18:49), "dar gracias" (véase 1 Crónicas 16:4; 23:30) y "acción de gracias" (véase Nehemías 11:17). Su significado se superpone con el de otras palabras hebreas para alabanza, incluyendo *halal*, *yadah* Se encuentra en las Escrituras principalmente en contextos de rituales públicos y de adoración, particularmente cuando el grupo de adoradores renueva su relación con Dios. A menudo, esto ocurre en el contexto de recitar o celebrar las obras de Dios.

salvación y en glorificar su nombre. Rara vez *yadah* utilizado en el contexto del culto individual.

No es sorprendente que esta alabanza en el culto público también vaya acompañada del reconocimiento por parte del hombre de su indignidad para recibir todos los beneficios de Dios. Por lo tanto, *yadah*, como *hoy*, puede tener el significado de confesar un pecado. Por ello, se traduce como «confesar» o «confesar» unas veinte veces en el Antiguo Testamento (véanse Levítico 5:5; 16:21; Números 5:7; Esdras 10:1; Salmo 32:5; Proverbios 28:13).

Halal

Halal (La tercera dimensión de la alabanza (Strong's, H1984; Vine's, "To Praise") se deriva de una raíz primitiva que significa, entre otras cosas, "ser claro", "brillar", "hacer un espectáculo", "jactarse", "ser (clamorosamente) tonto", "delirar".

En las Escrituras, además de "alabanza", *halal* se traduce como "elogiar" (ver Génesis 12:15 RV; Proverbios 12:8 RV), "jactarse" (ver 1 Reyes 20:11; Salmos 10:3; 34:2; 97:7), "celebrar" (ver Isaías 38:18 RV), "gloriarse" (ver 1 Crónicas 16:10; Salmos 105:3; Isaías 41:16), "exultarse" (ver Isaías 45:25), "cantar alabanzas" (ver 2 Crónicas 23:13) y "brillar" (ver Job 31:26 RV; 41:18 RV). Dado que *halal* también se traduce como "insensato" (véase 1 Sam. 21:13), o "necios" y "insensato" (véase Job 12:17; Sal. 5:5; 73:3; Ecl. 2:2), sugiere una sensación de necedad o abandono en la alabanza. Por lo tanto, algunas personas no alabarán a Dios con *halal* porque son demasiado dignos. Se niegan a parecer siquiera un poco tontos en su celebración de Dios.

Encontrado en el Antiguo Testamento más de 160 veces, *halal* también puede usarse para alabar a las personas, pero el uso más común es para alabar a Dios, de ahí la palabra *Aleluia*, una palabra hebrea de la misma raíz, que usualmente se traduce como "¡Alabado sea el Señor!"

Shabach

Shabach (Strong's, H7812) es la cuarta dimensión de la alabanza. Significa "dirigirse en voz alta", particularmente con un sentido de triunfo. Las palabras utilizadas para traducir *shabach* incluyen, "gloria" y "glorificar" (ver 1 Crón. 16:35; Sal. 63:3; 106:47), "elogiar" (ver Sal. 145:4; Ecl. 8:15), y "exaltar" (ver Sal. 117:1; 147:12).

Me pregunto qué sucedería en nuestras iglesias y hogares si verdaderamente glorificáramos al Señor con una voz triunfal. Algunas iglesias son tan silenciosas y dignas que... *shabach* Sin duda los sacudiría.

Cuando nos dirigimos al Señor con una fuerte voz de triunfo, lo encomiamos.

Él por su carácter y naturaleza y le ordenamos que cumpla todo lo que ha dicho que hará. Nos acercamos a Él con *shabach* Porque queremos que Él responda a nuestra necesidad.

Zamar

Zamar (Strong's, H2167; Vine's, "Cantar"), la quinta dimensión de la alabanza, se basa en una raíz primitiva que significa "tocar las cuerdas o partes de un instrumento musical" con el sentido de tocarlo o de crear música acompañada por la voz. Por lo tanto, *zamar* tiene la connotación de celebración con canciones y música, y a menudo se encuentra en una estructura paralela con *camisa* (Strong's, H7891), otra palabra hebrea para *cantando*. *Zamarse* traduce como "cantar" (ver Sal. 27:6; 30:4; 108:3), "dar alabanza" (ver Sal. 57:7 RV), "cantar alabanzas" (ver 2 Sam. 22:50; Sal. 47:6; 68:32), "alabar" (ver Sal. 21:13), "hacer música" (ver Sal. 33:2; 98:5), y "salmos" (ver 1 Cr. 16:9 RV; Sal. 105:2 RV). *Zamar* También tiene la asociación de alabar a Dios con instrumentos (ver Sal. 150) y a través de la danza (ver Sal. 149:3).

Tenga en cuenta que *zamar* Es la quinta dimensión, no la primera. No se comienza la alabanza haciendo música, porque la música con instrumentos debe ser una extensión de la alabanza, no una creación de ella. La alabanza comienza con *hoyy yadah* acción de gracias—que puede ser dada por todos, ya que todos tenemos aliento.

Todo lo que respira alabe al Señor. Alabado sea el Señor (Salmo 150:6).

Quizás nuestras iglesias carecen del poder de Dios porque queremos comenzar con música, pero Dios quiere que comencemos con acción de gracias. Esto no significa que no se pueda dar gracias a través de la música, pero debemos tener cuidado de no esperar que los músicos y líderes de adoración hagan por nosotros lo que necesitamos hacer por nosotros mismos. En realidad, no podemos alabar a Dios con las acciones de gracias de otro. La acción de gracias debe surgir de nuestro propio corazón agradecido y expresarse con nuestros propios labios dispuestos. Esta es la única manera en que nuestra celebración a través de la música puede ser genuina. Tenemos que saber que tenemos algo que celebrar antes de que la celebración pueda suceder. La acción de gracias nos recuerda quiénes somos y lo que Él ha hecho por nosotros. Por eso, entonces, celebramos.

Barak

Barak (Strong's, H1288; Vine's, "Bendecir"), el sexto retrato de alabanza, es una raíz primitiva que significa "arrodillarse". Por implicación, también significa "bendecir a Dios", como en un acto de adoración (véase Salmo 95:6). *Barak* Por lo tanto, conlleva una sensación de silenciosa expectativa y a menudo llega cuando el Espíritu Santo

comienza a ministrar, completando la alabanza que se ha ofrecido. En este sentido, *Barak* Es el comienzo de la respuesta de Dios en la adoración. Nos detenemos y esperamos que Dios actúe.

Con demasiada frecuencia, nunca llegamos a esta etapa porque estamos tan ocupados hablando con Dios que le damos poca o ninguna oportunidad de hablarnos. Cuando hacemos esto, nos perdemos la profecía, las lenguas y las palabras de sabiduría, aliento y edificación que Él quiere darnos, sus amados hijos.

La alabanza que llega a Dios requiere tanto escuchar como hablar.

Mientras *Barak* A menudo se traduce como "bendecir", particularmente en la versión King James (ver Génesis 9:26; Deuteronomio 1:11; Jeremías 4:2), otras traducciones al inglés usan "alabar" (ver Génesis 24:48; Josué 22:33; 1 Samuel 25:32;

1 Reyes 10:9; Sal. 41:13) cuando se refiere a personas que bendicen a Dios, y "felicitar" (ver 1 Reyes 1:47) y "agradecer" (ver Deut. 24:13) cuando se refiere a personas que bendicen a otras personas. *Barak* También se usa para referirse a la bendición de Dios sobre los seres humanos (véase Génesis 1:22; 9:1; Deuteronomio 12:7; Salmo 45:2) y las cosas que hacen y necesitan (véase Éxodo 23:25; Deuteronomio 16:15), y a las bendiciones dadas por los sacerdotes en nombre de Dios (véase Deuteronomio 21:5). En un contrapunto un tanto interesante, *Barak* También se utiliza para referirse a la blasfemia o maldición contra Dios (véase 1 Reyes 21:10,13; Job 1:5).

Tehillah

Tehillah (Strong's, H8416; Vine's, "Alabar") es la dimensión final de la alabanza. Se basa en una raíz que significa "loor", especialmente en lo que se refiere a los himnos (véase Salmo 40:3), y habla de la cualidad digna de alabanza de una persona o cosa. Estos cánticos, que surgen del corazón y del espíritu, son dados a cada creyente y no pueden aprenderse ni reproducirse. Son expresiones espontáneas inspiradas por el Espíritu Santo y, como tales, evidencian que Él adora a través de nosotros.

El apóstol Pablo se refiere a este tipo de cánticos cuando escribe a las iglesias de Éfeso y Corinto:

Hablen entre ustedes con salmos, himnos y cánticos espirituales. Canten y alaben al Señor en su corazón, dando siempre gracias a Dios Padre por todo, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo (Efesios 5:19-20).

... Oraré con mi espíritu, pero también oraré con mi mente; cantaré con el espíritu, pero también cantaré con la mente (1 Corintios 14:15).

Tehillah es una canción que alaba públicamente a Dios tanto como la alabanza de Israel como

Aquel que debe ser alabado (ver Deut. 10:21; 1 Cr. 16:35; Sal. 22:3; 148:14; Jer. 17:14). Por lo tanto, *tehillá* La alabanza puede ocurrir cuando el pueblo de Dios lo alaba, lo alaba o habla de sus alabanzas (véase 1 Crónicas 16:35; 2 Crónicas 20:22; Nehemías 12:46; Salmos 22:25; 71:8). Además, las Escrituras nos dicen que *tehillá* Es alabanza que Dios no está dispuesto a compartir con nadie ni con nada más (ver Is. 42:8; Jer. 48:2). Es solo para Él, siendo el lugar mismo de su morada (ver Sal. 22:3). Tan celoso es Dios por la *tehillá* alabanza de su pueblo, que incluso contiene su ira para que

Él puede recibir alabanza (véase Isaías 48:9). Además, las Escrituras nos dicen que Dios hará de Jerusalén la alabanza de la tierra (véase Isaías 62:7; Jeremías 33:9) al hacer a su pueblo digno de alabanza (véase Deuteronomio 26:19; Sofonías 3:19-20). Entonces, su pueblo mismo será su alabanza (véase Jeremías 33:11).

Nehemías 9:5 es un uso interesante de esta palabra, ya que el nombre de Dios es “exaltado sobre toda bendición [shabach] y alabanza”. *[[tehillah]*. “En otras palabras, Dios es exaltado por encima de cualquier alabanza que podamos ofrecerle. Por eso no es sorprendente que *tehillá* También se traduce como “gloria” (ver Éxodo 15:11).

El emparejamiento o progresión de las dimensiones en las Escrituras

Ahora que hemos analizado el significado de estas siete dimensiones o representaciones de la alabanza, veamos cómo se agrupan. Aunque no aparecen en las Escrituras en un orden estricto, ni siquiera todas en la misma experiencia de alabanza, en cierto sentido una se complementa con la otra a medida que el adorador se ve inmerso en la búsqueda de la presencia de Dios. Primero, está la gratitud verbal por lo que Dios ha hecho. (*hoy*). Esto suele relatar maneras específicas en que el Señor ha protegido o bendecido al adorador. Luego, a medida que la alabanza se vuelve más espontánea, pueden surgir expresiones de agradecimiento combinadas con la extensión de las manos a Dios en adoración. (*yadah*). A medida que el adorador continúa agradeciendo a Dios por las bendiciones personales, puede seguir una honra y adoración más general a Dios (*hala*). Esto a su vez puede progresar hacia la creación de música. (*zamar*) y en expresiones de victoria y celebración, a menudo con danza. Esta euforia exacerbada puede disminuir a veces mientras el adorador espera con expectación que Dios lo guíe en una nueva dirección o se revele de alguna manera. (*Barak*). Así, a medida que la intensidad de la alabanza aumenta y disminuye, el adorador puede pasar de una dimensión a otra de la alabanza.

Si examinamos la agrupación de estas siete dimensiones en las Escrituras

Más de cerca, encontramos que el emparejamiento de estos retratos de alabanza es bastante común, aunque rara vez lo es el emparejamiento con dimensiones sucesivas.

Te daré gracias [yadah] en la gran asamblea; entre multitudes de pueblos te alabaré [halal] (Salmo 35:18).

Alabad [barak] a nuestro Dios, oh pueblos, suene su alabanza. *tehillá*] sea escuchado (Salmo 66:8).

Más bien, es más probable que la pareja se salte una o dos dimensiones.

Cantad al Señor con acción de gracias [todah]; cantad con arpa [zamar] a nuestro Dios (Salmo 147:7).

Te alabaré [yadah], oh Señor, entre las naciones; Cantaré [zamar] de ti entre los pueblos (Salmo 57:9).

Es bueno alabar [yadah] al Señor y hacer música [zamar] a tu nombre, oh Altísimo (Salmo 92:1).

Todo lo que has hecho te alabará [yadah], oh Señor; tus santos te ensalzarán [barak] (Salmo 145:10).

Entonces nosotros, tu pueblo, las ovejas de tu prado, te alabaremos para siempre; de generación en generación contaremos tus alabanzas. *[tehillah]* (Salmo 79:13).

Alaben [halal] al Señor. Canten al Señor un cántico nuevo, su alabanza. *[tehillah]* en la asamblea de los santos (Salmo 149:1).

Elogio [*hala*] al Señor, porque el Señor es bueno; cantad alabanzas [zamar] a su nombre, porque es agradable (Salmo 135:3).

Además, estos emparejamientos colocan los diversos aspectos del elogio en órdenes variables que difieren de la secuencia indicada, y el elogio se mueve de un lado a otro entre las dimensiones.

Que den gracias al Señor por su amor inagotable y sus maravillas para con los hombres. Que ofrezcan ofrendas de agradecimiento. *[hoy]* contaré sus obras con cánticos de alegría (Salmo 107:21-22).

Para que mi corazón cante [zamar] para Ti y no calle.

Oh Señor, Dios mío, te daré gracias [yadah] para siempre (Salmo 30:12).

Alabaré [halal] el nombre de Dios con cánticos y lo glorificaré con acción de gracias. *[hoy]* (Salmo 69:30).

Los trompeteros y cantores se unieron al unísono, como a una sola voz, para alabar [halal] y dar gracias [yadah] al Señor. Acompañados de trompetas, címbalos y otros instrumentos, alzaron sus voces en alabanza [*hala*] al Señor y cantaron: "Él es bueno; su amor perdura para siempre." Entonces el templo del Señor se llenó de una nube (2 Crónicas 5:13).

Mi boca hablará en alabanza [*tehillah*] del Señor. Que toda criatura alabe [*barak*] su santo nombre eternamente y para siempre (Salmo 145:21).

Expresiones de alabanza que incluyen tres o cuatro dimensiones también están presentes en la Biblia, aunque no son tan comunes como los emparejamientos.

Clama: «Sálvanos, oh Dios, Salvador nuestro; reúnenos y líbranos de las naciones, para que demos gracias [*yadah*] a tu santo nombre, para que nos gloriemos [*shabach*] en tu alabanza». [*tehillah*] (1 Crónicas 16:35; ver también Salmo 106:47).

Elogio [*hala*] el Señor. ¡Qué bueno es cantar alabanzas! [*zamar*] a nuestro Dios, ¡cuán agradable y digno es alabarle! [*tehillah*] ¡Él! (Salmo 147:1)

También en estos casos las dimensiones de elogio pueden no seguir el orden indicado anteriormente.

Entrad por sus puertas con acción de gracias [*todah*], por sus atrios con alabanza [*tehillah*]; alabadle [*yadah*], y bendecid [*barak*] su nombre (Salmo 100:4 RV).

Un buen ejemplo de progresión a través de las dimensiones de la alabanza se encuentra en el capítulo 16 de Primera de Crónicas, cuando el rey David lleva el Arca de la Alianza a Jerusalén.

Trajerón el arca de Dios y la colocaron dentro de la tienda que David había levantado para ella, y presentaron holocaustos y ofrendas de comunión ante Dios. Después de que David terminó de sacrificar los holocaustos y las ofrendas de comunión, bendijo al pueblo en el nombre del Señor. Designó a algunos de los levitas para que ministraran ante el arca del Señor, para hacer súplicas, dar gracias [*yadah*] y alabar [*halal*] al Señor, Dios de Israel.

Ese día, David encomendó por primera vez a Asaf y a sus compañeros este salmo de agradecimiento [*yadah*] al Señor: Dad gracias [*yadah*] al Señor, invocad su nombre; dad a conocer entre las naciones lo que ha hecho. Cantad para Él, cantad alabanzas para Él; contad todas sus maravillas. Gloriaos en su santo nombre; que se regocijen los corazones de los que buscan al Señor. Buscad al Señor y su poder; buscad siempre su rostro. Recordad las maravillas que ha hecho, sus milagros y los juicios que ha pronunciado.

Cantad al Señor, toda la tierra; proclamad su salvación día tras día. Declarad su gloria entre las naciones, sus maravillas entre todos los pueblos. Porque grande es el Señor y digno de alabanza [*halal*]; es temible sobre todos los dioses. Porque todos los dioses de las naciones son ídolos, pero el Señor hizo los cielos. Esplendor y majestad están delante de Él; fuerza y alegría en

Su morada. Tributen al Señor, oh familias de las naciones, tributen al Señor gloria y poder, tributen al Señor la gloria debida a su nombre. Traigan una ofrenda y vengan ante Él; adoren al Señor en el esplendor de su santidad... Den gracias [yadah] al Señor, porque Él es bueno; Su amor perdura para siempre. Clamen: «¡Sálvanos!»

Oh Dios, nuestro Salvador; reúnenos y líbranos de las naciones, para que demos gracias [yadah] a tu santo nombre, para que nos gloriemos [shabach] en tu alabanza [tehillah]”. Alabado sea el Señor, Dios de Israel, por los siglos de los siglos. Entonces todo el pueblo dijo: «Amén» y «Alabado seas». *hala!* el Señor” (1 Crónicas 16:1-2,4,7-12,23-29,34-36).

Para comprender la importancia de este pasaje sobre la alabanza, debemos retroceder un capítulo y observar la llegada del Arca a Jerusalén en el capítulo 15. David había hecho una tienda para el Arca de la Alianza y se preparaba para traerla a la ciudad. Por lo tanto, reunió a todo el pueblo, incluyendo a los levitas, los únicos israelitas a quienes se les permitía llevar el Arca. Luego les instruyó:

... Vosotros sois los jefes de las familias levitas; vosotros y vuestros hermanos levitas Deben consagrarse y llevar el arca del Señor, Dios de Israel, al lugar que le he preparado. Debido a que ustedes, los levitas, no la llevaron la primera vez, el Señor nuestro Dios estalló en ira contra nosotros. No le preguntamos cómo hacerlo. *de la manera prescrita* (1 Crónicas 15:12-13, énfasis añadido).

¿Recuerdan de qué habla David aquí? Ya había intentado llevar el Arca a Jerusalén, pero la tragedia lo azotó cuando Uza, uno de los hombres que la cuidaban, murió al extender la mano para sujetarla (véase 1 Crónicas 13). Por lo tanto, la alegría de David al llevar el Arca a Jerusalén fue reemplazada por el miedo.

David evidentemente vio esta calamidad como resultado de no haberle pedido a Dios la manera prescrita para mover el Arca. La segunda vez que intentó moverla, quiso asegurarse de hacerlo todo correctamente. En lugar de colocar el Arca en un carro, como lo había hecho la primera vez, David instruyó a los levitas que la transportaran sobre varas, como lo habían hecho sus antepasados en tiempos de Moisés.

Al partir, David ordenó a los levitas que cantaran canciones alegres, acompañadas de instrumentos musicales. David también ofreció sacrificios a Dios porque Él ayudaba a los levitas a trasladar el Arca, como Él lo requería. Así, todo Israel subió el Arca con gritos de alegría, regocijo y el sonido de trompetas y otros instrumentos.

Mientras tanto, el rey David danzaba y celebraba. Este amante de la presencia de Dios estaba evidentemente rebosante de alegría porque el trono de Dios llegaba a Jerusalén, la ciudad donde David vivió y gobernó. Al retomar la historia en el capítulo 16 de Primera de Crónicas, vemos que David ofrece más sacrificios y designa levitas para ministrar ante el Arca, haciendo peticiones y dando gracias. *yadah*), y alabando a Dios (*hala*).

David había experimentado una tragedia por no seguir las instrucciones de Dios. No estaba dispuesto a sufrir otra. Por lo tanto, instruyó a los levitas que ministraran al Señor comenzando con sacrificios y acción de gracias. Solo después de presentar los sacrificios, añadió música y progresó a través de las otras dimensiones de la alabanza. Finalmente, al final del versículo 35, la alabanza se convierte en...*tehillá* Esta progresión de dimensiones de alabanza no se encuentra aquí en un orden estricto, como es evidente en los versículos citados anteriormente. Sin embargo, en cierto sentido, David buscó seguir el modelo de Dios para que el pueblo pudiera «dar gracias [*yadah*] a [su] santo nombre, [y] gloriarse [*shabach*] en [su] alabanza». [*tehillah*].”

Tomar una bebida o ir a nadar

Este patrón de alabanza no ha cambiado. Dios aún requiere que nos acerquemos a él con sacrificios antes de buscar su favor y bendición. Por eso *tehillá* es la última dimensión de la alabanza, no la primera. Dios no está dispuesto a entronizarse entre nosotros hasta que vea que queremos a él, No sólo las cosas que Él nos puede dar.

Pero tú eres santo, tú que habitas entre las alabanzas de Israel (Salmo 22:3 RV60).

Sin embargo, tú estás entronizado como el Santo; eres la alabanza de Israel (Salmo 22:3).

En esencia, no cualquier alabanza nos trae la presencia de Dios. Solo la alabanza que sigue su ejemplo, comenzando con los sacrificios de un corazón dispuesto y un espíritu contrito, y continuando mientras nos aquietamos ante Él hasta entregarnos por completo a Él, será suficiente. Nuestros corazones deben estar completamente entregados a Él, y solo a Él, mientras su Espíritu reina supremo en nuestro espíritu. Es entonces cuando Dios se entroniza en nuestra alabanza y comienzan los cánticos del espíritu.

Esto no quiere decir que no tengamos el Espíritu en nosotros antes de llegar a la gloria. *tehillá* Alabanza. Ciertamente, todos lo recibimos cuando aceptamos a Jesús como Salvador. Sin embargo, podemos nacer de nuevo y aún no experimentar la presencia manifiesta del Señor.

Sé que esto es difícil de entender para algunos de ustedes, pero es esencial.

que lo hagas, para que la presencia de Dios sea una parte constante y constante de tu vida. Si lo describo así, quizás te ayude a entender lo que quiero decir: Nacer de nuevo es como beber un vaso de agua. Tienes agua por dentro, pero no por fuera. Por otro lado, cuando te acercas a Dios a través de...*tehillá* Alabadle y Él establece Su trono en tu presencia, es como si hubieras subido a una piscina y estuvieras rodeado de agua.

Cuando bebes agua, no flotas. Cuando bebes agua, no puedes nadar. Cuando bebes agua, sigues teniendo peso. Cuando te sumerges en una piscina, el agua te sostiene y te quita el peso. Por lo tanto, es más fácil moverse en una piscina que en tierra.

Esta es la diferencia entre tener la presencia de Dios y estar en la presencia de Dios. Puedes ser salvo y aun así andar con mucho peso porque nunca entras en la presencia de Dios.

Cuando tienes la presencia de Dios, se calma tu sed. Cuando vives en su presencia, Él se apodera de toda tu vida.

Dios quiere que hagas más que beber. Quiere que entres en la piscina para que Él te quite el peso de encima y puedas flotar. No todas las cosas pesadas que llevas contigo se alivian cuando bebes de Dios. Se caen solo cuando el agua de Dios te rodea y te eleva. Aquí es donde...*tehillá* La alabanza te lleva.

Dios viene a nosotros cuando seguimos Su modelo.

Cuando te pones esta vestidura de alabanza, el espíritu de pesadez se levanta y eres libre de disfrutar la vida y la dulzura de la presencia de Dios día tras día.

◆ PRINCIPIOS ◆

1. La alabanza que llega a Dios sigue un patrón o progresión.

2. Este patrón, aunque no sigue un orden estricto, se puede observar en

Siete palabras hebreas que se usan para describir las diversas dimensiones o representaciones de la alabanza. Son:

- *Hoy*: sacrificios de acción de gracias
- *Yadah*: Acción de gracias con las manos extendidas en adoración
- *Halal*: alabando con abandono
- *Shabach*: gritando con una sensación de triunfo
- *Zamar*: haciendo música
- *Barak*: bendiciendo a Dios
- *Tehillah*: cantando canciones espirituales

3. La alabanza comienza con los sacrificios de un corazón dispuesto y un espíritu contrito.

Capítulo 10

Calificado para estar en la presencia de Dios

La sinceridad no sustituye a la pureza.

Dios viene a quienes cumplen sus condiciones. No viene porque queramos que venga. Quizás por eso tantos cristianos nunca experimentan la realidad de la presencia manifiesta de Dios. Anhelan de verdad que venga, pero no tienen idea de qué los califica para recibir este maravilloso regalo.

Sí, Dios responde a nuestro deseo por Él, pero nuestro deseo debe manifestarse de maneras que cumplan con sus estándares. Debemos ser santos, como Él es santo.

Como vimos en el capítulo 3, la santidad de Dios significa que Él es puro en sus motivos. Es íntegro en sus pensamientos, palabras y acciones. No puede mentir ni fingir. Quienes desean vivir en su presencia deben ser como Él.

Obviamente, este no es nuestro estado separado de Dios. El padre de la mentira (ver Jn. 8:44) nos ha engañado para que rechacemos la verdad de Dios y aceptemos sus falsedades. La única manera de cambiar esto —es decir, que veamos las mentiras de Satanás tal como son y aceptemos la palabra de Dios como verdad— es si la santidad de Dios se contagia en nosotros al pasar tiempo con Él. En otras palabras, nos volvemos santos al relacionarnos con la Santidad.

Por lo tanto, el propósito de los detallados mandatos de Dios respecto al Tabernáculo y el Templo era proporcionar a su pueblo una manera de relacionarse con Él sin ser destruido por su pecado. En esencia, los rituales de los sacerdotes y del pueblo eran el medio por el cual el hombre cumplía los requisitos de Dios para presentarse ante Él. Cuando lo hacían correctamente, Dios los recompensaba, apareciéndose al sacerdote entre los querubines en el santuario interior y a la nación en humo o una nube.

Consagraos

Entrar en la presencia de Dios no es algo que se haga a la ligera. Por eso, el mandato «conságrate» era una constante en el Antiguo Testamento. Dios exigía que su pueblo se purificara del pecado antes de entrar en su presencia. Para los antiguos hebreos, esto implicaba una serie de lavamientos rituales de sí mismos y de sus vestiduras, tanto para el pueblo como para los sacerdotes (véase Éxodo 19:10,22). La consagración como preparación para servir a Dios o encontrarse con él también implicaba que los sacerdotes debían vestir ciertas ropas y símbolos, y presentar sacrificios prescritos (véase Éxodo 29-

30; 39-40; Lev. 8). Tanto los sacerdotes como la gente común estaban obligados, como parte de sus rituales y reglas de consagración, a no comer alimentos impuros ni tocar nada que fuera impuro según la definición de Dios (véase Lev. 11). Tocar estos objetos inhabilitaba a la persona para reunirse con el pueblo de Dios en su presencia. Cada regla y reglamento relativo al trabajo y la adoración del pueblo de Dios, tanto dentro del Tabernáculo como en su vida cotidiana, se prescribía así para que pudieran ser santos a la vista de Dios.

Consagraos y sed santos, porque yo soy el Señor vuestro Dios. Guardad mis decretos y ponedlos por obra. Yo soy el Señor, que os santifico (Levítico 20:7-8).

Sin embargo, Jesús deja claro que la impureza externa no es la única forma de impureza. De hecho, no es la principal fuente de contaminación. Más bien, la impureza del corazón es lo que contamina nuestra vida.

Escúchenme todos y entiendan esto. Nada externo al hombre puede hacerlo impuro al entrar en él. Más bien, es lo que sale del hombre lo que lo hace impuro. ¿No ven que nada que entra al hombre desde afuera puede hacerlo impuro? Porque no entra en su corazón, sino en su estómago, y luego sale de su cuerpo. Lo que sale del hombre es lo que lo hace impuro. Porque de adentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, la inmoralidad sexual, el robo, el asesinato, el adulterio, la avaricia, la malicia, el engaño, la lascivia, la envidia, la calumnia, la arrogancia y la necedad. Todos estos males vienen de adentro y hacen al hombre impuro (Marcos 7:14b-23).

Verdad y Pureza

Acercarnos a Dios con alabanza requiere que limpiemos nuestro corazón de todo mal que se ha asentado en él. Este es el mensaje del Salmo 15. Lo que hay en nuestro corazón es lo más importante, porque es aquí donde nacen la verdad y la justicia, o la mentira y la injusticia.

Señor, ¿quién habitará en tu santuario? ¿Quién vivirá en tu santo monte? El que camina con integridad y practica la justicia, el que habla la verdad con el corazón y no calumnia, el que no hace mal a su prójimo ni lo difama, el que desprecia al vil pero honra a los que temen al Señor, el que cumple su juramento incluso cuando le duele, el que presta su dinero sin usura y no acepta soborno contra el inocente. Quien hace estas cosas jamás será conmovido (Salmo 15:1-5).

La verdad es la base de los requisitos que se presentan en este Salmo: la verdad con Dios y la verdad con el prójimo. Lo que hay en nuestro corazón y lo que hacemos...

Y lo que decimos debe coincidir. No podemos decir una cosa en público y otra en privado. No podemos actuar de una manera en el culto del domingo por la mañana y de otra durante la semana en nuestros hogares y trabajos. La integración de la justicia en toda nuestra vida es evidentemente esencial si queremos que la presencia de Dios venga y permanezca con nosotros.

Este requisito de pureza interior también se evidencia en los Salmos 24 y 101: ¿Quién subirá al monte del Señor? ¿Quién estará en su santuario? El de manos limpias y corazón puro, que no eleva su alma a ídolos ni jura en vano. Recibirá bendición del Señor y vindicación de Dios su Salvador. Tal es la generación de los que lo buscan, de los que buscan tu rostro, oh Dios de Jacob. (Salmo 24:3-6).

Ninguno que practica el engaño habitará en mi casa, ni el que habla mentira estará en mi presencia (Salmo 101:7).

Manos limpias, un corazón puro y verdad en lo más íntimo del ser: éstas son las características distintivas del hombre o la mujer que puede estar en la presencia de Dios y ofrecer alabanzas en las que Dios está entronizado.

Jesús evidentemente estuvo de acuerdo con esta afirmación, pues dijo que los de limpio corazón verían a Dios (véase Mateo 5:8). También le dijo a la mujer samaritana que conoció junto a un pozo:

Pero viene la hora, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así es como también el Padre busca que le adoren.

Dios es Espíritu; y quienes le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren (Juan 4:23-24).

La pureza y la verdad de nuestro corazón son, por lo tanto, los factores cruciales que determinan si nuestra alabanza es aceptable a Dios. Si la forma y el momento de nuestra alabanza son correctos, pero nuestro corazón no lo es, no podemos esperar recibir el don de su presencia.

Dios viene cuando realmente lo queremos

Lo que quiero decir es que no se obtiene la presencia de Dios solo por pedirla. Se obtiene cuando se califica para ella. Sí, el velo rasgado en el Templo, debido a la muerte de nuestro Señor Jesucristo, ahora nos da acceso directo al trono de Dios, algo que los israelitas no tenían. Y sí, el camino está abierto para todos. Sin embargo, nosotros también debemos ascender a la presencia de Dios, subiendo al monte del Señor, tal como el pueblo del Antiguo Testamento subió al Monte Sión camino al Templo.

Dios quiere adoradores honestos, puros y comprometidos. Estos son Sus

estándares para quienes se acercan a Él mediante la alabanza. Por lo tanto, cualquier alabanza no lo acercará a nosotros. La piel de gallina y la sensación de bienestar no lo harán. Tampoco lo hará la alabanza que se preocupa más por lo que podemos recibir de Dios que por quién es Él. Nuestra alabanza debe ser... *tehillá* Alabanza sin segundas intenciones; alabanza que proviene de un corazón limpio de pecado y completamente entregado a Él y controlado por Él; alabanza que reconoce la realidad de Dios, no su creación; alabanza que se centra completamente en Él y en la gloria de su nombre. Creo que esto es lo que Jesús quiso decir cuando dijo: «Les aseguro que si no cambian y se hacen como niños pequeños, no entrarán en el reino de los cielos» (Mateo 18:3).

¿Has visto alguna vez a un niño alabar y adorar? Los niños son puros en la alabanza. No piensan en nada más. Por eso, cuando cantan «Esta es mi historia, esta es mi canción», lo dicen con toda sencillez. Las personas mayores, en cambio, suelen estar tan ocupadas en su actuación y preocupándose por su voz y apariencia, que Dios desaparece por completo de sus pensamientos. Ambos grupos cantan la misma canción, pero tienen dos mentalidades diferentes, dos actitudes distintas. Una es pura; la otra, contaminada por la división de pensamiento.

Por eso nos cautiva tanto ver a los niños adorar. Su corazón está tan entregado a Dios que su unción los unge y se hacen uno con él. Nada se interpone entre el que alaba y Aquel alabado, así que él viene y se revela en ellos y a través de ellos.

Dios quiere esta alabanza de todo su pueblo. Quiere que nuestro amor por Él y nuestra alabanza sean como los de los niños que se acercan a nosotros, nos abrazan y nos dicen: «Me gustas». En esos momentos, sabemos que su amor es real. No piensan en cómo usarnos para conseguir algo ni en cómo hacer que los amemos. Cuando dicen «Te amo», eso es todo lo que piensan y lo que quieren decir. No hay conspiraciones en su mente ni motivos ocultos.

¡Oh, si los adultos pudiéramos reaprender a recibir a Dios como lo hacen los niños! Ahora bien, no hablo de ser infantiles. Hablo de ser como niños.

—es decir, como niños pequeños puros de pensamiento, motivación y acción. Esta alabanza aquieta al enemigo de nuestras almas:

De los labios de los niños y de los que maman ordenaste la alabanza, a causa de tus adversarios, para hacer callar al adversario y al vengativo (Salmo 8:2).

La mayoría de las veces, cuando los adultos nos acercamos a Dios y le decimos: “Te amo”, tenemos en el fondo de nuestra mente una larga lista de cosas que queremos que Él cumpla. O

Nos preocupamos por nuestras familias, la hipoteca, la cuota del coche o alguna otra factura. No nos centramos realmente en Dios. Él no es el verdadero deseo de nuestro corazón. En cambio, intentamos que nos dé lo que queremos. Esto no es pura alabanza porque no nos acercamos a Dios con sinceridad.

Dios busca entre la multitud que asiste a la iglesia un domingo por la mañana a unos pocos que se entregan por completo a Él en su alabanza. Muchos vienen a alabar, y puede que haya cantos, bailes y ruido por todas partes, pero pocos cristianos son verdaderos adoradores. Estos devotos se niegan a distraerse con los sucesos de esta mañana, de ayer o de la semana pasada. No les importa el vestido de la mujer a su lado ni el corte de pelo del adolescente cinco filas más arriba. Su enfoque está totalmente en Dios, y Él es su deleite.

En esencia, Dios no quiere que pienses en nada ni en nadie más cuando dices "Te amo". Tampoco quiere que acudas a Él solo cuando tengas una larga lista de necesidades y deseos. Cuando haces esto, Él se aleja porque sabe que en realidad no lo deseas. Solo deseas lo que crees que puedes obtener de Él.

Dios es santo, es decir, es puro en pensamiento, motivación y actitud, y espera que tú también lo seas. Por lo tanto, no le digas nada a menos que realmente lo sientas. No le agrada que hagas algo por fuera que no concuerde con lo que piensas o sientes por dentro. Si cantas: «Levantemos manos santas», pero tus manos están a los costados, o «Aplaudan todos los pueblos», y no estás aplaudiendo, Dios no se va a manifestar. Él reconoce que tu boca dice una cosa, pero tu cuerpo hace otra, porque la impureza de tu corazón se nota. No sientes realmente lo que estás cantando. Estás diciendo las palabras correctas, pero tu corazón no está en armonía con tu boca.

Dios busca verdaderos adoradores. Quiere que tu alabanza exterior coincida con la de tu corazón, porque así tu espíritu obedece al Espíritu de Dios. Dejas que la santidad de Dios se contagie. Por eso Jesús dijo que los verdaderos adoradores adorarían a su Padre no solo en verdad, sino también en espíritu (ver Jn. 4:23-24).

Dios no busca que tengas un ataque del Espíritu Santo. Gritar, sacudirse y caer al suelo no significa que estés adorando a Dios en espíritu. Puede significar que estás teniendo un ataque emocional. Dios no quiere que tengas un sentimiento en particular. Él está examinando tu actitud espiritual.

Por favor, asegúrese de entender esto. La palabra *espíritu* en Juan 4:23-24 es

Se escribe con "s" minúscula, no mayúscula. En otras palabras, Jesús no se refería al Espíritu Santo, sino a tu espíritu. Decía que llegaría el momento en que las personas arreglarían su espíritu antes de venir a su presencia. Pondrían sus vidas en orden.

La adoración es una relación con Dios, y Él no está dispuesto a contaminarse con la basura de tu espíritu. Por lo tanto, Él requiere que purifiques tu vida antes de venir a vivir contigo. Una vez que hayas purificado tus actitudes, prioridades y motivos, Él puede creer lo que le dices en alabanza. Puede confiar en que realmente lo estás bendiciendo cuando dices: «Bendice al Señor» o «Gloria a Dios».

En espíritu y en verdad es la base de la alabanza y la adoración, porque no se puede engañar a Dios intentando fingir algo que no está en el corazón. La verdadera alabanza requiere integridad de corazón y humildad de espíritu, cualidades que no se alcanzan fácilmente. Sin embargo, quienes perseveran reciben el gran premio del favor y la presencia de Dios.

Éste es el que yo estimo: el que es humilde y contrito de espíritu, y que tiembla a mi palabra (Isaías 66:2b).

La adoración es el privilegio de aquellos que buscan a Dios con manos limpias y corazón puro.

En mi integridad me sustentaste, y me pusiste en tu presencia para siempre (Sal. 41:12).

Así que, examínate cuando te acerques a Dios. Asegúrate de que lo que dices o haces esté de acuerdo con tu corazón y tu espíritu. De lo contrario, estás perdiendo el tiempo, porque Dios solo viene a quienes están calificados para entrar en su presencia. A estas personas les permite adorarlo.

◆ PRINCIPIOS ◆

1. Dios está integrado en pensamiento, palabra y acción.
2. La santidad de Dios se transmite a nosotros cuando pasamos tiempo con Él.
3. La impureza del corazón contamina nuestra vida.
4. La verdad con Dios y con el prójimo es una exigencia de quienes quieren Dios venga y se quede.
5. Limpiar nuestro corazón nos prepara para adorar a Dios.
6. Dios está buscando verdaderos adoradores cuyas palabras y acciones coincidan con sus corazón.
7. *Tehillah* La alabanza no permite pensar en nada más que en Dios.

Capítulo 11

La relación de Alabanza y Adoración

Alabar es buscar a Dios. Adorar es ser encontrado por Él.

El objetivo de la alabanza es crear un ambiente propicio para la presencia de Dios. Por eso Abraham, Moisés y David fueron amigos tan cercanos de Dios. Le hicieron un lugar en su vida. Su profundo anhelo de conocerlo y obedecerlo fue la base de su relación con él.

Esto aplica a todos los adoradores genuinos. Les encanta estar con Dios y a Él le encanta estar con ellos. Él se manifiesta porque tienen una auténtica devoción y pasión por Él.

Así pues, la alabanza y la adoración son actividades y experiencias relacionadas pero muy diferentes.

- La alabanza la iniciamos nosotros. La adoración es la respuesta de Dios.

La alabanza es algo que hacemos. La adoración es algo que Dios libera.

La alabanza es la construcción de una casa para Dios. La adoración es la intervención de Dios. La adoración no puede ser generada por nosotros. Depende completamente de Dios. Podemos buscar entrar en la adoración mediante la alabanza, pero Dios decide si responderá a nuestra iniciativa.

En realidad, no podemos adorar a Dios sin antes haberlo alabado, y esta alabanza debe ser genuina. De lo contrario, la acusación de Jesús contra los fariseos también podría aplicarse a nosotros:

Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. Me rinden culto en vano... (Mateo 15:8-9).

La verdadera alabanza y adoración son difíciles, pero los resultados son maravillosos porque todo lo que necesitamos está en la presencia de Dios. Gozo, descanso, paz, misericordia, poder, victoria, sabiduría: todo esto y más está disponible para nosotros en la presencia de Dios.

Me has hecho conocer la senda de la vida; Me llenarás de alegría en tu presencia, De delicias para siempre a tu diestra (Salmo 16:11).

Ciertamente le has concedido bendiciones eternas, y le has alegrado con el gozo de tu presencia (Salmo 21:6).

En el refugio de tu presencia los escondes de las intrigas de los hombres; en tu morada los guardas de las lenguas acusadoras (Salmo 31:20).

Sin embargo, estos dones de la presencia de Dios no deben ser el foco de nuestra búsqueda. Buscar las bendiciones de Dios en lugar de su rostro nunca funciona. Cuando persistimos en esto, pidiéndole a Dios cosas en lugar de a Él mismo, perdemos precisamente lo que buscamos. Es decir, perdemos lo que pedimos porque no logramos obtener la presencia de Aquel que las sostiene en su mano. Entonces Él nos dice: "Se han perdido lo más importante. Busquen primero mi Reino".

Entonces os daré todas las tierras, casas, comida, ropa y trabajos que necesitáis." (Véase Mateo 6:33.)

Perdemos las cosas que le pedimos a Dios cuando no lo buscamos primero.

Sí, puede que te resulte difícil buscar a Dios primero porque tus deseos y necesidades reclaman atención. Sin embargo, debes perseverar. Él sabe que acudes a Él con muchos problemas, cargas y preguntas. Él comprende tu necesidad. Sin embargo,

Él te exhorta a buscar su rostro antes de buscar su mano. Quizás pienses que necesitas una línea de oración, pero Él sabe que realmente necesitas tiempo con Él. Cuando Él entra en tu vida, arreglará en un instante lo que has estado trabajando durante días, semanas e incluso años. En este sentido, buscar a Dios es como alabarlo. Tu enfoque debe estar en Él, y Él debe ser tu deleite.

Alabadme; buscadme...con todo vuestro corazón

Dios responde a las personas que tienen un hambre profunda de Él.

Como el ciervo brama por las corrientes de agua, así clama por ti, oh Dios, mi alma. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo. ¿Cuándo podré ir a encontrarme con Dios? (Salmo 42:1-2)

Este clamor del corazón de David es la súplica de todo verdadero adorador. ¿Dónde está Dios? ¿Por qué no puedo encontrarlo? ¿Cómo puedo construir un camino hacia donde está para estar con él?

Tan profunda es la hambre y la sed de estos comprometidos que buscan a Dios hasta que Él los atrapa. Su pasión por Él no les permitirá detenerse hasta encontrar a Aquel por quien se entregan. Pasar horas en oración y alabanza es la regla para ellos, no la excepción.

Esta actitud es poco común en la Iglesia. Nos sentimos demasiado cómodos como para dedicar el esfuerzo que requiere tal pasión. ¿A qué se debe esto? ¿Por qué somos tan indiferentes en nuestra búsqueda de Dios? Una posible respuesta es que aún no hemos experimentado la belleza y el poder de la presencia manifiesta de Dios. Por lo tanto,

No entendemos que la recompensa por nuestra búsqueda vale cada pequeño esfuerzo, y más.

Otra posibilidad es que nuestro egocentrismo y las lealtades encontradas que nos impiden ser plenamente leales a alguien, incluso a Dios. No podemos buscarlo con todo nuestro corazón porque hay demasiadas puertas cerradas en nuestro interior que impiden la entrada de Dios.

Andar en los caminos de Dios y obedecerle en todo es un privilegio, no un impedimento. Sin embargo, a menudo tratamos a Dios como tal. Cuando las cosas se ponen un poco difíciles —no nos gusta cantar en coro, salimos demasiado tarde el sábado por la noche, nos cansamos de estar de pie durante el tiempo de alabanza y adoración—, rápidamente asumimos que ir a la iglesia y dedicarle toda nuestra atención a Dios es una imposición en lugar de una bendición. ¡Qué equivocados estamos!

Recuerda que Dios no nos necesita para ser Dios. Nosotros lo necesitamos para ser humanos. Buscarlo es para nuestro beneficio, no para el suyo. Cuando alabamos y buscamos a Dios, él nos encuentra. Se da a sí mismo, que es todo lo que realmente necesitamos.

Cuando alabamos y buscamos a Dios, Él se da vuelta y nos encuentra.

Si, entonces, descubrimos que no podemos buscar a Dios debido a los muchos obstáculos en nuestra vida, ¿qué debemos hacer? Deshacernos de la basura y limpiar la casa.

Alabadme; buscadme...con arrepentimiento

Cuando los hijos de Israel estaban a punto de entrar en la Tierra Prometida, Josué relató todo lo que Dios había hecho por ellos y los desafió a elegir a quién servirían.

Pero si servir a Jehová no os parece bien, escogeos hoy a quién sirváis. Pero yo y mi casa serviremos a Jehová (Josué 24:15).

El pueblo eligió servir a Dios.

Lejos de nosotros abandonar al Señor para servir a otros dioses. Fue el Señor nuestro Dios mismo quien nos sacó a nosotros y a nuestros padres de Egipto, de aquella tierra de esclavitud, y realizó esas grandes señales ante nuestros ojos... Nosotros también serviremos al Señor, porque él es nuestro Dios (Josué 24:16b-18).

Entonces Josué les ordenó: «Arrojen los dioses extranjeros que hay entre ustedes y entreguen su corazón al Señor, Dios de Israel» (Jos. 24:23b). En otras palabras, les dijo que se prepararan para servir a Dios.

Buscar a Dios siempre es así. No podemos guardar los ídolos de nuestro corazón.

y esperamos recibir el don de su presencia. El arrepentimiento es, por lo tanto, un ingrediente esencial para buscarlo y alabarlo. Debemos volver a Él a diario para que Él pueda acercarse a nosotros. En esencia, su venida depende de que eliminemos todos los obstáculos que nos impiden acercarnos a Él.

Alabadme; buscadme. Con humildad y confianza.

Desafortunadamente, deshacernos de todo lo que nos separa de Dios en nuestra vida es una tarea ardua que ninguno de nosotros puede completar. Francamente, no somos capaces de hacerlo. Necesitamos que Dios lo haga por nosotros. Sin embargo, Él no puede liberarnos de todo lo que nos ata a menos que estemos dispuestos a dejar que Él tome las riendas de nuestra vida. A la mayoría nos resulta más fácil decirlo que hacerlo. A menudo le entregamos las riendas un día y las recuperamos al siguiente. Quizás lo hacemos porque no hemos aprendido una verdad que fue muy valiosa para David:

Los que conocen tu nombre confiarán en ti, porque tú, Señor, nunca abandonas a los que te buscan (Salmo 9:10).

La confianza es necesaria para buscar y alabar sinceramente al Señor. De lo contrario, tomaremos las riendas cuando no nos guste lo que sucede en nuestra vida o no entendamos el camino que Dios nos ha trazado. David pudo haber hecho esto muchas veces entre su ungimiento como rey por Samuel y su entronización por el pueblo. De hecho, su confianza en Dios fue puesta a prueba repetidamente.

En una ocasión, mientras huía del rey Saúl, quien lo buscaba para matarlo, David tuvo la oportunidad de matar a Saúl. Desde una perspectiva humana, esto sin duda habría impulsado la causa de David. Sin embargo, David, creyendo en la fidelidad de Dios, decidió esperar el tiempo de Dios en lugar de tomar las riendas.

El Señor recompensa a cada hombre por su justicia y fidelidad. El Señor te entregó hoy [rey Saúl] en mis manos, pero yo no quise ponerle la mano encima al ungido del Señor. Tan cierto como valoré tu vida hoy, que el Señor valore la mía y me libre de toda angustia (1 Samuel 26:23-24).

Dios busca una generación así, un pueblo que valore su presencia por encima de sus deseos egoístas y espere sus propósitos a pesar de largos períodos de preparación. Una generación así se acercará a él con humildad, sometiendo sus corazones llenos de orgullo al escrutinio de su mirada. Lo valorarán a él y sus planes para ellos por encima de todo.

El Señor mira desde los cielos sobre los hijos de los hombres, para ver si hay algún entendido, algún buscador de Dios (Salmo 14:2).

Estas personas serán atrapadas por Dios, porque sus planes y propósitos siempre están ahí.

incluir intimidad con Él.

Yo amo a los que me aman, y me hallan los que me buscan (Proverbios 8:17).

También incluyen un futuro mucho más brillante de lo que cualquiera de nosotros puede imaginar.

«Porque yo sé los planes que tengo para ustedes —declara el Señor—, planes de bienestar y no de calamidad, planes para darles esperanza y un futuro. Entonces me invocarán y vendrán a orar a mí, y yo los escucharé.»

Me buscaréis y me encontraréis cuando me busquéis de todo vuestro corazón. Me dejaré encontrar por vosotros —declara el Señor—. (Jeremías 29:11-14)

Cuando las personas desean sinceramente la presencia de Dios, Él se la concede. Esta es la esencia de la alabanza y la adoración. Por eso, David instruyó a su hijo Salomón a continuar como había comenzado.

Y tú, hijo mío Salomón, reconoce al Dios de tu padre y sírvele con devoción sincera y con ánimo dispuesto, porque el Señor escudriña cada corazón y comprende cada intención. Si lo buscas, lo encontrarás; pero si lo abandonas, te rechazará para siempre (1 Crónicas 28:9).

El mismo desafío se presenta ante ti. Elige ser un Abraham, un José, un Moisés, un David o un Daniel. Alaba y busca a Dios con todo tu corazón. Luego, espera y observa lo que Él hará en tu vida. Te prometo que Él cumplirá su propósito y deseo final para ti: te honrará con su presencia.

Adoración: El clímax de la alabanza

La adoración es la esencia de la alabanza: buscar a Dios hasta que nos honre con su presencia. Una vez que Él está presente, todo y todos los demás se despachan. El profeta Habuc se refirió a esto cuando dijo: «El Señor está en su santo templo; calle ante él toda la tierra» (Habuc 2:20).

Cuando Dios aparece, todos los demás tienen que callarse. Esto se ilustra muy bien en el capítulo 5 de 2 Crónicas, que describe la dedicación del Templo de Salomón.

La dedicación fue precedida por el traslado del Arca de la Alianza al santuario interior del Templo, donde fue colocada bajo las alas de los querubines. Innumerables sacrificios acompañaron este evento. Luego, los sacerdotes se retiraron del Lugar Santo y se consagraron para ser santos en su relación con Dios.

Después de esto, los levitas, que estaban vestidos de lino fino, comenzaron a cantar al Señor con címbalos, arpas y liras; y estaban

Acompañados por 120 sacerdotes que tocaban trompetas. Además, los cantores alaban la voz con los instrumentos para alabar y dar gracias al Señor. Se trataba de un coro y una orquesta. Su alabanza debió llenar literalmente el Lugar Santo y extenderse hasta el Atrio Exterior mientras cantaban: «Él es bueno; su amor perdura para siempre» (véase 2 Crónicas 5:13).

Ahora mira lo que pasa:

Entonces el templo de Jehová se llenó de una nube; y los sacerdotes no pudieron hacer su servicio por causa de la nube; porque la gloria de Jehová había llenado el templo de Dios (2 Crónicas 5:13b-14).

Por favor, intenten visualizar esto en su mente. Se ofrecieron sacrificios y acciones de gracias mientras el Arca de la Alianza era llevada al Templo. Luego, los sacerdotes se consagraron en preparación para el servicio de dedicación. Al comenzar este momento de alabanza, la orquesta tocó primero. Luego se unieron los trompeteros y los cantores. Finalmente, después de todos los sacrificios, las acciones de gracias y las ofrendas unificadas de alabanza, ¡el poder de Dios entró en el Templo con tanta fuerza que los sacerdotes no pudieron mantenerse en pie! En realidad, todos los presentes quedaron aplastados como una hilera de fichas de dominó. No pudieron cumplir con sus deberes porque la nube de la gloria de Dios llenó el lugar.

Encontrar a Dios y disfrutar de su presencia es el único propósito de nuestra alabanza. Solo entonces sabremos qué hacer y cómo vivir con eficacia. Dios está levantando un Cuerpo de alabanza en todo el mundo. Está preparando una generación que lo buscará por encima de todo. Cuando comiencen a cantar, los gobiernos se asustarán. Cuando comiencen a gritar, las naciones de todo el mundo se transformarán. Entonces, cuando Dios finalmente venga y se siente en medio de toda esta alabanza, nuestro mundo presenciara milagro tras milagro a medida que caen los muros del prejuicio, el odio y la división. (Véase Josué capítulo 6). De hecho, nuestro mundo cambiará tan rápido que nos será difícil seguir el ritmo de todo lo que Dios está haciendo. Este es el poder y la autoridad de la alabanza que guía al pueblo de Dios a la adoración, llevándolos hasta su presencia.

Encontrar y disfrutar a Dios es la meta de toda alabanza.

◆ PRINCIPIOS ◆

1. Dios responde a las personas que tienen un profundo hambre de Él.
2. A los adoradores apasionados les encanta estar con Dios, y a Él le encanta estar con ellos.
a ellos.
3. La alabanza y la adoración son actividades relacionadas pero diferentes:
 - La alabanza la iniciamos nosotros. La adoración es la respuesta de Dios.

La alabanza es algo que hacemos. La adoración es algo que Dios libera.

La alabanza es construir una casa para Dios. La adoración es Dios obrando en nosotros.

4. El arrepentimiento es una parte necesaria de la búsqueda y alabanza a Dios.

5. La humildad y la confianza liberan a Dios para recompensar a quienes le buscan.

6. Los planes de Dios para cada persona incluyen intimidad con Él y un futuro.

lleno de esperanza.

7. Cuando Dios se manifiesta en medio de su pueblo, todo lo demás...

se detiene de repente.

Capítulo 12

El poder de Alabanza y Adoración

El propósito de la alabanza es que Dios esté presente en tu entorno. El poder de la alabanza reside en la presencia de Dios obrando en tu vida.

Cuando Dios viene, todo cambia. Esto no significa que Dios cambie, pues Él era Dios mucho antes de que naciéramos y lo será mucho después de que muramos. Era Dios antes de que todo fuese creado y lo será después de que todo haya desaparecido. Dios es Dios, incluso sin nosotros. Por lo tanto, decirle a Dios que es grande, hermoso y todopoderoso no lo convierte en ninguna de estas cosas.

La alabanza reconoce la realidad de quién es Dios ya es.

Dicho de otro modo, cuando alabamos a Dios, coincidimos con lo que Él ya nos ha dicho y mostrado sobre quién es. También descubrimos más de quiénes son sus intenciones al crearnos, porque fuimos creados para ser como Él, y su presencia es el entorno en el que nos creó para vivir. Por lo tanto, la santidad nos beneficia porque, cuando somos santos, la santidad se encuentra con la santidad.

Las cosas también cambian cuando Dios se va. La vida del rey Saúl nos muestra la diferencia que puede marcar la ausencia o la presencia de Dios. Saúl había desobedecido a Dios y, por lo tanto, estaba atormentado por un espíritu maligno. (Véase 1 Samuel capítulos 13,15-16). Como no había otra cura disponible, los sirvientes de Saúl sugirieron que buscaran a alguien que tocara el arpa cuando el espíritu viniera. Saúl aceptó y David fue a tocar para él. Mientras David tocaba hábilmente las canciones que escribió, la presencia del Señor llenó la habitación y el espíritu maligno tuvo que irse. Sin embargo, cuando David se fue, el espíritu regresó, ya que la presencia de Dios estaba ausente de la vida de Saúl. En esencia, Saúl tuvo que llamar a David repetidamente porque no sabía cómo atraer la presencia de Dios mediante la alabanza.

Esto no debe ser cierto para ti. No deberías tener que ir a la iglesia ni llamar a nadie para estar en la presencia de Dios. Debes practicar atrayendo a Dios hacia ti mediante la alabanza hasta que su presencia esté contigo todos los días. Entonces, sin importar dónde estés ni lo que estés experimentando, tendrás...

la llave que abre puertas que nadie puede cerrar y cierra puertas que nadie puede abrir (ver Apocalipsis 3:7).

Por lo tanto, si algo te impide el camino o alguien intenta impedir que recibas tu bendición, no te enojés ni te quejes. Empieza a alabar al Señor. Entonces Él intervendrá en tu situación y arreglará las cosas.

La presencia de Dios trae alegría

Cuando la presencia del Señor está contigo, te hace sentir tan bien que quieres quedarte un rato con él. No quieres perderte la deliciosa realidad que estás experimentando. Es tan grande la alegría de estar con Dios que incluso puedes hacer cosas que normalmente no harías. Por ejemplo, puedes ser amable con todos, abrazando a personas que ni siquiera te caen bien.

David evidentemente conocía ese sentimiento maravilloso porque dijo:

Me has hecho conocer la senda de la vida; Me llenarás de alegría en tu presencia, De delicias para siempre a tu diestra (Salmo 16:11).

La presencia de Dios es fuente de alegría. Si quieres tener más alegría en tu vida, pasa más tiempo con Dios. Entonces, el sentimiento de pesadez que te abrumba se disipará a medida que Dios cambie tu actitud y perspectiva.

Una sola experiencia llena de gozo en la presencia de Dios bastará para que anheles más. Así que, niégate a conformarte con lo que tienes. Busca a Dios cada día hasta que el gozo se convierta en tu compañero constante y te deleites en su presencia como David, quien prefirió un día con Dios a mil con un rey terrenal (ver Salmo 84:10).

La presencia de Dios da descanso

El descanso también es un regalo de la presencia de Dios. A menudo nos agotamos intentando cumplir con nuestras responsabilidades con nuestras propias fuerzas. Moisés lo hizo. Cuando le pidió a Dios que lo ayudara con la labor de guiar a los israelitas, Dios le dijo: «Mi presencia irá contigo» (Éxodo 33:14b). Moisés buscaba ayuda: «Señor, dame ayuda. Necesito gerentes, supervisores y trabajadores». Dios se dio a sí mismo y le prometió descanso.

La palabra traducida aquí como *descansar* Significa, entre otras cosas, "asentarse", "dar consuelo", "cesar", "estar en silencio" y "causar descanso, estar en reposo, dar descanso, tener descanso, hacer descansar" (Strong's, H5117). La palabra también puede significar "dar tranquilidad" (Vine's, "Descansar, Permanecer"). En realidad, este descanso es dejar de trabajar porque el trabajo no es nuestro. Cuando Dios está con nosotros, Él es el

Uno que hace el trabajo, y nos liberamos de la ansiedad de tratar de

Arreglar las cosas.

Por lo tanto, Dios le decía a Moisés: «Solo necesitas mi presencia. Cuando estoy contigo, no tienes que esforzarte tanto. Yo atenderé todas tus necesidades y me encargaré de tus preocupaciones».

La Iglesia de hoy necesita comprender este principio. Nos enfrascamos tanto en la planificación y los programas que olvidamos quién está a cargo de la Iglesia. Ni tú ni yo cumpliremos los planes de Dios, ni tampoco lo hará nadie que encontremos para ayudarnos en la obra. El éxito llega cuando Dios viene. Hasta entonces, simplemente estamos dando vueltas.

La presencia de Dios trae paz

Los discípulos aprendieron esta lección una noche en el Mar de Galilea. Jesús había estado enseñando a la multitud y atendiendo a la gente todo el día. Al caer la noche, les dijo a sus discípulos: «Pasemos a la otra orilla» (Mc. 4:35b). Mientras estaban en el lago, una terrible tormenta los azotó tanto que temieron por sus vidas. Mientras tanto, Jesús dormía en la barca. Así que lo despertaron diciendo: «Maestro, ¿no te importa si nos ahogamos?» (v. 38b). Jesús se levantó y ordenó al viento y a las olas: «¡Callen! ¡Callen!» (v. 39b), y reinó una calma total. Entonces les dijo a sus discípulos: «¿Por qué tienen tanto miedo? ¿Aún no tienen fe?» (v. 40b).

Los discípulos se esforzaban en medio de la tormenta. Jesús, en cambio, solo dijo tres breves palabras: "¡Silencio! ¡Callen!". No tuvo que achicar agua ni gritar órdenes. Simplemente habló al viento y a las olas, y le obedecieron.

La presencia de Dios en nuestra vida trae la misma calma y paz. Sin embargo, esta paz no significa necesariamente que todo esté tranquilo. La paz de Dios significa que no nos preocupamos por nada.

A veces nos ponemos nerviosos cuando las cosas no salen como queremos o esperamos. Así que nos apresuramos y empezamos a dar órdenes hasta que todos a nuestro alrededor se ponen tan nerviosos como nosotros. Nuestro problema en estas situaciones es que intentamos afrontar nuestras dificultades solos.

Dios quiere que entiendas que no tienes que resolver tus problemas. Solo tienes que dejar que Él esté en medio de ellos. Simplemente empieza a alabarlo hasta que su presencia empiece a marcar la diferencia en tu situación. Entonces tendrás prosperidad total, tranquilidad de espíritu y unión total con Dios.

Algunos de ustedes están estresados y deprimidos hoy, y necesitan desesperadamente la presencia de Dios. Necesitan su paz y calma en lugar de la ansiedad y la lucha que han estado atravesando. El Tylenol o un antidepresivo no lo harán.

Te dan esta paz. No pueden curarte. Aunque te sientas mejor por un rato, el efecto de las pastillas pronto pasará y volverás a estar como antes de tomarlas. En lugar de recurrir a las pastillas, acude a Jesús. Las pastillas solo tratan los síntomas del problema. Dios ataca la raíz. Cuando su presencia está en tu hogar, tu lucha y ansiedad son reemplazadas por su paz y descanso.

Así que deja de leer por unos momentos y eleva tus manos a Dios ahora mismo. Alábalo por las cosas buenas que ha traído a tu vida. Sé que quizás no tengas ganas de alabarlo, pero ahora es el momento de que tu voluntad tome control sobre tus emociones. Agradécele por el regalo de la paz que tiene para ti. Agradécele porque él tiene el control de tu vida. Agradécele por su preocupación por ti y su infinita fidelidad. Agradécele porque nunca te dejará ni te abandonará. Simplemente ofrécele este sacrificio de alabanza hasta que sientas su presencia en tu espíritu. Luego, disfruta de su amor y su tierno cuidado por ti.

Nos preocupamos tanto porque creemos que tenemos que arreglarlo todo. Dios es quien lo arregla todo, no nosotros. Nuestra responsabilidad es crear las condiciones propicias para que él pueda venir y hacer su obra. Cuando le damos espacio mediante la alabanza, él entra y toma el control.

Por eso es absolutamente esencial proteger la presencia de Dios en nuestra vida. En esencia, nos protegemos a nosotros mismos al hacer espacio.

Para Él. En cuanto nos percatemos de cualquier cosa que perturbe su presencia, ya sea en nuestra vida personal o en nuestra convivencia como pueblo de Dios, debemos activar la alabanza y tomar las riendas de cualquier amenaza. Nuestra paz mental lo exige. Al luchar por la presencia de Dios, siendo celosos en protegerla, descubriremos que nuestros momentos de crisis y agitación se vuelven menos frecuentes porque Dios está presente en nuestro entorno constantemente para traernos paz.

Sin la presencia de Dios, siempre buscamos ayuda. Con su presencia, nuestras almas descansan y nuestras labores son fáciles. Hallamos la verdadera paz al evitar la lucha antes de que comience.

Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas (Mateo 11:29).

La presencia de Dios atrae a las personas adecuadas

Una vez que estamos en paz con lo que sucede en nuestras vidas, podemos confiar en que Dios nos traerá las personas y las oportunidades adecuadas. De hecho, descubriremos que los milagros abundan cuando dejamos de intentar hacerlo todo con nuestras propias fuerzas. Las personas se sienten atraídas por nosotros porque se sienten atraídas por Dios. Moisés evidentemente lo sabía:

... “Si tu Presencia no va con nosotros, no nos envíes de aquí. ¿Cómo sabrá alguien que te complaces en mí y en tu pueblo si no vas con nosotros? ¿Qué más nos distinguirá a mí y a tu pueblo de todos los demás pueblos de la tierra? (Éxodo 33:15-16)

Tu vida debería distinguirse porque Dios está contigo, no por lo que tienes o haces. Cuando Dios está contigo, las personas se sienten atraídas por ti sin saber por qué. Ven algo indescriptible y sienten algo inexpresable. Saben que algo te sucede, aunque no sepan qué. En realidad, se sienten atraídas por Dios, no por ti. Su presencia contigo es lo que marca la diferencia.

Lo contrario también es cierto. Algunas personas se sienten más atraídas por lo que haces y las bendiciones que has recibido que por la presencia de Dios. Por eso, de nuevo, necesitas la presencia constante y duradera de Dios. Él limpiará tu casa para que quienes no deberían estar en tu vida se vayan.

La presencia de Dios trae bendiciones

¿Qué son las bendiciones de Dios y cómo sabemos que las hemos recibido? Recibir las bendiciones de Dios es recibir todo lo que necesitas para una vida plena. El rey David lo expresó así:

¡Bienaventurados los que tú escoges y acercas a tus atrios! Nos saciamos de los bienes de tu casa, de tu santo templo (Salmo 65:4).

Nos sentimos tentados a pensar que las cosas buenas de la casa de Dios son materiales. Aunque Dios ciertamente puede bendecirnos con prosperidad, las cosas buenas de Dios son las cualidades esenciales de su carácter: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio propio.

Por lo tanto, podemos dar fe de la bondad de Dios en nuestra vida cuando empezamos a mirar y actuar como Él, y a cumplir sus propósitos para nosotros. Esto sucede de forma natural cuando Dios es Señor en todos los aspectos de nuestra vida. Es como si dijera: «Tú me alabas, y yo te alabaré. Tú me honras, y yo te honraré. Tú me exaltas, y yo te exaltaré». En esencia, nos bendecimos a nosotros mismos cuando bendecimos a Dios mediante la alabanza y la adoración. David testificó de esto cuando dijo que quienes tienen manos limpias y un corazón puro recibirán bendiciones del Señor. (Véase Salmo 24:3-5).

Lo contrario también puede ser cierto. Dios puede quitarnos bendiciones si nos negamos a bendecir y honrar su nombre. Esto le sucedió al sacerdote Elí, quien servía a Dios cuando nació Samuel. Cuando Elí envejeció, su

Los hijos estaban deshonrando a Dios y aprovechándose de las personas a las que se suponía que debían servir.

Por tanto, el Señor, Dios de Israel, declara: «Prometí que tu casa y la casa de tu padre me servirían eternamente». Pero ahora el Señor declara: «¡Lejos de mí! Honraré a quienes me honran, pero despreciaré a quienes me desprecian» (1 Samuel 2:30).

¡En verdad, nuestra obediencia al honrar a Dios y nuestra desobediencia al tratarlo con desprecio tienen consecuencias duraderas!

La presencia de Dios trae poder

El poder de Dios, activado en nuestra vida mediante la alabanza y la adoración, tiene muchos beneficios. De hecho, no podemos enumerarlos todos. Tampoco podemos comprender la totalidad del poder de Dios que está a nuestra disposición. Simplemente somos demasiado miopes. Sin embargo, quiero enumerar algunas de las maneras en que el poder de Dios obra en nosotros y a través de nosotros, haciendo que nuestra vida sea muy diferente de lo que sería sin Él.

La presencia de Dios nos protege y nos da seguridad

Si haces del Altísimo tu morada, del Señor, mi refugio, ningún mal te sobrevendrá, ni calamidad se acercará a tu morada. Porque él mandará a sus ángeles acerca de ti, que te guarden en todos tus caminos; te sostendrán en sus manos, para que no tropieces con piedra. Pisarás al león y a la cobra; pisotearás al gran león y a la serpiente. «Porque me ama —dice el Señor—, yo lo rescataré; lo protegeré, porque reconoce mi nombre. Me invocará, y yo le responderé; estaré con él en la angustia, lo libraré y lo glorificaré. Lo saciaré de larga vida y le mostraré mi salvación» (Salmo 91:9-16).

La verdad de estas palabras se ve sin duda en las historias de Daniel y sus amigos hebreos. ¿Recuerdan a estos jóvenes? Eran jóvenes cuando el pueblo de Judá fue llevado cautivo a Babilonia. A pesar de las dificultades de ser llevados lejos de casa, Daniel y sus amigos se mantuvieron fieles a Dios en la tierra de su exilio. De hecho, cuando su fe en Dios y su devoción a Él los metieron en graves problemas con los gobernantes del país, aun así decidieron confiar en Dios y obedecerlo, aunque su decisión significara la muerte. Al final, su fidelidad a Dios se convirtió en una maravillosa oportunidad para que Él les mostrara a ellos y a sus captores la grandeza de su poder y la magnitud de su fidelidad a quienes confían en Él con todo, incluso sus...

vida.

Para Daniel, la presencia de Dios le llegó en un foso de leones. (Véase Daniel capítulo 6). Para los otros tres —Sadrac, Mesac y Abed-nego—, un horno de fuego fue el lugar de la visitación de Dios. (Véase Daniel capítulo 3). El lugar no es importante. La fidelidad y el poder de Dios sí lo son. Él puede y está dispuesto a encontrarte en cualquier foso de leones u horno de fuego en el que te encuentres, y su poder es más que suficiente para protegerte del daño. Así que acércate a Él hoy mediante la alabanza. Hazle espacio para que entre en tu lugar de dificultad para que, como estos jóvenes hebreos, encuentres que su presencia es suficiente para todas tus necesidades.

Dios toma dominio sobre nuestro medio ambiente

Vimos en el capítulo 6 cómo Dios entró en la prisión con Pablo y Silas y tomó el control. Algo similar le ocurrió a Pedro. Herodes había arrestado a Pedro y lo había encarcelado porque los judíos estaban contentos de que Herodes hubiera matado a Santiago, el hermano de Juan. Como era la fiesta de la Pascua, Herodes decidió esperar hasta después de la fiesta para encargarse de Pedro. Mientras tanto, la Iglesia oraba fervientemente por Pedro. La noche antes de que Pedro fuera llevado a juicio, Dios le envió un ángel:

Pasaron la primera y la segunda guardia y llegaron a la puerta de hierro que daba a la ciudad. Esta se abrió sola, y la cruzaron. Cuando habían recorrido una calle, de repente el ángel lo dejó. Entonces Pedro recobró la consciencia y dijo: «Ahora sé con certeza que el Señor envió a su ángel y me rescató...». Al comprender esto, fue a casa de María, madre de Juan, también llamado Marcos, donde mucha gente estaba reunida orando (Hechos 12:10-12).

Esta historia difiere de la intervención de Dios en favor de Pablo y Silas en que las Escrituras no mencionan que Pedro alabara a Dios cuando el ángel del Señor se le acercó. Sin embargo, se nos dice que la Iglesia buscaba a Dios en nombre de Pedro. En otras palabras, intentaban que la presencia de Dios estuviera presente en el entorno de Pedro. Como nos muestra la historia, tuvieron éxito y la situación de Pedro cambió.

Lo mismo aplica a ti. Cuando traes a Dios a tu entorno, tus circunstancias cambian. De hecho, te sorprendería mucho lo que sucedería si Dios viniera a vivir en tu casa y en tu vecindario. Las cosas cambiarían al tomar autoridad sobre demonios y fortalezas que no has podido tocar. Este es el poder de la presencia de Dios en tu vida.

Dios desarma a Satanás

Sin embargo, a algunos nos cuesta invitar a Dios a estar con nosotros. Estamos demasiado ocupados, nos cansamos o nos aburrirnos, o nos resistimos a la alabanza que nos parece indigna. ¿Sabes por qué sucede esto? El diablo siempre intenta que no estemos disponibles para Dios o que nos sintamos incómodos en la alabanza y la adoración. En otras palabras, Satanás hace todo lo posible para impedir que el poder y la autoridad de Dios se manifiesten.

Nos trae pensamientos que nos distraen: "¿Me acordé de apagar la plancha?". Intenta avergonzarnos: "Dios no te va a aceptar después de lo que hiciste anoche". Nos enferma o nos causa dolor, ya sea físico o emocional. Nos interrumpe, como un teléfono que suena o un niño que llora en el culto dominical. Con todo esto, el diablo hace todo lo posible para distraernos y no pensar en Dios. De hecho, puede que el teléfono no suene en todo el día y que un niño no lllore en el culto hasta el momento en que te presentes ante el Señor en alabanza. Entonces, el teléfono suena no una, sino tres o cuatro veces, y el niño no puede callarse.

La alabanza que lleva a la adoración detiene todo esto, porque cuando llega la presencia de Dios, el diablo debe irse. En verdad, un santo que alaba es la peor pesadilla del diablo. Por eso se requiere perseverancia en estos momentos. Debes tomar la decisión consciente de ignorar cualquier distracción que Satanás envíe. Cuando esto no sea posible, debes lidiar con la interrupción lo antes posible y volver a concentrarte en Dios. Al hacer esto, dejas a Satanás sin poder.

Esto, en parte, es a lo que se refiere Pablo en 2 Corintios:

Las armas con las que luchamos no son armas del mundo. Al contrario, tienen poder divino para derribar fortalezas (2 Corintios 10:4).

Las armas de nuestra guerra para vencer al enemigo son la oración y la alabanza. Esta alabanza no debe ser solo los himnos que encontramos en los libros, sino las oraciones y cánticos que solo el Espíritu puede dar.

... Oraré con mi espíritu, pero también oraré con mi mente; cantaré con el espíritu, pero también cantaré con la mente (1 Corintios 14:15).

Esa alabanza confunde al enemigo. No puede creer que estés alabando a Dios mientras él viene contra ti.

La alabanza en tu vida diaria te protege al desarmar a Satanás antes de que su ataque cobre fuerza. Se confunde y piensa que algo anda mal con él porque tu alabanza en circunstancias difíciles no tiene sentido para él. No puede entender por qué alabas a Dios cuando tu...

Tu negocio está cerrando, estás perdiendo tu trabajo y no tendrás ingresos para tu familia. Cuando Él espera que estés en tu peor momento, ¡estás ante Dios cantando!

Este es el poder de la alabanza que comienza con la acción de gracias y te lleva a la presencia de Dios. ¡Detienes al enemigo en seco y le quitas el botín de su guerra de las manos! (Ver 2 Crónicas, capítulo 20). Todo espíritu maligno, toda enfermedad, todo temor, todo ataque de depresión, toda semilla de amargura, debe huir cuando llega la presencia de Dios, porque Él pone a nuestros enemigos bajo nuestros pies.

Vindicarnos

La palabra *vindicar* Significa, entre otras cosas, "liberar", "vengar" y "defender" (Webster's). El rey David habla de este triunfo sobre nuestros enemigos en el Salmo 24 cuando afirma que quienes se mantienen en la presencia de Dios recibirán su vindicación. En otras palabras, David afirma que Dios se venga de todo lo que nos ataca o nos dificulta la vida. Nos libera de la culpa, el miedo, la amargura, el odio, las inseguridades... de todo aquello que nos hace ineficaces e incapaces de vivir como Él nos creó para funcionar.

Esto fue ciertamente evidente en la vida de José, hijo de Jacob (véase Génesis, capítulos 37, 39-50). Tenía motivos de sobra para estar enojado y amargado, pero decidió acudir a Dios, quien lo bendijo.

El Señor estaba con José, y él prosperó. (Génesis 39:2).

Pero mientras José estaba allí en la cárcel, el Señor estaba con él y le mostró misericordia, y le dio gracia ante los ojos del jefe de la cárcel (Génesis 39:20b-21).

La presencia de Dios trae sabiduría y visión

La presencia de Dios siempre nos bendice y nos permite dar lo mejor de nosotros. Nuestra confianza en Él, nacida de un estilo de vida intencional de alabanza, nos ayuda a ver más allá de lo inmediato, a lo que Él aún hará. En esencia, nuestros ojos de fe nos llevan a alabarlo por la victoria que aún no se ve. La confusión, por otro lado, es el resultado de estar fuera de la presencia de Dios. No, puede que no siempre veamos lo que Dios está haciendo y adónde nos lleva, pues estoy seguro de que José tenía algunas preguntas al pasar de ser el hijo predilecto a ser esclavo y prisionero. Sin embargo, la presencia de Dios nos da la paz para confiar en Él y dar cada paso según Él lo revela.

Quizás tengas un sueño tan grande que estés corriendo en círculos y

Desvelándote por las noches preguntándote cómo lo lograrás. Por favor, comprende que Dios deliberadamente hizo tu sueño tan grande que lo necesitarías para cumplirlo. Él quiere que ambos trabajen juntos. Así que, empieza a alabar a Dios. Al presentarle todo lo que ya ha hecho en tu vida, le das la oportunidad de hacer más. También le abres la puerta para que te dé toda la sabiduría y el conocimiento que se encuentran en Él. De repente, lo que a simple vista parecía imposible, se hace realidad porque Dios está obrando por ti, en ti y a través de ti.

Por eso Moisés pudo arrojar su vara, que se convirtió en serpiente, y volver a levantarla, que se convirtió en su vara (véase Éxodo 4:2-4). Estaba en la presencia de Dios, y Dios le dio el poder para hacer todo lo que le pedía.

Lo mismo aplica para ti. Dios quiere ayudarte a lograr cosas que jamás soñaste que fueran posibles. Por lo tanto, debes negarte a ser como algunas personas, tan arraigadas en sus caminos que, si hubieran sido Moisés, ni siquiera habrían tirado la vara al suelo. Dios usa a personas receptivas a Él. Se revela a estos creyentes que anhelan su presencia y responden con prontitud a su guía. Cuando está listo para hacer algo nuevo, se dirige a ellos. Otros pueden eventualmente comprender y comenzar a aceptar las novedades de Dios, pero los alabadores y adoradores son los primeros en hacerlo.

Así que, si no entiendes algo, no digas nada. Simplemente cierra la boca y espera hasta comprender mejor lo que Dios está haciendo. Vivir en su presencia todo el tiempo te da la oportunidad de ver las cosas desde su perspectiva. Con el tiempo, Él te mostrará si lo que sucede proviene de Él.

La presencia de Dios es la respuesta a todas las necesidades de nuestro mundo

Esta necesidad de discernir la guía de Dios será esencial hasta el regreso de nuestro Señor. Quienes escuchen y observen atentamente tendrán el privilegio de ser parte de la transformación que ya está ocurriendo.

El libro del Apocalipsis revela parte de lo que implica este Reino de Dios en avance. Los dos últimos capítulos, en particular, hablan de la nueva Jerusalén que descenderá del cielo, de Dios (Apocalipsis 21:2b). En esta ciudad, Dios cumplirá su propósito eterno y lo renovará todo, volviendo a su propósito original cuando creó al hombre:

Y oí una gran voz desde el trono que decía: «Ahora la morada de Dios está con los hombres, y él morará con ellos. Ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos y será su Dios» (Apocalipsis 21:3).

Esta ciudad se llenará de la naturaleza de Dios, y el río de agua de vida, puro como el cristal, fluirá del trono de Dios y del Cordero. Junto al río se plantará el árbol de la vida, que dará doce cosechas, dando su fruto cada mes. Y las hojas del árbol son para la sanidad de las naciones. Ya no habrá maldición. El trono de Dios y del Cordero estará en la ciudad, y sus siervos le servirán. Verán su rostro y su nombre estará en sus frentes (Apocalipsis 22:2-4).

¡Oh, qué gloria! En esta nueva Jerusalén, los siervos de Dios reciben lo que Moisés pidió: la presencia de Dios está continuamente con ellos y lo ven cara a cara.

Esto es lo que quiso decir Jesús cuando afirmó que iba a preparar un lugar para nosotros.

Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis (Juan 14:3).

Fíjate en el tiempo del último verbo de este versículo. Jesús está creando un lugar para que podamos estar donde Él está. *es*. Dios quiere que lo disfrutemos ahora y que su presencia nos fortalezca. Él quiere que vivamos con Él hoy, la próxima semana y para siempre. Esta morada de Dios con el hombre es el único propósito de toda su obra a lo largo de la historia. Él nos está devolviendo al entorno de su presencia para que podamos ser los hombres y mujeres que Él nos diseñó para ser.

Esta transformación debe comenzar con la Iglesia. Debemos ser el lugar donde la presencia de Dios resida constantemente para que la gente pueda acercarse a nosotros y encontrarlo. En realidad, es nuestra obligación crear un lugar desde el cual la fragancia de Dios se derrame en la comunidad que nos rodea. Por lo tanto, se acerca el día, y quizás ya esté aquí, en que la Iglesia dejará los confines de nuestros hermosos y cómodos santuarios e irá a las ciudades de nuestras naciones, para cantar y adorar al Señor. No habrá predicación ni conversación, solo alabanza y adoración mientras cientos de personas se congregan en las esquinas para llevar la presencia de Dios a nuestras ciudades y vecindarios. Las discusiones y las palabras persuasivas no tendrán cabida, porque no hablaremos con nadie más que con nuestro maravilloso y todopoderoso Dios. Nuestra atención se centrará en Él en lugar de en las personas y los problemas que nos rodean.

En esa hora, el poder de Dios se apoderará de nuestros países. Él simplemente entrará, confundirá al enemigo y declarará la victoria. La gente entregará sus...

Armas, dejar la droga, llevarse bien con sus vecinos y reconciliarse con sus familias sin comprender lo que les sucede. No habrá evangelistas, ni invitaciones, ni grupos de oración que los atraigan. Simplemente caerán de rodillas donde están y clamarán a Dios, cuya presencia tiene el poder de atraerlos sin la intervención humana.

En verdad, la presencia de Dios es la respuesta a todas las necesidades de cada persona en nuestro mundo, y Su presencia nos llega a través de la alabanza. Las necesidades de nuestras familias serán satisfechas si comenzamos a alabar a Dios en nuestros hogares. Los problemas de nuestras ciudades se resolverán si llenamos nuestras calles de alabanza y adoración. Los dilemas que enfrentan nuestras naciones se resolverán si infiltramos cada rama del gobierno —cada sesión de nuestras legislaturas, cada caso ante nuestros tribunales y cada reunión con nuestros presidentes, primeros ministros y otros líderes nacionales— con cristianos comprometidos que toman en serio la alabanza.

Dios quiere que las personas que creó vivan en su presencia, y al final obtendrá lo que desea. Lo sabemos porque lo ha prometido y no puede mentir. Él tendrá su presencia aquí en la tierra entre su pueblo.

La pregunta es si haremos nuestra parte para que sus propósitos se cumplan. Porque, como ven, la venida de su presencia aquí, hoy, en nuestro mundo, depende de nuestra alabanza. Esto es lo que atrae la presencia de Dios, y la presencia de Dios es la fuente que suple toda necesidad en nuestro mundo.

Ciertamente, Dios llenará nuestros hogares, nuestras iglesias, nuestras fábricas, nuestras escuelas y nuestros edificios gubernamentales, todo lugar que podamos imaginar, cuando llenemos ese mismo lugar de alabanza. Entonces recibiremos todas las respuestas a las preguntas de la vida, porque las respuestas están en la presencia de Dios. Este es su propósito y él lo cumplirá. ¡Aleluya! ¡Alabado sea el Señor!

❖ **PRINCIPIOS** ❖

1. Todo lugar donde el enemigo haya fijado su residencia deberá ser desalojado cuando Dios entra en ese lugar.

2. La presencia de Dios trae.

- alegría, paz y descanso;
- Sus bendiciones y su gente para ayudarnos a cumplir la visión que Él nos ha dado;
- seguridad y liberación de todo lo que nos hace estar ineficaz en la vida;

- cambio de circunstancias y victoria sobre satanás;

- la sabiduría y la visión para ver lo que Él está haciendo.

3. La presencia de Dios es la respuesta a todas las necesidades de nuestro mundo.

4. El objetivo final de Dios es vivir continuamente con su pueblo, donde ellos Puede verlo cara a cara.

Bibliografía

Buttrick, George Arthur, ed. *El Diccionario del Intérprete de la Biblia*. 5 volúmenes. Nueva York: Abingdon Press, 1962.

Butler, Trent C. *Diccionario Bíblico Holman*. Nashville: Holman Bible Publishers, 1991. Todos los derechos reservados. Derechos de autor internacionales garantizados. CD-ROM. Quickverse Library. Parsons Technology, 1996.

Diccionario colegiado de Merriam Webster. Décima edición. Springfield, MA: Merriam-Webster, Incorporated, 1994.

Fuerte, James. *Concordancia exhaustiva de la Biblia de Strong*. World Bible Publishers, 1980, 1986. Todos los derechos reservados. CD-ROM. Quickverse 4.0. Parsons Technology, 1996.

Vine, William Edwy; Unger, Merrill Frederick; y White, William. *Diccionario expositivo completo de Vine de palabras del Antiguo y Nuevo Testamento*. Edición de un solo volumen. Nueva York: Thomas Nelson Publishers, 1985.

1 La Nueva Versión Internacional de la Biblia es una de las pocas versiones que utiliza el pretérito perfecto compuesto "había plantado" en Génesis 2:8, refiriéndose a la plantación del Jardín del Edén por parte de Dios. La mayoría de las versiones simplemente usan el pretérito "plantado", y algunas versiones incluso comienzan el versículo 8 con la palabra "entonces", lo que parece indicar que Dios plantó el jardín después de crear al hombre. En cualquier caso, es evidente que Dios tuvo mucho cuidado al crear el entorno ideal del hombre. El orden de la creación no cambia el hecho de que Dios planeó el entorno ideal del hombre antes de crearlo. Dios planeó ser la fuente y el entorno del hombre, por lo que se habló a sí mismo al crearlo.

2 La incapacidad de nuestro Dios santo para tolerar el pecado en Su presencia es lo que provocó que Jesús clamara mientras estaba en la cruz: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (Mt. 27:46). La comunión eterna entre el Padre y el Hijo se rompió en esos momentos mientras Jesús colgaba en la cruz, cargando con el pecado del mundo.